

Bianca



LYNNE GRAHAM

EL ANILLO DEL MILLONARIO

Bianca™

EL ANILLO DEL MILLONARIO

Lynne Graham



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El anillo del millonario, n.º 148 - enero 2019
Título original: Da Rocha’s Convenient Heir
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1307-524-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

ZAC Da Rocha, un multimillonario brasileño, echó a andar con rapidez hacia el despacho de su padre con sus largas y musculosas piernas. Estaba sorprendido porque su estirado y formal hermanastro, Vitale, príncipe heredero de Lerovia, había aceptado la apuesta que él le había propuesto en broma aquella mañana. A Zac le gustaba tomarle el pelo, pero no pensaba que le fuera a responder. Impaciente, se pasó la mano por el largo cabello negro que le caía sobre los anchos hombros y, de repente, sonrió mostrando su blanca y perfecta dentadura. Tal vez Vitale no fuera tan estrecho de miras y aburrido; tal vez tuviera más en común con su hermanastro de lo que suponía.

Zac descartó esa idea con la misma rapidez con la que se le había ocurrido, ya que no buscaba establecer vínculos familiares. Nunca había tenido familia. Había ido a ver su padre, Charles Russell, ausente durante muchos años, por pura curiosidad y se había mantenido en el borde del círculo familiar por pura maldad, pues le divertía mucho la animadversión de sus dos hermanastros, Vitale y Angel.

La aparición de un tercer hermano los había sorprendido e inquietado, y Zac no se había esforzado mucho para fomentar la relación con ellos. ¿Qué sabía él de lazos de sangre? Nunca había tenido hermanos, a su madre solo la había visto, con suerte, una vez al año, su padrastro lo odiaba y de la identidad de su padre biológico se había enterado el año anterior, cuando su madre, en su lecho de muerte, por fin le había contado la verdad que le había ocultado toda la vida.

Con respecto a su padre biológico, Zac reconocía de mala gana que, por una vez en su vida, había sido afortunado, porque Charles Russell le caía bien. Zac estaba acostumbrado a que la gente tratara de utilizarlo, por lo que se fiaba de muy pocas personas.

Sus ojos de color azul grisáceo se le endurecieron. Increíblemente rico desde la cuna y criado como un principito,

rodeado de criados aduladores, era muy cínico sobre la naturaleza humana. Sin embargo, desde la primera vez que se habían visto, Charles había demostrado genuino interés por su tercer hijo, el más joven, a pesar de que, a los veintiocho años y con un metro noventa de estatura, ya era un hombre hecho y derecho.

Al cabo de una cuantas horas a su lado, Zac se había dado cuenta de que le hubiera ido mucho mejor si su madre, Antonella, hubiera decidido quedarse con Charles en vez de casarse con Afonso Oliveira, un playboy y cazafortunas y el amor de su vida. Por desgracia, durante el noviazgo, Afonso se había echado atrás y la había abandonado durante varias semanas. Antonella, con el corazón destrozado, había vuelto con Charles, por aquel entonces en proceso de divorcio de una esposa que lo había engañado con otra mujer durante todo el tiempo que había durado su matrimonio.

Sin embargo, Afonso había pedido perdón a Antonella y esta había hecho caso a su corazón. Cuando, poco después de la boda, se dio cuenta de que estaba embarazada, esperó con fervor que fuera hijo de Afonso y se negó a admitir la posibilidad de que Zac no fuera hijo de su marido. Por desgracia para todos, el grupo sanguíneo tan poco común de Zac había constituido una bomba de relojería para el matrimonio de su madre.

Cuando Zac entró en el despacho de su padre, este le dedicó una afectuosa sonrisa de bienvenida. Aunque su hijo fuera un hombre que llevaba tatuajes, pantalones vaqueros, botas de motorista y un pendiente de diamantes, su padre, un hombre de cabello gris y vestido con un traje impoluto, lo trataba exactamente igual que a sus otros hijos.

–He estado a punto de ponerme traje para sorprender a mis hermanos –murmuró Zac con cara de póquer, aunque sus ojos, sorprendentemente claros, brillaban burlones contrastando con su piel morena–. Pero no he querido que crean que me ajusto a sus expectativas ni que compito con ellos.

–Con respecto a eso, puedes estar tranquilo –Charles soltó una carcajada mientras abrazaba a su hijo, tan alto y claramente distinto. Después de soltarlo, le preguntó–: ¿Tienes noticias de tus abogados sobre la posibilidad de que puedas acceder al fideicomiso?

Las minas de diamantes Quintal Da Rocha, de fama internacional, se mantenían en fideicomiso por obra del tatarabuelo de Zac, que lo había hecho para proteger la herencia familiar. Desde la muerte de su madre, Zac era el dueño de lo que ingresaban las minas, pero no tendría derecho a controlar el gran imperio

económico Da Rocha hasta que no tuviera un heredero. Era un acuerdo injusto que había condenado a generaciones previas a una vida familiar profundamente disfuncional. Zac había decidido mucho tiempo atrás que rompería el ciclo. Por desgracia, la respuesta de su equipo legal no había sido la que esperaba.

No podría ser verdaderamente libre e independiente hasta que no cumpliera las condiciones del fideicomiso. Sometido a restricciones durante su infancia y adolescencia, había clamado contra el fideicomiso al comprender cómo lo limitaba. Era el último de los Da Rocha y poseía una inmensa fortuna, pero, hasta que no cumpliera las condiciones, no tendría derecho alguno a controlar las minas de diamantes y el gran imperio económico construido gracias a los beneficios que proporcionaban. Se sentía marginado, impotente y desposeído, y habría dado casi cualquier cosa por verse libre de aquella imposición.

–Mis abogados me han dicho que, si me caso y, pasado un tiempo, no consigo tener un hijo, no habrá problemas para deshacer el fideicomiso –explicó Zac en tono sombrío–. Pero eso tardaría años, y no estoy dispuesto a esperar años para dirigir lo que me corresponde por derecho de nacimiento.

Charles soltó el aire lentamente.

–Entonces, vas a casarte.

Zac frunció el ceño.

–No necesito casarme. Cualquier heredero cumplirá los requisitos, sea niño o niña, legítimo o ilegítimo.

–Sería mejor que fuera legítimo –observó Charles en voz baja.

–Pero el subsiguiente divorcio me costaría una fortuna –respondió Zac en tono práctico–. ¿Para qué voy a casarme cuando no me hace falta?

–Por el bien del niño –contestó Charles haciendo una mueca–. Para evitar que se críe como tú y como tu madre, aislados de la vida normal.

Zac abrió la boca para hablar, pero lo pensó mejor. Su abuelo se había casado con una mujer estéril, por lo que había dejado embarazada a una criada del servicio que había dado a luz a la madre de Zac, una mulata. A Antonella se la habían llevado para criarla en un lejano rancho. La habían separado de su madre y su aristocrático padre no la había reconocido, después de que su nacimiento hubiera revitalizado su adinerado estilo de vida. Ella era una heredera, pero de ese origen humilde que a los ricos les encanta despreciar.

Al principio, Afonso, el padrastro de Zac, había supuesto que Zac

era su hijo y se había casado con Antonella dispuesto a cerrar los ojos al pasado de ella si podía compartir su riqueza. Sin embargo, cuando Zac tenía tres años y necesitó una trasfusión de sangre a causa de un accidente, se despertaron las sospechas en Afonso sobre su paternidad y se descubrió la verdad. Zac todavía lo recordaba gritándole que no era su hijo y que era un «asqueroso mestizo». Después de aquello, a Zac se lo habían llevado al rancho y lo habían dejado al cuidado del servicio, mientras Antonella se esforzaba en rehacer un matrimonio que tanto significaba para ella.

«Es mi esposo y es mi prioridad. Tiene que serlo», había dicho Antonella a Zac cuando él le había pedido volver a casa con ella, después de una de sus rápidas visitas. «Lo quiero. No puedes venir a Río porque Afonso se pondría de mal humor», le dijo años después, con lágrimas en los ojos.

Sin embargo, Afonso había tenido innumerables aventuras durante su matrimonio, mientras Antonella se esforzaba en darle un hijo. Sufrió numerosos abortos espontáneos y, por último, un hijo que nació prematuro la mató cuando había sobrepasado con mucho la edad en que quedarse embarazada se consideraba seguro.

Afonso ni siquiera había acudido al funeral y Zac había enterrado a su madre, encantadora pero sin fuerza de voluntad, con el corazón transformado en piedra y la convicción interior de que no se enamoraría ni se casaría porque el amor únicamente le había enseñado a su madre a rechazar y desatender a su hijo.

–Me he casado con dos mujeres muy hermosas, y ninguna de ellas tenía instinto maternal – afirmó Charles con pesar haciendo que Zac volviera al presente–. Angel y Vitale pagaron el precio con infancias desgraciadas. Ahora te encuentras en una encrucijada y puedes elegir, Zac. Dale una oportunidad al matrimonio. Elige a una mujer que al menos quiera tener un hijo y ofrécele la oportunidad de ser, con tu apoyo, una madre normal para ese niño. Los niños necesitan dos progenitores porque criar a un hijo es duro. Yo lo hice lo mejor que pude después de los dos divorcios, pero no estuve con mis hijos lo suficiente para influir en sus vidas.

Era todo un discurso y procedía del corazón. Zac estuvo a punto de soltar un gemido porque veía adónde quería llegar su padre. Aunque un matrimonio le costara millones cuando se deshiciera, ese marco legal proporcionaría cierta estabilidad a un hijo, una estabilidad de la que él nunca había disfrutado, pero, a diferencia de su abuelo, él siempre había pensado que formaría parte de la vida de su hijo.

De todos modos, si no se casaba con la madre, su libertad para

formar parte de esa vida estaría controlada por ella. Eso ya lo sabía, había sopesado todas las opciones posibles con sus abogados y prefería no pensar en ello porque se deprimía. Al fin y al cabo, eran escasas las probabilidades de que tuviera una buena relación con la madre de su hijo, se dijo con impaciencia.

Las mujeres siempre querían más de lo que él estaba dispuesto a concederles: más tiempo, más dinero y más atención. Pero lo único que él deseaba de una mujer era sexo y, una vez conseguido, se había acabado. Era un jugador desvergonzado que nunca había tenido una verdadera relación, que nunca había jurado fidelidad a nadie ni soportaba la sensación de que alguien o algo lo enjaulara.

En muchos sentidos, se había pasado buena parte de su vida enjaulado, criado en un lejano rancho antes de que lo enviaran a un estricto internado de curas y lo obligaran a obedecer interminables reglas. No había conocido ni un momento de verdadera libertad hasta llegar a la universidad, y no era de extrañar que se hubiera descarriado durante un tiempo; de hecho, varios años, antes de volver al buen camino y acabar la licenciatura en Dirección de Empresas.

¿Y qué era lo que lo había hecho enmendarse? Descubrir que, en el fondo de su corazón, era un Da Rocha y que no podía escapar a sus derechos de nacimiento. Un conflicto laboral en el que no había podido intervenir a favor de los trabajadores lo convenció de que debía comenzar a acudir a las reuniones de la empresa y, aunque aún no tenía la última palabra desde el punto de vista legal, se había dado cuenta de que los directivos tenían mucho cuidado para no enemistarse con él. Al igual que él, miraban al futuro.

–¿Cuánto tiempo estarás fuera? –preguntó Charles, que sabía que Zac se marchaba de Londres para hacer una visita a las minas de Sudáfrica y de Rusia.

Zac se encogió de hombros.

–Cinco o seis semanas, pero estaremos en contacto.

Después de salir del despacho de su padre, Zac se dirigió a The Palm Tree, un hotel pequeño y exclusivo que había preferido comprar antes que vivir en un piso. Sus pensamientos se encaminaron inmediatamente en una dirección más frívola y se sintió aliviado al huir de las graves ramificaciones que implicaba el sabio consejo de su padre.

Se había apostado con su hermano que no podría hacer pasar a una mujer corriente por una distinguida para acompañarlo al baile real, al que él también estaba invitado. Como era de esperar, a Vitale, que carecía del más mínimo sentido del humor, no le había

hecho gracia el reto, pero, al salir de la reunión con su padre, previa a la suya, lo había sorprendido no solo al aceptar la apuesta, sino también proponiéndole otra. Y lo que había venido a continuación se había convertido en una meta para Zac.

«¿Recuerdas a esa camarera rubia que no quiso saber nada de ti la semana pasada y te acusó de acoso? Llévala al baile y consigue que se comporte como si estuviera perdidamente enamorada de ti y no te pudiera quitar las manos de encima y aceptaré la apuesta».

¿Que Freddie se comportara como si estuviera perdidamente enamorado de él? ¡Era la madre de todos los retos, ya que ni siquiera había conseguido invitarla a una copa! Apretó los dientes, lleno de frustración. Nunca se había topado con una mujer que lo rechazara de plano, por lo que se había enfurecido. Pero su necesidad innata de competir lo había obligado a insistir.

Sin embargo, Freddie había interpretado dicha insistencia como acoso y había roto a llorar en presencia de Vitale, creando una situación muy embarazosa que había dejado petrificado a Zac, horrorizado por lo que había provocado en un lugar público. Aún más mortificante le había resultado que Vitale interviniera para distender los ánimos con palabras tranquilizadoras mientras llegaba otra camarera a rescatarlos. Pero así era Vitale, suave y refinado, algo que Zac sabía perfectamente que él no era. Sus años más formativos habían sido aquellos de marginado en que había pertenecido a un club de motoristas y no se había relacionado con los ricos y elegantes en sociedad.

A Zac lo acosaban las mujeres, seducidas por su fortuna. Las evitaba como si fueran una plaga, consciente de que hubieran mostrado el mismo entusiasmo su hubiera sido viejo, calvo y desagradable. Que no lo fuera lo convertía en un objetivo. Le había encantado la fraternidad del club de motoristas, la facilidad de aceptación, la lealtad y la total ausencia de reglas, lo cual le había permitido ser él mismo. Y había disfrutado de mujeres que querían disfrutar con él en la cama, que no tenían planes ocultos, que solo buscaban placer.

Sin embargo, al cabo de un tiempo, se había cansado de todo eso y, cuando los medios brasileños descubrieron su escondite y publicaron la historia del motorista multimillonario, había seguido adelante con pesar, sabiendo que esa etapa de su vida había acabado.

Le encantaba el anonimato de su vida en Londres y evitaba acudir a las reuniones sociales de sus hermanos por el deseo de conservarlo. Las jóvenes mimadas y privilegiadas, con su perfecto

acento inglés, no le gustaban porque lo veían como un trofeo. Había encontrado más sinceridad y honradez en personas a las que, probablemente, sus hermanos considerarían vulgares y sin educación. E incluso Vitale, tan conservador, había reconocido que Freddie era guapísima.

Zac solo sabía que nunca había deseado a una mujer de ese modo. La deseó en cuanto la vio y le parecía paradójico que, de todas las mujeres que lo deseaban, su libido se hubiera centrado en una que no solo no lo deseaba, sino a la que parecía desagradarle. No aceptaba que hubiera hecho o dicho algo para provocar en ella semejante reacción, y esa injusticia le indignaba y estimulaba su determinación de conseguir que cambiara de actitud.

Meu Deus, después del estallido de ella, no sabía si se atrevería a mirarla de nuevo, lo que implicaba que Vitale ganaría la apuesta y, por haberla perdido, él tendría que cederle su querido coche deportivo. Se sentía cada vez más irritado y molesto. De todos modos, estaría fuera varias semanas.

Un último intento…

Cuando, al mes siguiente, volviera a Londres, ¿qué tendría que perder? Podría recurrir directamente al soborno, se dijo con repentino cinismo, utilizar el poder del dinero, por una vez en su vida, para persuadir a otra persona.

Freddie había rechazado su primera generosa propina, pero, con la misma rapidez, había cambiado de opinión y la había aceptado, recordó haciendo una mueca con su sensual boca. Sería como cualquier otra mujer: se rendiría ante el dinero. Al fin y al cabo, no trabajaba todo el día de camarera por diversión.

Freddie estaba soñando con un hombre con ojos del color del hielo picado, sedoso y abundante pelo negro y boca sensual.

Era un sueño maravilloso, pero una mano le sacudió el brazo y una vocecita le dijo:

–¿El desayuno, tita Fred? –mientras un cálido cuerpecito la empujaba buscando sitio en la cama individual y otro se subía encima de ella.

Freddie se despertó con un gemido y comprobó la alarma del reloj por si no la había oído. Pensó que era imposible con sus sobrinos cerca. Eloise, de tres años, la había empujado contra la pared y Jack, de diez meses, se había tumbado encima de ella.

–No saques a Jack de la cuna –repitió una vez más a su sobrina–. Puede hacerse daño. Es peligroso que lo hagas cuando estoy

dormida.

–Ahora estás despierta –observó Eloise alegremente mientras Freddie pasaba por encima de ella con Jack en brazos para ir a cambiarlo.

Un vago recuerdo del sueño hizo que se sonrojara y que tensara la boca, en tanto que sus ojos castaños brillaban de desprecio hacia sí misma.

El padre de Eloise y Jack, Cruz, era un hombre muy guapo, muy bien vestido y muy educado, pero resultó que también era un violento traficante de drogas y un chulo de prostitutas. Laureen la hermana mayor de Freddie, había muerto de sobredosis a los pocos días del nacimiento de Jack, destrozada por el hombre al que quería, que no solo se había negado a reconocer a sus hijos, sino que había conseguido no pasarle ni un céntimo para su manutención.

Aunque Zac, o como se llamara, no fuera muy bien vestido ni se comportara con educación, había estado semanas alojado en la suite más cara del lujoso hotel en cuyo bar trabajaba ella y, aunque se había marchado hacía más de un mes, había reservado la suite hasta cuando volviera. ¿Cómo podía permitírselo cuando, hasta donde ella sabía, no llevaba a cabo ningún trabajo normal? Se relacionaba con hombres de negocios extranjeros y trajeados. Se dijo con enfado, furiosa porque se había colado en sus sueños, que era un tipo sospechoso que no tramaba nada bueno. Bastante malo había sido tener que verlo en el bar todos los días. Y ya que no estaba allí, ¿por qué no había conseguido olvidarse de él?

Era muy extraño que él hubiera demostrado tanto interés por ella desde el principio, reflexionó irritada. Mientras trabajaba había visto lo atractivo que resultaba a las mujeres. Zac no era un imán, sino un tornado. Ella había visto a mujeres desesperadas hacer de todo, salvo desnudarse delante de él, para que se fijara en ellas. Lo empujaban en el bar, tropezaban cerca de él, intentaban entablar conversación con él o lo invitaban a una copa. Y él se comportaba como si no existieran, como si fuera un monje célibe y ciego. Era raro y sospechoso, ¿no?

Al fin y al cabo, Freddie sabía que no era de las que paraban el tráfico; era demasiado baja, delgada y con pocas curvas. Tenía una melena rubia oscura que le llegaba a la mitad de la espalda y ojos castaños. Entonces, ¿por qué un hombre con los atributos de Zac iba a perseguir a una camarera a menos que fuera un tipo raro?, ¿o un drogadicto que supusiera que ella sería lo bastante estúpida para tragarse cualquier nefasto plan que tuviera en mente? Pues no, ella

no era estúpida y sabía cuidarse, sobre todo después de haber pasado años viendo a su hermana tomar las peores decisiones posibles.

Freddie preparó el desayuno para los niños sin hacer ruido, para no despertar a su tía Claire, que había vuelto a casa por la mañana temprano. Claire, la hermana menor de su madre, solo le sacaba seis años a Freddie, que tenía veintidós, por lo que nunca habían tenido una relación de tía y sobrina, debido a la escasa diferencia de edad entre ellas, pero siempre se habían llevado bien.

De todos modos, a Freddie le preocupaba en aquellos momentos el estado de ánimo de Claire, que se mostraba evasiva y silenciosa, por no hablar de lo mucho que salía y recurría a una canguro sin decir siquiera adónde iba. Freddie quería respetar su intimidad, pero, a la vez, le preocupaba mucho que la situación familiar corriera peligro.

A instancias de Freddie, Claire había solicitado acoger a los niños después de que a ella se lo hubieran negado. Eso había sucedido después de la muerte de Lauren, cuando los servicios sociales quisieron quitárselos a Freddie para que los acogieran unos desconocidos, porque consideraban que ella era demasiado joven e inexperta para hacerse cargo de los niños que llevaba cuidando desde su nacimiento, ya que la triste verdad era que su hermana se había despreocupado de ellos. Lauren solo tenía dos preocupaciones: las drogas y su violento novio. Freddie llevaba mucho tiempo siendo la única persona que cuidaba de Eloise y Jack mientras, al mismo tiempo, trataba de disuadir a su hermana para que no cometiera excesos.

Y ahí había fracasado terriblemente, se dijo con tristeza, pues no había conseguido desenganchar a Lauren de las drogas ni que rompiera con Cruz. Seguía sintiendo mucha pena al pensar en la cariñosa hermana mayor con la que se había criado y a la que se había aferrado en su hogar de acogida. Sus padres habían muerto en un accidente de coche cuando Freddie tenía diez años, y ningún pariente se había mostrado dispuesto a quedarse con ellas. Lauren, cinco años mayor, había sido más una madre que una hermana para ella, al menos hasta que había caído bajo la influencia de Cruz y había desobedecido todas las reglas y permitido todos los males.

Freddie se había visto en medio de aquel horror desde el día del nacimiento de Eloise. Sabía que, si se marchaba, su sobrina tendría que tener mucha suerte para sobrevivir en aquel hogar caótico, donde solo la vigilancia constante protegía a los débiles y vulnerables. Claire le pidió que se marchara, pero ella quería mucho

a Eloise para hacerlo.

Así que, cuando Claire accedió generosamente a solicitar el acogimiento de los niños, aunque no era una persona a la que le gustaran los niños, llegaron al acuerdo de que Freddie seguiría teniendo la parte del león en su crianza, lo que implicaba que tenía que quedarse en casa durante el día para cuidarlos y trabajar por la noche en un bar, después de dejarlos acostados. Claire había confesado que le bastaba para vivir el dinero que recibía de los servicios sociales, pero Freddie había tenido que buscar trabajo para aportar un dinero extra.

Y, durante la estancia de Zac en el hotel, sus propinas casi habían duplicado el sueldo de ella. Normalmente le dejaba dos billetes de cincuenta libras cada vez que le servía. La primera vez, consciente del interés personal de él, se había ofendido y se los había devuelto diciendo que no estaba en venta. Otra camarera le recordó que las propinas iban a un bote común, por lo que había tenido que volver a la mesa de Zac a disculparse y a recoger los billetes que había despreciado.

La generosidad de Zac había servido para comprar ropa nueva a Eloise y Jack y poner deliciosa comida en la mesa. Y, ahora que aquel dinero se había acabado, había llegado el momento de hacer un trato, pensó, dispuesta a ser más positiva y a dejar de preocuparse de Claire, que, en los últimos tiempos hacía lo que le daba la gana sin tener en cuenta lo que desearan los demás.

Además, ¿por qué se fustigaba por un estúpido sueño? Las fantasías eran inocuas y, en carne y hueso, Zac era una fantasía, un hombre que sí paraba el tráfico por su belleza, ante el que las mujeres se quedaban plantadas contemplándolo hasta que se daban cuenta de lo que estaban haciendo, se ponían coloradas y seguían andando.

Y, claro, ella se había comportado aún peor unas semanas antes, cuando Zac había hecho que perdiera los estribos y rompiera a llorar. La tensión de dos noches en vela porque Jack tenía fiebre la había dejado sin defensas. Claire se había enfadado tanto porque el llanto del niño le impedía dormir y Freddie estaba tan agotada que estalló cuando Zac le puso la mano en la espalda para equilibrarla al tambalearse con los altos tacones que tenía que llevar en el trabajo.

Ella había aprendido a rechazar con firmeza que los hombres la tocaran mientras vivía con su hermana, cuya casa estaba llena de hombres de los que no se podía fiar, por lo que había adquirido el hábito de establecer límites muy estrictos, un hábito que había

vuelto a aparecer en el peor momento posible.

Aunque, para conservar el trabajo, se había visto obligada a disculparse por la escena, seguía creyendo que su histérico estallido no podía haber elegido mejor destinatario que Zac. A fin de cuentas, las primeras palabras de este habían sido una invitación a pasar la noche con él, expresada en términos groseros e inaceptables. Ella había recibido muchas invitaciones de esa clase, pero él había sido el primero en emplear ese tipo de lenguaje, y ella se había sentido sucia, mancillada por tener que llevar pantalones cortos, tops atrevidos y zapatos de tacón alto para trabajar en el bar del hotel.

Sabía que al menos una de sus colegas aceptaba dinero por acostarse con los clientes, por lo que siempre tenía mucho cuidado de no dar una impresión equivocada a la clientela masculina dedicándose a flirtear. Tampoco les daba su número de teléfono. De todos modos, para bien o para mal, no tenía tiempo de tener novio. No paraba desde que se levantaba a las seis de la mañana hasta que se acostaba agotada después de medianoche.

Esa noche fichó puntualmente, ya que se había ganado varias reprimendas por llegar tarde cuando Claire no volvía a casa a tiempo para ocuparse de los niños. Guardó el bolso en la taquilla, se puso los pantalones cortos y los tacones, entró en el elegante bar, decorado en blanco y negro, de llamativa iluminación y techo de espejo, y comenzó a servir bebidas. La decoración en blanco y negro se extendía hasta la boutique del hotel, donde no se había reparado en gastos y se podía comprar lo que se deseara, siempre que uno se pudiera permitir los elevados precios.

–El señor Da Rocha está en la terraza –le dijo Roger, el gerente del bar.

–¿Quién es el señor Da Rocha?

–Ese tipo que te cae tan mal. Ha vuelto –le informó Roger con ironía, antes de bajar la cabeza para añadir susurrando–: Una fuente muy fiable me ha dicho que el señor Da Rocha compró el hotel hace dos meses, así que yo en tu lugar me andaría con cuidado, porque, si decide que te vayas, estás despedida.

Freddie se quedó de piedra cuando se lo dijo y lo miró con los ojos como platos al alejarse para atender a un cliente. ¿Zac era el dueño del hotel? ¿Cómo era posible que un tipo tan malhablado y tatuado, que llevaba vaqueros rotos y botas de motorista, hubiera comprado un hotel en una de las zonas más caras de Londres? Incrédula, apretó los dientes.

Sí, Zac era un misterio porque, con independencia de lo que llevara puesto o de su falta de tacto al hablar, desprendía fuerza,

arrogancia y poder, y parecía estar en casa aquel hotel tan lujoso.

Freddie esbozó su sonrisa más deslumbrante y salió a la terraza, que estaba totalmente vacía salvo por la presencia de Zac, que como un camión enorme en una plaza de aparcamiento demasiado pequeña, la llenaba. La impresionó más de lo habitual por llevar tantas semanas sin verlo. Iba vestido de negro, lo cual era un cambio con respecto a sus habituales vaqueros azules: camisa negra, vaqueros negros y el colgante dorado de San Judas brillando en su moreno cuello. El patrón de las causas perdidas, muy apropiado, pensó ella tontamente. Pero Zac estaba tan guapo que se le secó la boca y se le endurecieron los pezones. Su cuerpo entero sufrió una reacción que la puso furiosa porque le sucedía cada vez que lo veía, como el sonido estridente de la alarma de un reloj en su oído, que le recordaba que ella era tan débil ante él como cualquier otra de las jóvenes a las que había visto mirándolo con deseo. Aunque ella no lo mirara, en el fondo, no se diferenciaba del resto de mujeres. Recordarlo le molestó como una piedra en el zapato que no pudiera sacarse.

Zac, que estaba apoyado en la pared, se irguió en cuanto vio a Freddie, tan pequeña y delicada que le recordó a una muñeca; una muñeca a la que quería tumbar en la superficie horizontal más cercana, se recordó, mirándola a los ojos, que pasaban del caramelo líquido al color chocolate. Pensó distraídamente que también le serviría una pared. Estaba tan excitado que lo iba a delatar la bragueta de sus nuevos vaqueros. Lo que lo ponía furioso era que no sabía exactamente por qué se excitaba tanto cuando la veía.

–Señor Da Rocha –dijo ella, lo cual lo sobresaltó, al igual que su falsa sonrisa, ya que ella nunca antes le había sonreído.

Y se dio cuenta inmediatamente de que alguien había hablado con ella y de que ya sabía que no era un simple huésped en The Palm Tree, lo cual le irritó, ya que había comprado el hotel porque le convenía, no para obtener ninguna clase de reconocimiento.

–Voy a hacerle una propuesta –murmuró Zac.

Tenía la voz más sensual que Freddie había oído en su vida. Cuando le pedía una copa, era como si unos dedos invisibles le acariciaran la columna vertebral.

–Creo que ya me la han hecho antes –dijo ella en tono seco–. Y no me interesa…

–No, esta no se la han hecho –la interrumpió Zac con una impaciencia que no trató de disimular–. Le daré mil libras por pasar una hora conmigo. Y no, no en la cama, si es lo que está pensando, sino una hora en cualquier sitio que elija usted.

Ella parpadeó y lo miró atónita.

–Pero ¿por qué iba a ofrecerme…?

–Quiero conocerla –mintió Zac–. Lo único que le pido es que conversemos, nada más. ¿Acepta?

–¿En cualquier sitio? –preguntó ella para asegurarse, ya que de ningún modo se creía que él quisiera conocerla.

–En cualquier sitio –le confirmó él.

Freddie echó los rígidos hombros hacia atrás y pensó a toda prisa. Si él era tan estúpido como para pagarle, ella era lo bastante despierta para aprovecharse.

–Deme su número de teléfono y me lo pensaré –contestó, sin apenas creerse que estuviera dispuesta a relegar sus escrúpulos para pasar incluso aunque solo fueran cinco minutos con él, ¡y mucho menos una hora!

–No usará palabras malsonantes ni me tocará –le previno.

–De acuerdo –Zac esbozó una sonrisa carismática que a ella le aceleró el pulso.

Era una pena que un hombre de su aspecto y presencia fuera tan cínico y brusco, pensó Freddie mientras él se iba de la terraza, visiblemente satisfecho con el resultado de su descarado soborno. Por supuesto que no quería conocerla, sino dejarla en paños menores de la forma menos complicada posible. La respuesta negativa de ella simplemente lo había obligado a elevar la apuesta.

Pero ¿cómo iba ella a rechazar mil libras si pensaba en Eloise y Jack? Con ese dinero podría llevarlos de vacaciones o crear, por fin, un fondo para emergencias. Sí, había sido avariciosa y desvergonzada al aceptar ese acuerdo, pero con tal de que él supiera de antemano que el sexo no intervendría, solo podía culparse a sí mismo por su extravagancia y su desmedido ego. Y ella sabía que iba a disfrutar castigándolo por ambos defectos.

Capítulo 2

TE preocupa algo? –preguntó Freddie a Claire con suavidad, en un intento de dirigir la ansiedad que sentía por ir a ver a Zac al cabo de una hora hacia algo que amenazara en menor medida su tranquilidad–. Últimamente pareces muy inquieta.

Su tía, una mujer de cabello castaño que llevaba recogido en una cola de caballo, se encogió de hombros y casi se removió en el asiento ante la mirada concernida de Freddie.

–A veces me agobio un poco.

–Debes de echar de menos a Richard –afirmó Freddie.

El novio de Claire se había ido a España a ayudar a sus padres a montar un negocio y volvería al cabo de pocos días.

–Evidentemente –mascullló Claire al tiempo que se levantaba de la mesa de la cocina con las mejillas coloradas–. Tengo que contestar unos correos electrónicos. Hasta luego.

Y ahí estaba de nuevo su negativa a contarle nada, pensó Freddie compungida, mientras se preguntaba si debía limitarse a ocuparse de sus propios asuntos. A fin de cuentas, Claire y ella no eran buenas amigas que lo compartieran todo. Además, ¿acaso no tenía suficientes preocupaciones?

Lamentaba haber llegado a aquel acuerdo con Zac Da Rocha. Su peor defecto era ser demasiado impulsiva. ¿Y si el tipo se ponía desagradable? Desde el punto de vista de él, ella le estaría haciendo perder el tiempo y se negaría a entregarle el dinero que le había ofrecido, por lo que lo que probablemente sucedería sería que ella se sentiría avergonzada, y él, furioso.

¿Era eso acertado cuando él podía ser su jefe? Aunque a ella le seguía pareciendo ridículo, el rumor de que era el propietario del hotel seguía propagándose, a pesar de que él, por alguna extraña razón, no quería que nadie lo supiera.

Como el arrepentimiento y la incertidumbre le atacaban los nervios, había mandado un mensaje a Zac para dejarlo para otro momento, pero él se había negado y le había dicho que estaba

deseando verla, lo que, dadas las circunstancias, había hecho que ella se sintiera peor porque aquello no podía, de ninguna manera, ser una cita.

Sin embargo, dedicó más cuidado de lo habitual su aspecto. Se lavó la cabeza, se puso sus mejores vaqueros y la blusa menos usada, y se ocupó de que los niños estuvieran presentables. Eloise saltaba al lado del cochecito en que iba Jack porque le encantaba el parque, donde podía correr y columpiarse. Freddie se acercó al banco que había al lado de la fuente central, donde había quedado con Zac, y respiró hondo.

–¿A quién vamos a ver? –volvió a preguntarle Eloise.

– A un hombre. A… un amigo.

–¿Cómo se llama?

–Zac –contestó Freddie de mala gana, casi segura de que no duraría ni cinco minutos en compañía de los tres, en cuanto se diera cuenta del desafío de ella. ¿Tendría sentido del humor?

Freddie se levantó y echó a andar en cuanto vio a Zac, que debido a su altura, era fácil de distinguir. Jack lloriqueó para que lo sacara del cochecito y ella lo sacó suspirando al tiempo que rezaba para que no se mojara con el agua, ya que no llevaba ropa de repuesto. Jack había contradicho todas las expectativas al ponerse de pie y comenzar a andar a los diez meses. No había andado a gatas, sino que se había empezado directamente a caminar, por lo que Freddie se había encontrado con un niño que andaba y que era menos inteligente que la media de los niños que empezaban a andar, debido a su corta edad.

Eloise empujó el cochecito vacío por el sendero, con Jack a su lado. Freddie observó a Zac acercarse mientras el corazón le latía desbocado hasta casi dejarla sin respiración. Eran los nervios, se dijo.

Zac avanzaba con la fluidez innata de un depredador y ella se fijó en todas sus características: el negro cabello que la brisa apartaba de sus perfectas y oscuras facciones, la belleza de su masculinidad a la luz del sol, sus ojos tan sorprendentemente claros, de cuyo color aún no estaba segura, que brillaban con el mismo carisma que su amplia sonrisa. Iba a odiarla, pensó con una repentina punzada de arrepentimiento que la sobresaltó.

¿Eran de ella esos niños? Seguro que no, razonó Zac, porque la consideró demasiado joven mientras miraba a su alrededor con la esperanza de ver a otra persona adulta, sin encontrarla. ¿Eran

suyos? ¿Tenía hijos? ¿Y no uno, sino dos? ¿En dónde se había metido? Pero Zac tuvo buen cuidado de que no se le notara su desconcierto mientras se fijaba en la rubia y esbelta mujer al lado de la fuente.

Era su cuerpo, se dijo, algo en sus huesos aparentemente frágiles y sus pequeñas curvas lo que lo excitaba. O tal vez fuera el cabello, espeso, de color natural y levemente ondulado, que la brisa movía. ¿O era el rostro, los ojos inesperadamente oscuros que, siendo ella rubia, se esperaba que fueran azules? ¿O era la boca, increíblemente voluptuosa, lo que lo excitaba dolorosamente?

Meu Deus, por fin le sonreía y se le iluminaba el rostro. Era verdad que la sonrisa era algo forzada, como debía ser, ya que le había tendido una trampa al presentarse con dos niños. A Zack le resultó divertido, contra su voluntad, porque ninguna mujer antes había intentado bloquearlo con niños. Sabía también que, si se hubiera enterado de por qué ella se mostraba renuente, habría salido corriendo, ya que los niños y la libertad que él tanto valoraba no se avenían.

Además, ¿cómo iba ella siquiera a intentar ganar la apuesta a Vitale con dos niños pequeños? Muy molesto, se dio cuenta de que la posibilidad de conservar su precioso coche de carreras se alejaba cada vez más.

–Dijiste que querías conocerme –le recordó Freddie, algo desesperada porque el silencio se prolongaba y se sentía incómoda–. Y esta es mi vida en buena medida: los niños.

Zac la observó mientras se sentaba en el banco con la niña de enormes ojos negros y rubios rizos a su lado y el niño agarrado a sus rodillas.

–Me llamo Eloise –dijo la niña levantándose el vestido y mostrándole la ropa interior.

–Eloise, déjate el vestido –dijo Freddie.

–Y tú eres Zac, el amigo de la tita Freddie –añadió Eloise acercándose a él y agarrándole el brazo desnudo, en el que se veía el tatuaje de un dragón.

–¿Qué es eso?

–Un dragón.

–¿Cómo el de mi cuento? –gritó la niña emocionada.

–Y este es Jack –dijo Freddie, roja de vergüenza.

–¿La tita Freddie? –preguntó Zac mientras renacían sus esperanzas y la niña se subía a su regazo para verle mejor el tatuaje.

–Bájate, Eloise –le ordenó su tía.

Ella no le hizo caso, pero Zac la sentó en el banco entre Freddie

y él y extendió el brazo con la esperanza de que hubiera paz.

–No puedo explicártelo aquí, en presencia de ellos –dijo Freddie al tiempo que se preguntaba si había habido alguna mujer a la que se hubiera castigado tanto por tratar de enfrentarse a un hombre–. Mi hermana falleció el año pasado.

–¿Y no hay nadie más? –preguntó Zac, consciente de que la niña tenía los ojos clavados en los suyos.

–Bueno, está Claire, mi tía, que tiene veintiocho y los ha acogido oficialmente, pero hemos llegado al acuerdo de que, aunque ella es oficialmente la cuidadora, soy yo quien me encargo de ellos – explicó Freddie a toda velocidad, lo que la avergonzó porque parecía que se estaba disculpando por no estar disponible–. Como sabes, trabajo por las noches, por lo que no hay sitio en mi vida para nada más.

–No intento… He renunciado a eso –mintió Zac.

Había muchas señales que indicaba que mentía, pensó Freddie: su forma de bajar los párpados, la mirada huidiza y que se agarrara el largo y poderoso muslo con fuerza. Seguía interesado en ella, pero, por algún motivo, fingía no estarlo.

–Entonces, ¿para qué querías verme? –preguntó ella intentando no parecer sarcástica, ya que él se había tomado la presencia de los niños como un caballero, a pesar de que estaba convencida de que distaba mucho de serlo.

Jack se inclinó hacia él y se le aferró a las rodillas al tiempo que le sonreía. Zac se levantó con cuidado intentando que el niño no se soltara.

–Vamos a caminar –sugirió–. Así los niños estarán ocupados.

Los niños lo trataban como un juguete nuevo y fascinante. Cuando Freddie decidió quedar con Zac en el parque y llevarse a los niños, debería habérsele ocurrido que Eloise y Jack se quedarían fascinados con él, ya que casi nunca tenían contacto con hombres. Claire se quejaba amargamente de que atrajeran la atención de su novio cuando iba a visitarla.

–Vamos a la zona de juegos –dijo ella tomando a Jack en brazos, que lloriqueó en señal de protesta, y sentándolo de nuevo en el cochecito.

Zac, a quien Eloise había tomado de la mano, caminó por el sendero arbolado intentando, sin conseguirlo, acompasar su paso al de Eloise. Sin más ni más, le contó a Freddie su apuesta con su hermano Vitale.

–¡Qué chiquillada, por Dios! ¿Cuántos años tienes? –preguntó Freddie, sinceramente asombrada.

–Veintiocho.

–¿De verdad? –lo miró con los ojos como platos–. Tal vez sean cosa de chicos, porque no me imagino a mí misma haciendo una apuesta tan absurda por puro orgullo y arriesgándome a perder un bien preciado.

A Zac se le ensancharon las ventanas de la nariz mientras asimilaba su comentario, nada complaciente, y respiró hondo antes de continuar.

–Vitale era el que estaba conmigo el otro día cuando tuviste…la crisis –dijo él mirándola de reojo.

–Ah, ¿te refieres a cuando te grité? –tradujo ella con inesperada diversión–. Sí, fue un día duro después de muchos días duros seguidos. Lo siento. ¿Así que tu hermano era el chico agradable?

Zac asintió al tiempo que le enfurecía la injusta descripción de Vitale que ella había hecho. ¿Qué tenía Vitale de agradable? Su hermanastro la había hecho callar como si la compadeciera y todo lo que le había dicho era falso. ¿Ella no se había dado cuenta? ¿Estaba ciega o sorda? ¡El no era falso ni de pulidos modales como Vitale! Pero ¿eran esas las cualidades que a ella la atraían en un hombre?

–Ese chico agradable que estaba presente cuando te viniste abajo se ha apostado conmigo que no conseguiría que «parecieras perdidamente enamorada de mí y no me quitaras las manos de encima», en sus propias palabras, si te llevaba al baile real que se celebra a finales de mes.

Mientras Eloise salía corriendo hacia los columpios, Freddie se detuvo en seco y lo miró asombrada.

–¿Yo?

–Y refinada adecuadamente según los criterios de la familia real –añadió Zac, todavía con más desprecio.

–Yo no hago esas cosas –masculló ella esforzándose en asimilar que Zac tuviera un hermano relacionado con una familia real–. ¿Estáis locos los dos o algo así?

–Algo así. Pero hoy estoy aquí porque me preguntaba si por un precio muy generoso…

–No –lo interrumpió Freddie inmediatamente–. Y no me avergüences dándome cifras. La semana pasada me molestó que te ofrecieras a pagarme por una hora de mi tiempo y quería darte una lección al presentarme con los niños, pero esta tontería de que insistas en ofrecerme dinero tiene que acabarse ahora mismo.

Zac frunció el ceño, con evidente perplejidad.

–¿Por qué?

No entendía, verdaderamente no entendía, pensó ella, que era ofensivo intentar comprar a la gente como si fuera un producto.

–Porque está mal.

A la luz del sol, tenía los ojos de color azul muy claro, casi cristalino, observó ella maravillada, y se quedó momentáneamente en blanco.

–Sin embargo, aceptas mis propinas.

–Porque van a un bote común para todos los empleados. Cuando rechacé tu propina la primera vez, los demás empleados se enfadaron. Por eso volví y la acepté y no volví a rechazarla.

Zac se puso furioso con la explicación y decidió cambiar las reglas del bar para que Freddie se quedara con las propinas. Sus deportivas estaban gastadas y tenían un agujero en uno de los pulgares. Incluso el cochecito estaba muy usado. De hecho, los tres parecían pobres en comparación con los niños que él veía en los alrededores del hotel.

Jack volvió a bajarse de la sillita de paseo y se dirigió directamente a las rodillas de Zac, que dejó que se agarrara a ellas, impresionado, contra su voluntad, por la enorme sonrisa del crío. Zac frunció los labios.

–Es evidente… Es decir, supongo –murmuró ella, incapaz de interpretar lo que expresaban las tensas facciones de Zac y tratando de no ofenderlo– que a ti no te falta el dinero, pero la gente que no lo posee también tiene dignidad.

–Pero lo tengo y tú lo necesitas. Es un simple intercambio que no tiene nada de ofensivo –declaró Zac con convicción

–No voy a aceptar las mil libras bajo ninguna circunstancia porque está mal y me parecería que te estoy timando o que soy una persona a la que se puede comprar como a una prostituta –afirmó Freddie con vehemencia.

Zac observó distraídamente que la pasión había transformado el color de sus ojos a un brillante dorado. Los pantalones comenzaron a apretarlo al invadirlo una oleada de deseo.

–Pero yo no te veo así –objetó él mientras se preguntaba por qué todo era tan complicado con ella, lo cual le desagradaba profundamente. Le recordaba a Vitale y a sus normas sobre lo que se podía y no se podía hacer que impedían que su hermanastro gozara de la libertad que él tanto apreciaba–. ¿Cómo puedes sentirte como una prostituta cuando ni siquiera te he tocado?

A Freddie, el corazón se le había vuelto a desbocar. Los ojos de él brillaban de un modo salvaje que era extraño que la atrajera, ya que ella era una mujer que siempre iba sobre seguro. Quería que

entendiera su punto de vista y que la escuchara como era debido, cosa que sabía que él no estaba haciendo.

–*Eu quero voce*… Te deseo –tradujo Zac cuando se dio cuenta de que había hablado en su propia lengua–. ¿Qué tiene eso de malo?

–No he dicho que tenga nada de malo, sino que está mal que intentes utilizar el dinero para tentarme.

Zac pisaba terreno más firme en aquel momento y extendió la mano para acariciarle lentamente la melena, con su instinto de cazador en estado de alerta y la mayor descarga de adrenalina que había experimentado en su vida.

–Pero tú me deseas –afirmó con total seguridad–. Me deseas desde que me viste por primera vez. Así que ¿por qué estamos discutiendo?

Freddie se desinfló con la misma rapidez con la que lo haría un globo que tuviera la desgracia de chocar con un alfiler, y se puso colorada. Que él lo supiera con aquella pasmosa seguridad, que percibiera lo que ella se había esforzado en negarse a sí misma, la conmocionó y la dejó sin habla.

Zac tiró de ella para acercarla más, bajó la arrogante cabeza poco a poco hasta que le encontró la boca. El sensual y dulce sabor de sus labios le provocó tal deseo que lo hizo temblar. La abrazó levantándola del suelo, sin hacer caso de que Jack le estaba pidiendo que lo tomara en brazos; de hecho, se olvidó de la existencia del crío.

A Freddie nunca la habían besado así. Era cierto que la vida se había ocupado de no ofrecerle demasiadas oportunidades de que la besaran, pero, cuando rodeo el cuello de Zac con los brazos deseó, durante una décima de segundo, no soltarlo porque se sintió segura, segura por primera vez desde que había perdido a sus padres, segura como si nada malo pudiera volver a ocurrirle.

Y el beso, la apasionada presión de aquella boca ancha y sensual en la suya, la acometida de la lengua, su forma de lamerle el paladar…

De repente, Freddie deseó lo que nunca había deseado, y lo hizo con tanta intensidad que lo sintió entre los esbeltos muslos, como si una oleada de calor le estallara en la pelvis, mientras se le endurecían los pezones hasta tal punto que comenzaron a dolerle.

Zac volvió a dejarla en el suelo. Había comprobado la veracidad de sus afirmaciones y disfrutaba de la reacción de ella al tiempo que deseaba tener la oportunidad de demostrarle la química en potencia que había habido entre ellos desde su primer encuentro. Demostrar se le daba mejor que hablar, reconoció de tan buen humor que

tomó en brazos a Jack, que lloraba sofocado, y se lo apoyó en el hombro para consolarlo porque no le hubieran hecho caso.

Freddie estuvo a punto de caerse cuando Zac la dejó en el suelo. Estaba mareada, desorientada, el cerebro se negaba a funcionarle, las piernas se le doblaban y sentía la boca caliente e hinchada. Cerró los puños porque tenía ganas de pegar a Zac por haberle demostrado el poder que ejercía sobre ella. La había herido en su orgullo, su corazón seguía desbocado y, durante unos segundos, se había olvidado de los niños, lo que era imperdonable.

Eloise gritaba para que la columpiaran, ¿y Jack? Jack, asombrosamente, se hallaba en brazos de Zac con la cabecita apoyada en su hombro, como si la necesidad de su siesta matinal se hubiera apoderado de su cuerpecito. Como Freddie no sabía qué decir, se apresuró a empujar el columpio de su sobrina dejando a Zac de pie con el niño.

Zac escudriñó el rostro tenso y sofocado de Freddie con creciente fastidio. ¿Qué le pasaba ahora? Por eso no salía con mujeres ni las perseguía, ni siquiera lo intentaba. Pensó en volver a dejar a Jack en el cochecito y marcharse, pero el niño se le había agarrado a la chaqueta con una mano y soltaba pequeños ronquidos de satisfacción, una satisfacción que cualquier movimiento destruiría. Sería una buena práctica para cuando, algún día, fuese padre, se dijo con rabia. Tal vez su hijo fuera horrible. Jack, al menos, era un niño sonriente y con necesidades bastante básicas.

Sin embargo, Eloise era más exigente, reconoció, cuando la niña lo llamó para que la empujara en vez de su tía, pero él no hizo caso de la invitación. Y, de pronto, tuvo un extraño recuerdo de su primera infancia, cuando intentaba que su madre le prestara atención sin conseguirlo. Antes de darse cuenta de lo que hacía, se dirigió a grandes zancadas a los columpios, le entregó a Jack a Freddie, que seguía comportándose como un témpano de hielo, y empujó el columpio. A veces a los niños había que darles lo que querían, decidió generosamente. Que no lo hubieran hecho con él no implicaba que otros tuvieran que sentirse decepcionados.

Freddie volvió a la realidad mientras Zac empujaba a Eloise. Él estaba siendo tan servicial que sería una muestra de profunda inmadurez castigarlo por haberla hecho disfrutar con un beso.

¿Qué era un beso? ¿O qué tenía que le hacía desear otro, lo cual era un peligro? Era demasiado arriesgado para alguien en su posición, se dijo con tristeza.

–¡No puedo tener una aventura contigo! –le susurró a Zac por encima de la cabeza de su sobrina.

–¿Por qué no? No estás casada ni tienes novio.

–No podemos hablar aquí –apuntó ella mientras se volvía a poner colorada.

–¿Y quién tiene la culpa? Has sido tú la que has organizado esto –le recordó Zac en tono duro.

–¡Se suponía que te marcharías y perderías el interés! –le espetó Freddie con voz acusadora al tiempo que se esforzaba en no mirar su tentadora boca.

–Soy obstinado –afirmó él con una repentina sonrisa que desprendía carisma–. Se necesita mucha energía para vencerme, *minha pequenina*.

Freddie agachó la cabeza y el dorado cabello le ocultó a medias la expresión preocupada. De pronto se había dado cuenta de que estaba prolongando aquel encuentro porque quería y de que no tenía sentido malgastar el tiempo de Zac cuando ella no pensaba consentir que las cosas fueran más allá.

–Tenemos que irnos –afirmó luchando con todas sus fuerzas contra su persuasiva presencia.

–Podría invitaros a comer.

–No, Jack se pondrá a gritar si se despierta –murmuró Freddie mientras se preguntaba cómo, en cuestión de una hora, había conseguido él pasar de resultarle odioso a casi soportable. Apartó ese pensamiento a toda prisa–. Tenemos que volver a casa.

Zac se encogió de hombros y se acercó a ella. Eloise ya se había bajado del columpio y Freddie dejó a Jack en el cochecito.

–¿No te marchas? –preguntó Freddie sorprendida.

–Os acompaño a casa –respondió él con sequedad al darse cuenta de que ya no era bienvenido y preguntándose por qué le importaba cuando había tantas otras mujeres disponibles.

Freddie no sabía cómo librarse de él sin resultar grosera porque, le gustara o no, se había portado bien y, al menos, no seguía intentando comprarla con dinero.

–Debes de tener algo de vida social –comentó Zac mientras recorrían una calle pequeña y sombría de casas adosadas.

–Pues no –masculló ella al tiempo que sacaba la llave. Iba a meterla en la cerradura cuando la puerta se abrió y apareció Claire–. Ah, hola, Claire.

–¿Quién es este?

Zac le tendió la mano y se presentó y Claire lo invitó a pasar sin hacer caso de las muecas frenéticas que le hacía Freddie, detrás de él.

–Está buenísimo –susurró Claire, encantada, cuando Freddie

pasó a su lado y entró al vestíbulo. Zac metió el cochecito–. Voy a enchufar el hervidor, ¿de acuerdo? –añadió con entusiasmo.

Freddie llevó a Jack al piso superior para acostarlo en la cuna y cuando bajó al salón se encontró a Zac tomándose un café, cómodamente sentado como si fuera un huésped, en tanto que Claire ejercía de anfitriona.

–Me quedaré con los niños para que puedas salir con Zac –le anunció Claire. Freddie se sobresaltó ante ese ofrecimiento sin precedentes–. Siempre digo a Freddie que debe tener una vida más allá de los niños. Esta noche no trabajas, ¿verdad?

–No, pero…

–Gracias, Claire. Te recogeré a las ocho, Freddie –dijo Zac mientras esquivaba a Eloise, que quería enseñarle el cuento del dragón, y aprovechaba la ocasión para marcharse.

Freddie lo siguió hasta el vestíbulo, pero él se alejó con rapidez y ya había bajado los escalones de la entrada antes de que ella pudiera alcanzarlo.

–¿Por qué has hecho eso? –preguntó a Claire al volver al salón–. No quiero salir con él.

–Claro que quieres. Está como un tren –contraatacó Claire de forma aplastante–. Que solo trabajes y no te diviertas acabará por convertirte en una persona aburrida, y si contribuyo a que te des cuenta me alegraré mucho.

Freddie tragó saliva sin saber qué decir ante la seguridad de Claire y sin querer discutir con ella, que solía hacerlo a voz en grito. No quería volver a estar con Zac porque le resultaba muy atractivo, por fin lo reconocía. Pero tratar de sacar partido de dicha atracción sería inútil. No quería tener una sórdida aventura de una noche, que era lo único que él pretendía, algo de sexo recreativo para llenar unos minutos. Ella no era así y nunca lo sería.

Tras haber sido atacada en la adolescencia, su hermana se había dedicado a tener relaciones sexuales ocasionales y, al final, había acabado con su repulsivo novio. Freddie seguía siendo virgen porque había tenido poco tiempo para las relaciones sociales, pero no estaba dispuesta a aceptar una aventura sin sentido. Quería que hubiera sentimientos, respeto mutuo y consideración, y Zac no estaba programado para ofrecerle nada de eso. Ella necesitaba algo más antes de confiar en alguien, y si eso era estar chapada a la antigua, se alegraba mucho de estarlo.

Zac estaba igual de desconcertado ante la perspectiva de la cita.

Nunca había salido con una mujer, no había buscado esa clase relación y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Pero no le importaba pedir ayuda a Angel, su otro hermanastro, cuando se reuniera con él esa tarde para tomarse una café. Su hermano griego no le molestaba como lo hacía Vitale. Angel tenía una actitud mucho más relajada y menos crítica.

–¿Nunca? –preguntó Angel, levemente sorprendido–. Parece que tu vida sexual es muy básica.

–Mucho –reconoció Zac abiertamente–. Pero deseo de verdad a esa mujer.

–Probablemente, Merry te sería de más ayuda que yo –dijo Angel con ironía refiriéndose a su esposa–. Yo metí la pata con ella, así que nunca tuvimos una cita como tal. Lleva a esa mujer a cenar o a tomar una copa y despreocúpate.

Las palabras de Angel calmaron el ego de Zac, pero no tenía que haberse preocupado tanto, ya que Freddie había estado dando vueltas al asunto toda la tarde antes de mandarle finalmente un mensaje proponiéndole que fueran a hacer karting.

La propuesta dejó perplejo a Zac porque le parecía algo muy masculino y competitivo para una mujer tan femenina, aunque a su naturaleza enérgica lo atraía más que pasarse la velada hablando.

A Freddie la encantó que Zac aceptara. El entorno evitaría que él la tocara. Cuando Claire la miró sorprendida al enterarse de adónde iban, Freddie se limitó a reírse.

Zac fue a recogerla en moto, un enorme cacharro negro y dorado que la desconcertó porque esperaba que llegase en un coche deportivo. Él se bajó de la moto y le dijo, como si fuera un cumplido:

–Es la primera vez que voy a llevar a una chica en moto.

–Hay una primera vez para todo –replicó ella en tono burlón mientras se ponía el casco que él le había dado–. Yo nunca he montado en moto.

Zac volvió a montarse y le dio varias instrucciones. Ella se subió detrás de él con cierta dificultad y le rodeó la cintura con los brazos. Se dio cuenta demasiado tarde de que, aunque un coche les habría impuesto una peligrosa intimidad, la moto les proporcionaba una intimidad física aún más peligrosa. Sus manos se apoyaban en los abdominales de él, duros como piedras, y los dedos le rozaban el cinturón. La moto arrancó y la vibración del motor la recorrió de los pies a la cabeza de forma excitante.

Apoyó el rostro en la chaqueta de él y le rozaron la frente mechones de su cabello mientras su aroma la envolvía como una ola y la torturaba. Olía a limpio y a macho, con un toque de colonia exótica, una combinación digna de ser saboreada, pensó distraídamente, al tiempo que se maravillaba de que ese pensamiento hiciera que le cosquilleara la piel y sintiera calor al percibir cada flexión de sus abdominales bajo las manos. Su cuerpo se deleitó ante el contacto de forma asombrosa.

Zac quería empujarle las manos más abajo del cinturón, adonde realmente lo necesitaba y donde ella tenía buen cuidado de no tocarlo. ¿Por qué era tan cohibida? ¿Qué tenía en contra del placer? Tendría que averiguarlo antes de que la frustración sexual lo volviera loco. Hacía semanas que no poseía a una mujer, lo que era algo nuevo para él, y no le gustaba. Al fin y al cabo, el sexo era una de los grandes placeres gratuitos de la vida y una necesidad que estaba acostumbrado a satisfacer regularmente.

¿Por qué una mujer que se sentía tan atraída por él como él por ella lo rechazaba? ¿Había algo en su pasado? ¿Qué otra cosa podía ser? ¿La habían asaltado?, ¿violado? Se le encogió el estómago al pensarlo porque despreciaba a los hombres que utilizaban la fuerza física contra los más débiles y vulnerables.

Meu Deus, ¿sería ella aún más complicada de lo que ya le parecía? Volvió a preguntarse con enfado que por qué ella. ¿Por qué perseguía a una mujer por primera vez en su vida? ¿Por qué no la olvidaba y seguía adelante? Se juró con furia que, si ella volvía a rechazarlo, la olvidaría y buscaría placer en otro sitio.

Capítulo 3

MIENTRAS se quitaba la última pieza del equipo de protección, Zac miró a Freddie y su sensual boca hizo una mueca divertida. El rostro de ella era una máscara de enfado y vergüenza, después de que le hubieran sacado la bandera roja por saltarse una norma de seguridad. Sin embargo, había salido a la pista con brío y deseos de arriesgarse, pero Zac la había adelantado a toda velocidad, una maniobra que había despertado en ella su instinto competitivo. Ella lo había perseguido a toda velocidad sin tener en cuenta su falta de experiencia en la pista.

–Venga, ríete –le dijo Freddie con enfado y mirada desafiante al tiempo que admiraba el ritmo animal de su zancada mientras avanzaba hacia ella. Andaba con ligereza para ser tan alto, pero desprendía testosterona por todos los poros. Incluso en un sitio atestado de gente, su maravilloso aspecto destacaba y le garantizaba que las mujeres volvieran la cabeza para mirarlo con interés. Se puso colorada al darse cuenta de que estaba orgullosa de que la vieran con él.

–Cuando me lo propusiste, creí que hacer karting era uno de tus pasatiempos preferidos.

–¿Bromeas? Solo lo había hecho una vez, hace años. Me invitó por mi cumpleaños la familia de acogida con la que vivíamos.

Zac la dejó sin aliento por el simple hecho de levantarla y sentarla en la moto.

–¿La familia de acogida? ¿Quiénes vivíais? –preguntó él frunciendo el ceño.

–Da igual –respondió ella, que no veía ninguna razón para hablarle de su pasado cuando estaba a punto de llevarla a casa.

Apoyó la mejilla en la espalda masculina mientras la moto se deslizaba entre el tráfico y cerró los ojos. Experimentaba un extraño pesar y, al mismo tiempo, su cuerpo reaccionaba ante el contacto físico con el de Zac. La cita había acabado y él tendría que reconocer que no era la mujer sexy y tentadora de sus sueños. De

todas maneras, seguro que él se había divertido, ya que le gustaba la velocidad, por lo que cabía esperar que no le guardara rencor y que ella pudiera conservar el puesto de trabajo. No podía permitirse perderlo.

Él volvió a levantarla, esa vez para bajarla de la moto y, después, le desabrochó el casco. Mientras la guiaba, le dio las llaves al portero y se dirigió a él en una lengua extranjera.

–¿Dónde estamos? –preguntó Freddie maldiciéndose por haberse dejado llevar por sus pensamientos y no haber prestado atención.

Sin embargo, mientras hacía esa estúpida pregunta, supo exactamente dónde estaba y se estremeció porque nunca había entrado en The Palm Tree por la puerta principal, ya que los empleados lo hacían por una puerta lateral. El bar estaba separado del hotel y el personal tenía instrucciones de no salir de la zona designada.

Frente a ella y bajo las magníficas arañas de cristal se hallaba el mostrador de recepción, rodeado de espejos, que le resultó borroso, debido a que la luz brillante la deslumbraba.

Algo parecido al pánico se apoderó de ella.

–No puedo estar aquí. ¡Trabajo aquí! –exclamó consternada tratando de apartarse de la mano de Zac, que le había puesto en la cadera para guiarla.

Él la tomó en brazos como si fuera Eloise y se montó en su ascensor privado antes de dejarla en el suelo.

–¡Por Dios, suéltame! –exclamó ella con furia cuando él la deslizó por su largo y delgado cuerpo asegurándose de que notara todos los ángulos de su musculoso físico–. ¡No voy a subir contigo a tu ático!

–Claro que vas a hacerlo –afirmó él sin vacilar–. He pedido que nos suban algo de comer.

–¡No tengo hambre! –protestó ella.

–Y yo no soy un maltratador de mujeres, por lo que no me gusta que me traten como a tal –respondió Zac en tono seco.

Ella se sonrojó y sus ojos chocaron con los ojos entrecerrados de él, que, bajo las negras y espesas pestañas, brillaban como un peligroso glaciar a la luz del sol.

–No te estoy tratando así.

–Por supuesto que lo estás haciendo –la contradijo él–. Y no me gusta. No voy a tocarte sin tu permiso.

Se apoderó de ella una intensa necesidad de disculparse, contra la que se revolvió. Examinó su conducta y reconoció que tal vez se hubiera puesto algo histérica debido a su necesidad de protegerse

en presencia de un hombre.

–Verás, trabajo aquí, por lo que es evidente que no quiero que me vean en tu ático.

–Pues tal vez –observó él con los ojos tan fríos como estrellas polares– me haya cansado de hacer todo a tu manera, *minha pequenina*.

Freddie apretó los labios, bajó la vista y examinó sus deportivas en silencio. Le dolían los músculos de la tensión y sintió náuseas.

–¿Dónde vivía tu familia de acogida? –preguntó él mientras abría la puerta de lo que ella supuso que sería la suite del ático, porque, en uno de los lados de la enorme habitación, una pared de cristal ofrecía una vista maravillosa de las luces parpadeantes de la ciudad.

Freddie miró a su alrededor y contempló un lujo que desconocía. Había una pequeña cocina en un rincón, que estaba de adorno, ya que pocos de los que pudieran pagarse aquel ático se pondrían a cocinar en un hotel famoso por su restaurante. Había dos puertas en la suite, que estaba amueblada con una enorme televisión y sillones de cuero en los que había revistas de coches.

–¿Freddie? –dijo Zac, divertido ante su curiosidad.

Freddie habló teniendo cuidado de no mirarlo.

–Mis padres se mataron en un accidente de tráfico cuando tenía diez años. Hasta entonces, tuve una infancia feliz, pero eso cambió –reconoció llena de tensión mientras le llegaba un olor a comida que le provocó un sonoro rugido en el estómago.

Freddie habló a toda prisa, temerosa de que Zac lo hubiese oído.

–¿Y tú? ¿Dónde te criaste?

–En una *fazenda*, un rancho en Brasil –Zac levantó el paño que cubría el carrito de la comida–. Sírvete.

Agradecida por tener algo que hacer con las manos, Freddie agarró un plato reprendiéndose por su estado nervioso. Estar a solas con un hombre no era para tanto. Ya era hora de que se recuperase de los traumas vividos con su hermana. De todos modos, era a Lauren a la que habían maltratado, no a Freddie, que se había limitado a ser un testigo impotente.

Lo más probable era que Zac le hubiera hecho un favor al reprocharle su actitud hacia él. A fin de cuentas, un día ella desearía estar con un hombre y no querría asustarlo comportándose de forma extraña. Trató de bajar las defensas y relajarse.

–No me imaginaba que fueras un chico de campo –dijo ella mientras se comía lo que se había puesto en el plato, sentada en el borde de un cómodo sofá.

Zac hizo una mueca.

–No lo soy, aunque me interesa la cría de caballos con pedigrí –reconoció él, lo que volvió a sorprenderla.

Zac la observó acomodarse en el sofá como si fuera una peligrosa maniobra. Sus pies se separaron del suelo y cruzó las piernas como un elfo. Se puso cómoda en su presencia por primera vez y él sintió un entusiasmo ante aquella relajación que le inquietó. Se dijo que se debía a que ella era una mujer difícil y que a él le encantaban los desafíos. Tal vez, sin darse cuenta, se había aburrido de las conquistas fáciles. Freddie era distinta, muy distinta de las mujeres con las que se iba a la cama. Además, estaba muy guapa sentada allí, reconoció con inquietud. Frunció el ceño ante un pensamiento tan raro.

–También quería preguntarte si has pensado sobre la apuesta que te comenté esta mañana –dijo yendo al grano con una sensación de intenso alivio.

Ella lo miró sorprendida.

–¿Aún sigues con eso?

Zac se encogió de hombros.

–No me doy por vencido con facilidad.

Claro que no. Freddie estaba convencida de que, si pudiera ir separando las diversas capas que lo formaban, encontraría la palabra «determinación» estampada en todas ellas. Abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla porque quería ser educada.

–Tengo que cuidar a los niños.

–Podría contratar a una niñera para ellos –afirmó él, que no quería aceptar una negativa por respuesta–. Nos divertiríamos mucho en el baile real de Vitale. Estoy seguro de que disfrutarías, como cualquier otra mujer, llevando un vestido de diseño.

–No, lo siento –masculló ella rechazando la tentación que suponían sus palabras. Consideró durante unos segundos el ofrecimiento de contratar a una niñera, pero también rechazó la idea porque, en el estado de ánimo de Claire en aquellos momentos, no quería arriesgarse a causarle problemas. De ninguna manera. Sobre todo mientras Claire estuviera con un novio que se iba a España cada dos por tres para ayudar a sus padres a montar su negocio. Era el peor momento para que ella demostrara que quería volar por cuenta propia.

Zac se sentó a su lado en el sofá y ella se dijo con ansiedad que su proximidad la hacía sentirse incómoda. ¿O acaso la pesadez de los senos y el estallido de calor entre los muslos eran una muestra del vergonzoso deseo de que se acercara aún más? Se sonrojó al

tiempo que el calor se extendía por todo su cuerpo.

–Pero eso es una estupidez –arguyó él.

–No sabes cuándo debes dejarlo, ¿verdad? –le reprochó Freddie–. No quiero hablar de eso.

–Pero yo sí –afirmó él con incontenible entusiasmo y los ojos brillantes como estrellas al anochecer–. Me gustaría pasar más tiempo contigo y no entiendo por qué te niegas cuando a ti también te gustaría.

«Por Eloise y Jack», se dijo ella.

–Yo no quiero pasar más tiempo contigo –observó ella con sequedad.

–¿Por qué mientes? –preguntó él con repentina impaciencia.

Freddie respiró hondo.

–No miento –dijo mirándolo fijamente y deseando que la creyera.

Él tomó su rostro entre sus grandes manos y las introdujo en el cabello para agarrarle la cabeza y que no pudiera moverla ni un centímetro. Ella abrió mucho sus ojos castaños, que reflejaban una mezcla de excitación y consternación.

–Mentirosa –repitió él.

–¡Que no diga lo que quieres oír no significa que mienta! –declaró ella con desesperación.

El silencio entre ellos ardía como si alguien le hubiera prendido fuego. Los ojos castaños de ella estaban fijos en los grises de él, llenos de censura. Zac se apoderó de su boca con salvaje pasión. Ella no había experimentado nada igual. Era como dejarse arrastrar por una ola enorme, como meter el dedo en un enchufe o montarse en un cohete, porque primero estaba en tierra y, al minuto siguiente, volaba muy alto por el deseo que la consumía con una urgencia feroz. Su cuerpo temblaba cada vez que él la exploraba con la lengua. Él le puso la mano en un pezón y ella estuvo a punto de sufrir una combustión espontánea dentro de su propia piel. El cuerpo le pedía más mientras lo besaba a su vez y le introducía las manos en el largo cabello negro.

De repente, Zac se separó de ella jadeando, se pasó la mano por el despeinado cabello y se irguió.

–Entonces, ¿por qué mientes sobre cómo hago que te sientas? ¿A qué juegas?

–¿Que a qué juego? –balbuceó ella con la mente en blanco mientras se fijaba en el bulto prominente de la entrepierna masculina y, después, en los cabellos negros que se le habían quedado entre sus ansiosos dedos.

–¿Qué plan tienes? Porque es evidente que lo tienes –le espetó él–. Obviamente, no se trata de dinero.

–No –contestó ella consternada. Se puso de pie rápidamente, pero las rodillas le temblaban porque se hallaba en estado de shock, debido a la capacidad de él de hacerla sentir aquello y de que tuviera el suficiente control para separarse; él, no ella, como debería haber sido, reconoció sintiéndose culpable.

–No tengo ningún plan, Zac.

Él la miró con enfado.

–Pues a mí me parece que sí. ¡Creo que eres una de esas mujeres antiguas que cree que, cuanto más se niegue, más interesado estaré! –exclamó con desprecio mientras pensaba que ella se había animado más desde que se había enterado de que era el dueño del hotel en que trabajaba–. Conmigo no te va a valer. No me intereso por las mujeres.

–Era lo que creía –dijo Freddie alzando la barbilla en señal de desafío, algo a lo que Zac no estaba acostumbrado en una mujer–. He sabido desde el principio que lo único que querías era una aventura de una noche y, desde luego, no malgastaría mi tiempo ni el tuyo jugando contigo. Ahora mismo ni quiero ni necesito a un hombre en mi vida, pero no me importa reconocer, para que veas lo distintos que somos, que preferiría más cariño y compromiso, en vez de la aventura de una noche. Así que gracias por la velada y la cena.

Sin añadir nada más, Freddie salió por la puerta llena de indignación.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, que se secó furiosamente en el ascensor. Zac le había confirmado lo que había adivinado: que su interés por ella se reducía exclusivamente al sexo. Hablar de afecto y compromiso a un tipo como él era indigno y humillante, se reprochó con enfado. ¿Por qué se había molestado en decirle semejantes estupideces? No se podía pedir ni hacer que apareciera por arte de magia lo que no se ofrecía, y Zac no iba detrás de una camarera por nada más duradero que un revolcón entre las sábanas.

Claro que también estaba la ridícula apuesta, en la que el estúpido hermano de Zac la había metido para jugarle una mala pasada. El hermano había visto su hostilidad hacia Zac y se había dado cuenta de que a este le resultaría difícil llevarla al baile y que se comportara como si estuviera perdidamente enamorada de él.

Mientras se montaba en el autobús para volver a casa pensó en la mentira que tendría que contar a Claire, ya que no podía decirle la verdad: que no estaba preparada para ser tan divertida como

otras jóvenes de su edad.

¿Debería haberse planteado pasar una noche con Zac? No, de ninguna manera. ¿Cómo se le ocurría semejante cosa? Era cierto que él la atraía mucho, pero no lo suficiente como para desterrar sus convicciones de toda la vida. Se hubiera sentido utilizada y estúpida si se hubiera acostado con él y, además, habría deseado más que lo que le podía ofrecer, lo que le hubiera dolido. Y aunque probablemente ya se sintiera dolida, se habría sentido aún más de haber intimado con él para, después, tener que servir copas a su siguiente amante ocasional. Era mejor ir sobre seguro, reflexionó, defender aquello en lo que creía y no desequilibrarse.

Al llegar a casa, vio que Claire había salido y se encontró con una niñera. Con lo que llevaba en el monedero le llegó justo para pagarle. Estaba demasiado inquieta para acostarse y dormirse inmediatamente, como solía hacer, así que agarró el portátil de su tía para satisfacer la curiosidad que Zac había despertado en ella. Fue de sorpresa en sorpresa.

Las minas de diamantes Quintal Da Rocha de Rusia y Sudáfrica pertenecían a Zac, y su hermano era un príncipe heredero. Recordó el pendiente de diamantes que Zac llevaba en una oreja y su carismática seguridad en sí mismo, y se asombró de no haberse dado cuenta de que esa seguridad solo podía ser innata en alguien muy rico.

Sin embargo, ella, llena de prejuicios contra los hombres, había supuesto inmediatamente, al verlo por primera vez, que era un oportunista que no tramaba nada bueno y lo había condenado basándose en que era increíblemente guapo y atrevido, debido a que el desagradable novio de Lauren, Cruz, poseía características similares.

Molesta por su error y aún más por lo desgraciada que se sentía, se obligó a acostarse. Su único consuelo era que, seguramente, Zac se marcharía pronto de viaje para acudir al baile de su hermano. Había satisfecho casi toda su curiosidad con la consulta, pero sabía que le resultaría más fácil volver a la normalidad si Zac dejaba el hotel durante un tiempo o dejaba de acudir al bar del mismo.

Cuando Freddie lo dejó plantado, Zac dio un puñetazo en la pared con tanta fuerza que la mano comenzó a sangrarle, lo que hizo que lanzara improperios en todas las lenguas que sabía, a pesar de que reconocía que ella tenía razón y que no había manera de combinar sus respectivos deseos y necesidades.

¿Cariño? ¿Compromiso? Zac estuvo a punto de estremecerse de repulsión ante la idea. No sabía nada relacionado con el cariño o el compromiso y no deseaba aprender. Era libre como un pájaro y no tenía intención de cambiar ese placentero estado; ciertamente, no por una mujer.

Siempre había mujeres disponibles: altas, bajas, con curvas, delgadas… No era exigente. Al menos, no lo había sido hasta conocer a Freddie. Decidió que se emborracharía para quitársela de la cabeza.

Lo que no entendía era por qué le resultaba tan atractiva. Posiblemente, los hombres, a determinada edad, estaban programados para desear a un tipo distinto de mujer. Incluso pudiera ser que fueran los genes de su padre los responsables. Charles Russell era un hombre al que le gustaba comprometerse con las mujeres. Había reconocido que se hubiera casado con la madre de Zac, de haber tenido la oportunidad, y pasaba mucho tiempo con Sybil, la seductora suegra de Angel.

Zac negó con la cabeza lleno de ira mientras se asombraba con arrogancia ante la resistencia de Freddie. Después se preguntó distraídamente si alguien se tomaría la molestia de leer el cuento del dragón a Eloise y, lanzando un improperio definitivo, puso los ojos en blanco y decidió olvidarse del desastre que le había sucedido con Freddie. No era para tanto. Le gustaba estar solo; prefería su propia compañía.

Capítulo 4

DOS días después, el mundo de Freddie saltó en pedazos.

–Ya te advertí que no me pasaría la vida haciendo esto –le recordó Claire, después de haberle anunciado su intención de trasladarse a España con su novio–. Se lo he dicho a los servicios sociales con un mes de antelación, así que estarán buscando un nuevo hogar de acogida a Eloise y Jack. Aunque me da la impresión de que esperan que los adopten. Cruz ha reconocido por fin su paternidad y ha declarado que no tiene interés alguno en ellos. ¡Freddie, por favor, no me mires como si fuera un monstruo!

Freddie temblaba y se mordía el labio inferior con fuerza, resuelta a no mostrar ninguna de las emociones que le poblaban la cabeza y estaban a punto de desbordársele por sus labios.

–No te estoy mirando así. Me sorprende, eso es todo. Pero es cierto que me advertiste antes de que llegaran los niños –afirmó intentando ser justa–. Es solo que creí que nuestro acuerdo duraría un poco más.

–Y lo habría hecho si no hubiera conocido a Richard –observó Claire con una mueca–. Estaba pasando una mala época cuando accedí a acoger a los niños, pero mi vida vuelve a iluminarse. Richard será el chef del restaurante de sus padres y yo trabajaré en el comedor. Vamos a alquilar un piso pequeño encima del restaurante para vivir. No es nada del otro mundo, pero suficiente para nosotros. Es un nuevo comienzo para mí.

Freddie intentó con todas sus fuerzas no ser egoísta y no rendirse a su corazón, al que parecía que lo habían partido en dos en su interior. Al empezar a vivir con Claire, esta se estaba recuperando de un compromiso roto y ella no tenía trabajo. A Claire le había venido bien, en aquella época, aceptar a los niños en régimen de acogida porque le había proporcionado espacio suficiente para pensar en el futuro. Entonces, había aparecido Richard en su vida.

–Sí –asintió Freddie mientras se esforzaba en bloquear las

perturbadoras imágenes del dolor de Eloise y Jack cuando los separaran de ella, con la que siempre habían vivido. Era su cometido tratar de preparar a los niños para los cambios que se avecinaban, se dijo con gravedad. Era su papel asegurarse de que todo saliera lo mejor posible.

Claire puso la mano con firmeza en la espalda de su sobrina

–Los niños no son nuestros, Freddie

–Pero es como si lo fueran –contestó ella con los ojos llenos de lágrimas.

–Para ti, no para mí –Claire suspiró–. Son hijos de Lauren, que fue quien decidió tenerlos.

–Creo que no decidió nada –protestó Freddie.

–Era drogadicta. Cometió errores, pero no me parece que yo deba sacrificarme en memoria suya, ni tú tampoco. ¿Acaso no has renunciado a suficientes cosas por esos niños? Muy bien, te va a doler, pero deja que se vayan y vive la vida.

–¡El problema es que no quiero dejar que se vayan! –sollozó Freddie sin poder remediarlo–. ¡Los quiero como si fueran míos!

–Pero no son ni tuyos ni míos –le recordó Claire con obstinación–. Ni siquiera sé si quiero tener hijos. ¿Por qué no piensas en que la forma de vivir de Lauren te ha destrozado la vida? Deberías haber ido a la universidad, deberías haber abandonado a tu hermana, pero seguiste allí intentando salvar a alguien que no quería que lo salvasen.

–Lo sé… Lo sé –reconoció Freddie de mala gana. Se sonó en un pañuelo de papel que había agarrado e intentó controlar sus turbulentas emociones, ya que las palabras de Claire le habían provocado una profunda tristeza por la hermana que había perdido–. Pero no podía dar la espalda a Eloise.

–Tendrás que aprender a hacerlo ahora –apuntó Claire con la frialdad de su pragmático temperamento–. Deja que se vayan, Freddie, y sigue adelante como hago yo.

El día en que volvió de Lerovia, Zac no buscó a Freddie, pero, inevitablemente, la vio en cuanto comenzó su turno. Andaba muy despacio, sin su energía habitual. Se recostó en la silla de la terraza y se dijo que ya no le interesaba. La observó mientras le pedían algo los borrachos de una mesa. Eran gente de ciudad, trajeados y convencidos de su derecho a atormentar a la bonita camarera con sus burlas y comentarios. Ella mantenía la cabeza gacha mientras hacía su trabajo de forma automática.

Pero, al volver con la bandeja, uno de los tipos le acarició la parte trasera del muslo y le metió los dedos por la cintura de los pantalones cortos. Zac se puso rígido. Ella retrocedió, dijo algo y el tipo retiró la mano. Sin embargo, mientras servía el resto de las copas, aquel hombre la agarró y se la sentó a la fuerza en el regazo. Zac se levantó de un salto. Se dio cuenta de que aquel contacto físico causaba pánico a Freddie.

Esta se quedó inmóvil tratando de conservar la calma. El hombre que la había agarrado solo estaba alardeando. Probablemente no quería hacerle daño. De repente, la levantaron de su regazo y la echaron a un lado, y alguien mucho más grande que él levantó en vilo a su asaltante y lo sacudió como un perro a una rata. Y el cliente no era pequeño, pero no tocaba el suelo y se movía como una marioneta mientras su rostro sofocado y sudoroso reflejaba miedo y consternación. Se había quedado mudo.

–Bájalo –dijo Freddie a Zac cuando se dio cuenta de quién la había salvado.

Pero las perfectas facciones de Zac desprendían indignación, sus ojos claros brillaban como la hoja plateada de una espada, en la semioscuridad del bar, y no disimulaba la ira ante la conducta de aquel hombre.

–La camarera está para servirte copas, nada más –informó Zac al cliente en voz baja–. No puedes tocarla. No está a la venta, como las bebidas.

–Bájalo –insistió Freddie, conmovida por la airada intervención de Zac y avergonzada por la atención que había suscitado entre la clientela, por no hablar del gerente del bar y del fornido portero, que se aproximaban dispuestos a evitar un incidente.

–Si es lo que quieres –dijo Zac de mala gana mientras bajaba lentamente al tipo y lo volvía a dejar con los pies en el suelo.

–Es lo que quiero, gracias –respondió Freddie inquieta, deseosa de aplacar a Zac porque parecía que quería hacer mucho más a aquel hombre que tenerlo suspendido en el aire, como darle un puñetazo, y que apenas podía contenerse.

Zac la miró y observó que tenía los ojos rojos e hinchados.

–Tráeme un café –le dijo en tono despreocupado– y lo que tú quieras para ti. Tómate un descanso conmigo.

–No es hora de descansar.

–Lo es –afirmó Zac en actitud de «yo soy el jefe» y con total seguridad en sí mismo.

Freddie pidió dos cafés en la barra, salió a la terraza, a la luz del sol, y llevó la bandeja a la mesa de Zac, que estaba en un rincón. Él

se recostó en la silla como una pantera obligada a retirarse. Su negro cabello enmarcaba sus facciones, increíblemente bellas, y acentuaba el azul plateado de sus ojos, que la escrutaban inquisitivos.

–¿Qué te pasa? –preguntó a Freddie. Se diría que la luz se había apagado en su interior.

Ella le respondió con evasivas.

–Nada.

Zac abrió más los ojos para mostrar su desacuerdo.

–¿Te parezco idiota? Siéntate y cuéntame qué te pasa.

Freddie se sentó frente a él. Sentía los miembros torpes y pesados. Las noches sin dormir le estaban pasando factura.

–Voy a perder a los niños –afirmó con brusquedad–. Me resulta muy doloroso.

–¿A Eloise y Jack? ¿Cómo que vas a perderlos? –preguntó Zac con el ceño fruncido.

Ella le explicó en pocas palabras los planes de Claire y Richard y lo que le habían dicho en los servicios sociales ese mismo día, cuando había ido a informarse.

–No reúno los requisitos suficientes para acogerlos o adoptarlos –concluyó con pesar–. Solo tengo veintidós años, no tengo ingresos fijos sin casa propia. Tampoco puedo ofrecerles un padre y una madre, así que no puedo competir si se decide que los adopten.

Zac respiró hondo.

–¿Cuánto tiempo llevas con ellos?

–Desde que nacieron. Lauren, mi hermana, era adicta a la heroína y, por tanto, incapaz de cuidar de Eloise. Me fui a vivir a su casa porque alguien debía hacerlo.

Zac miró sus ojos de color caramelo y dejó de escudriñarla. Al bajar la vista, por desgracia, topó con sus senos que se movieron mientras ella se recostaba en la silla, frente a él. La fina tela de la blusa subrayaba los deliciosos contornos de las delicadas curvas. Se preguntó cómo podía ser tan canalla para fijarse en su atractivo sexual en medio de semejante conversación, pero la pesadez de su entrepierna era inexorable.

El deseo lo invadió con fuerza y, con una sensación de alivio muy masculina, se alegró del retorno de su libido, que había estado ausente e inactiva durante su estancia en Lerovia. Deseaba a Freddie y había descubierto que sus posibles sustitutas no le servían, por muy hermosas y atractivas que fueran.

–Los niños te quieren mucho –comentó él, incómodo y preguntándose por qué había buscado esa conversación, dadas las

circunstancias–. Pero puede que dos progenitores sean mejor que uno solo.

Consternada y dolida por su contestación, Freddie le miró el rostro, involuntariamente fascinada por el brillo de sus ojos bajo las espesas pestañas. El cuerpo se le tensó de repente y sintió un incómodo calor en zonas que no quiso reconocer. Incluso cuando no lo intentaba, Zac desprendía un poderoso de magnetismo sexual.

–Solo tuve a mi madre en la infancia y buena parte del tiempo no estaba –dijo Zac inesperadamente–. La quería, pero no estuvo a la altura de las circunstancias.

–Oh… –murmuró Freddie, sin saber qué decir.

–Tenía buenas intenciones, pero prefirió a mi padrastro antes que a mí, y él no quería tener nada que ver conmigo porque no era su hijo –reconoció Zac con voz cortante mientras se preguntaba por qué le hacía aquella confesión–. Habría sido mucho mejor para mí tener a mis dos progenitores conmigo mientras crecía.

Freddie deseó que la conversación hubiera tomado otros derroteros para no tener la impresión de que su necesidad de estar con los niños de su hermana era una muestra de egoísmo. Era evidente que Zac creía que, puestos a elegir, tener dos progenitores siempre era preferible a tener solo uno.

–¿Cuándo van a llevárselos? –preguntó él en voz baja.

Freddie palideció y le dirigió una mirada de reproche, con los ojos llenos de lágrimas.

–A finales de mes, antes de que Claire se vaya del Reino Unido. Primero estarán en régimen de acogida, a menos que las autoridades hallen inmediatamente a una pareja para adoptarlos –explicó con tristeza–. Y puede que la encuentren porque son niños atractivos y lo suficientemente pequeños para formar parte de una nueva familia. Probablemente sea terriblemente egoísta por mi parte querer que sigan conmigo, cuando no tengo mucho que ofrecerles en términos de cosas materiales.

Zac la miró a los ojos e hizo una mueca. Se sentía culpable sin motivo.

–Los quieres.

–Pero, por desgracia, mi amor carece de valor, ya que Eloise y Jack son pequeños y me olvidarán y aprenderán a querer a otras personas –Freddie suspiró al reconocer, contra su voluntad, dicha realidad–. Tendría que contribuir con mucho más, pero no tengo nada más, a pesar de que haría lo que fuera para que se quedaran conmigo.

Zac contempló las lágrimas cayéndole por las mejillas, lágrimas

de las que ella ni siquiera era consciente porque estaba revolviendo el café con decisión y hablando, en un intento de ocultar su angustia. Él deseó que su madre hubiera sido capaz de sentir la mitad de amor cuando, de niño, lo dejaba en la *fazenda* un mes tras otro, año tras año. Vivía con la esperanza de recibir una visita o una llamada telefónica, que rara vez se producía. Por desgracia para él, Antonella solo deseaba tener un hijo de su esposo, pero el destino solo de dio a Zac y una interminable serie de abortos espontáneos.

«Haría lo que fuera para que se quedaran conmigo».

Las palabras resonaron de nuevo en el cerebro de Zac. Y se produjo un cambio sutil en su actitud al recordar, al mismo tiempo, el consejo de su padre: que eligiera a una mujer que al menos quisiera tener un hijo.

El rostro se le tensó y oscureció. Ante él había una mujer que estaba dispuesta a cualquier sacrificio por retener a unos niños que ni siquiera eran suyos.

–Deben de gustarte mucho los niños –comentó él con forzada despreocupación.

–No lo sé –contestó ella–. Pero quise a Eloise desde el momento de su nacimiento… y a Jack. Antes de salir del hospital, tuvieron que desintoxicarlo a causa de las drogas que tomaba su madre. Al principio, yo estaba muy preocupada por cómo se desarrollaría, pero está muy bien.

–Está lleno de vida –asintió Zac, sumido en sus pensamientos y esforzándose en hacerlo, ya que, para él, era una actividad desacostumbrada. Llevaba mucho tiempo pasando por la superficie de la vida porque había aprendido de muy joven que preocuparse demasiado por algo, desearlo en exceso y tener muchas esperanzas sobre algo, invariablemente te hacía sufrir. Por tanto, un hombre inteligente debía evitar las metas optimistas y los enredos y complicaciones sentimentales.

Pero necesitaba tener un hijo. Por otra parte, Freddie necesitaba un marido dispuesto a quedarse con los niños. La perspectiva de ser padre de tres hijos lo conmocionó. Para adoptar a Eloise y Jack, tendría que casarse forzosamente con Freddie y satisfacer todas las expectativas convencionales ante las autoridades, lo cual no sería un proceso fácil. Lo más probable era que el proceso estuviera protegido por normas que coartarían sus movimientos. ¿Estaba dispuesto a llegar a esos extremos para resolver el problema de su herencia?

Al fin y al cabo, podía elegir prácticamente a cualquier mujer para tener un hijo. Se hacía pocas ilusiones sobre su valía en el

campo matrimonial. Era asquerosamente rico y las mujeres ambiciosas se fijaban en hombres que pudieran proporcionarles una vida de ensueño. Pero, a pesar de ser pobre, Freddie no parecía una mercenaria. De hecho, tenía unos principios inamovibles que se habían manifestado al intentar sobornarla y que lo habían obligado a desistir.

Zac no sentía afecto ni se comprometía con nadie, pero sabía que un niño necesitaba ambas cosas para crecer y desarrollarse bien. Sin embargo, podía intentar cumplir dichas obligaciones. No estaba tan distante de la humanidad como para no poder cambiar, se dijo con obstinación.

Miró a Freddie, cuyo cabello rubio le caía sobre los pómulos. Tenía las pestañas húmedas, pero eso no disminuía su atractivo. Lo invadió una oleada de deseo caliente como un río de lava, que lo conmocionó, a pesar de lo mucho que ya lo estaba por la idea de llegar a ser padre de tres hijos. No quería seguir hablando de aquello.

–Cuando acabes de trabajar esta noche, ven a verme a casa y hablaremos –murmuró con voz ronca y los dientes apretados–. Hay una posibilidad de que pueda ayudarte a conservar la custodia de Eloise y Jack.

Atónita ante sus palabras, que parecían caídas del cielo, Freddie lo miró con los labios entreabiertos por la sorpresa.

–¿Cómo vas a hacerlo? –preguntó con atrevimiento.

–Hablaremos después, pero te adelanto que será cuestión de a cuánto estés dispuesta a renunciar por quedarte con los niños.

Freddie lo miró con los ojos como platos.

–A todo.

–Eso es lo que se suele decir, pero sin pensarlo de verdad –Zac la miró con escepticismo–. Hablaremos y veremos si podemos ayudarnos mutuamente.

–¿Ayudarnos mutuamente? –preguntó ella sorprendida.

Zac frunció sus sensuales labios y terminó de beberse el café. No iba a seguir hablando del tema.

Totalmente aturdida, Freddie volvió al trabajo y, veinte minutos después, vio a Zac salir del bar sin mirarla. ¿Cómo iba a ayudarla? ¿Y cómo iba ella a ayudarlo? Se le ocurrían suposiciones fantásticas, todas ellas sin sentido o improbables. Mientras tanto se dio cuenta de las miradas de sus compañeros de trabajo y de una nueva actitud precavida hacia ella.

–Es evidente que se acuesta con ella y no la culpo. Yo lo haría sin dudarlo ni un momento –estaba diciendo una de sus compañeras

a otra, cuando Freddie entró en el vestuario para cambiarse después de haber acabado de trabajar.

Se produjo un horrible silencio cuando las dos mujeres notaron su presencia. Se acabaron de vestir y se marcharon a toda prisa. A Freddie le ardía el rostro, aunque se esperaba tales especulaciones. Era evidente que el personal cotilleaba sobre el aparente interés de Zac por ella, y su intervención para librarla del hombre que la estaba molestando no habría hecho más que aumentar las conjeturas.

Era obvio que todos suponían que se acostaba con él. Y, si solo dependiera de Zac, lo estaría haciendo. No, se dijo, solo habría ocurrido una vez. Era incapaz de imaginar que pudiera haberse desarrollado una relación más duradera entre ambos. Zac presentaba todas las señales de aburrirse con facilidad.

Abrió la puerta que comunicaba el bar con el vestíbulo del hotel y entró. Tenía las mejillas arreboladas. Iba mal vestida, con una sudadera sobre el top, vaqueros estrechos y deportivas, en vez de los pantalones cortos y los zapatos de tacón. Se había maquillado un poco los ojos hinchados, pero era consciente de que parecía agotada. Se montó en el ascensor que Zac había utilizado y un hombre corpulento entró detrás de ella e introdujo una tarjeta en la ranura a tal efecto.

–¿Va al ático? –preguntó mirándola de arriba abajo con expresión dudosa–. ¿Es usted la señorita Lassiter?

–Sí.

–El señor Da Rocha la espera –le informó mientras las puertas se cerraban–. Soy Marco. Formo parte del equipo de seguridad y trabajo para él.

Freddie se dio cuenta de que el ascensor no hubiera funcionado sin la tarjeta. Cuando se detuvo, Marco salió primero, le abrió la puerta del ático para que entrara y volvió a cerrarla antes de marcharse.

En la suite, se abrió una puerta por la que salió Zac, medio desnudo, con unos vaqueros sin abrochar que le colgaban de las delgadas caderas.

–Ah, eres tú. Ponte cómoda. Sírvete algo de beber.

Y tras esa despreocupada sugerencia, volvió a entrar en el dormitorio dejando a Freddie sin aliento, ya que ver a Zac medio desnudo era inolvidable: el torso increíblemente musculoso y tatuado con complicadas figuras, el estómago plano y duro y la estrecha cintura.

Sofocada y más nerviosa que nunca, se quitó la sudadera porque

tenía calor, se atusó el cabello con las manos y se acercó bar, bien surtido, para servirse un zumo. Menos mal que Zac no se había quedado lo suficiente para notar que ella no podía moverse y que lo miraba como una atemorizada colegiala.

La molestaba sentirse abrumada con tanta facilidad en su presencia. Sí, era increíblemente guapo, pero no entendía por qué no podía comportarse con normalidad frente a él. ¿Lo había hecho alguna vez? Desde que lo había conocido, la había inquietado; después, la había indignado y, a partir de entonces, estaba nerviosa, muy sensible y era muy crítica cuando él se hallaba presente.

Zac reapareció vestido con una camisa y unos vaqueros negros. Inmediatamente se fijó en su vaso.

–¿En serio que te estás tomando un zumo de tomate?

–El alcohol me da sueño a esta hora de la noche –afirmó ella a la defensiva.

–Era broma –le aseguró Zac mientras la examinaba y se preguntaba si por poder gozar de ella merecía la pena lo que iba a sacrificar. Se contestó que no, desde luego. Ninguna mujer se merecía que perdiera la libertad. No obstante, debía ser práctico y, si se casaba con ella y no se quedaba embarazada, sus abogados se encargarían de acceder al fideicomiso. En cualquier caso, el matrimonio era un paso adelante que lo acercaría a su objetivo de lograr independencia y control completos de las minas de diamantes que eran la herencia de su familia.

–¿Por qué me has dicho que tal vez podamos ayudarnos mutuamente? –preguntó ella.

Zac se sentó frente a ella en el brazo de un sofá, con la espalda erguida, las largas piernas abiertas y los pies apoyados en el suelo.

–Soy el heredero de las minas de diamantes Quintal Da Rocha. Recibo los beneficios, pero no podré controlar el negocio hasta haber tenido un heredero. Fue un arreglo injusto establecido por mi tatarabuelo hace mucho tiempo que me contraría profundamente.

–¿Debes tener un hijo? –susurró ella desconcertada.

–Sí. Y, si estás dispuesta a intentar dármelo, yo lo estaré a casarme contigo y a adoptar a Eloise y Jack –concluyó Zac.

La mención del matrimonio sorprendió a Freddie hasta tal punto que dio un gran trago de zumo y se atragantó. Tosió y tragó saliva mientras Zac no dejaba de mirarla.

–¿Estarías dispuesto a adoptar a Eloise y Jack? –preguntó con voz temblorosa mientras pasaba de un pensamiento a otro sin completar ninguno.

–Siempre que accedas a cumplir con la condición de darme un

hijo –respondió él con frialdad.

–¿Tienes antecedentes penales? –preguntó Freddie.

Él se quedó desconcertado por lo repentino de la pregunta. Frunció el ceño, perplejo.

–Por supuesto que no.

Freddie se puso colorada.

–Te lo pregunto porque, si los tuvieras, probablemente no te aceptarían como padre adoptivo.

Zac se dio cuenta de que aquella pregunta hecha con tan poco tacto indicaba que estaba considerando la propuesta.

–¿Has estado embarazada alguna vez?

Freddie negó con la cabeza.

–No. Me temo que no puedo demostrarte que no soy estéril

Zac se encogió de hombros.

–Cualquiera de los dos puede serlo. De momento, no importa porque debo llevar a cabo todos los trámites: casarme y tener un hijo. Si no podemos tenerlo, podré ir a los tribunales y pedir el acceso al fideicomiso.

–¿De verdad que adoptarías a Eloise y Jack conmigo? –preguntó ella mientras notaba que los ojos se le llenaban de lágrimas ante la idea de que pudiera haber un medio de que los hijos de su hermana se quedaran con ella.

–Sí, si estás de acuerdo. Has dicho que harías cualquier cosa por retenerlos y yo haría cualquier cosa por controlar el imperio económico Da Rocha –reconoció Zac en tono sombrío.

Como si se hubiera quedado sin resuello por haber corrido a toda velocidad, Freddie se dejó caer hacia atrás en el sofá y, estremecida, respiró hondo al tiempo que intentaba tranquilizarse y pensar con claridad. Tuvo que dejar el vaso porque la mano le temblaba.

–¿Crees que podríamos adoptarlos juntos? –preguntó con ansiedad mientras se negaba a sumergirse en el torbellino de considerar lo que sería casarse con Zac y tener un hijo suyo, para centrarse en lo que más le importaba en ese momento.

–No veo por qué no, si nos presentamos como una pareja que se quiere. Soy lo bastante rico para comprarnos una casa. También soy mestizo, como los niños.

–¿Ah, sí? –Freddie lo examinó, sorprendida.

–Mi abuela por parte de madre es negra. Mi abuelo era blanco –le explicó Zac–. Brasil es un crisol de distintas razas. No podré elegir mis genes cuando me reproduzca. Te lo digo porque, si tenemos un hijo, puede parecerse a cualquier rama de la familia.

Freddie asintió.

–No todas las mujeres aceptarían esa posibilidad –reconoció Zac, divertido por la falta de reacción de Freddie a su sinceridad.

A su madre la había perseguido el espectro del racismo de su esposo y el miedo a tener un hijo de tez más oscura que la suya, en tanto que a Zac lo habían acosado sin piedad en la escuela, casi exclusivamente blanca, por ser el único niño distinto. Había aprendido a pelear para defenderse desde muy temprana edad, pero también a echarse atrás cuando sus agresores lo superaban en número.

Los problemas que habían surgido a su alrededor habían provocado que se le considerara un agitador, un calificativo que le molestaba mucho.

Se hizo un silencio mientras él observaba a Freddie y el deseo comenzaba a extender sus tentáculos en su interior. Recordó la pequeña y redonda curva de su trasero cuando llevaba los pantalones cortos y sus largas y bien torneadas piernas, y se la imaginó en la cama, en diferentes posturas. No recordaba haber deseado a una mujer con tanta intensidad.

¿Era el rechazo de ella lo que alimentaba su deseo? ¿Verdaderamente era él tan básico que necesitaba el desafío que ella representaba? ¿Y por qué la idea de dejarla embarazada le excitaba? ¿No era eso una perversión? Se le colorearon los altos pómulos y se levantó para servirse una copa.

–Yo no quiero nada, gracias –dijo Freddie cuando él se lo preguntó con la mirada.

–Estás muy callada –murmuró él.

–Estoy en estado de shock. Casarnos… ¿en serio?, ¿tú y yo?

–No sería un matrimonio para toda la vida, pero yo seguiría formando parte de la vida de los niños, con independencia de lo que sucediera entre nosotros.

El matrimonio no sería permanente, pensó ella, pero él le prometía que seguiría siendo el padre de los niños. Era evidente que él planeaba divorciarse para recuperar la libertad, dejándola a ella a cargo de los tres niños.

Un hijo con Zac, tener un hijo con Zac, pensó de repente. La idea le produjo calor en todo el cuerpo. Se miró los pies intentando eliminar el deseo e irritada por él, porque, en ese momento, le parecía algo trivial comparado con la terrible amenaza de perder a los hijos de su hermana, a los que quería y quienes habían aprendido a quererla.

El sexo no era para tanto, se dijo. No tendría que serlo, si se

veían obligados a intentar concebir un hijo, ya que podían tardar muchos meses en conseguirlo. La alternativa era perder a Eloise y Jack, sin cuya presencia no se imaginaba la vida. El recuerdo le calmó los nervios. Debía seguir recordando cuál sería el resultado final de aquel acuerdo.

–¿Constituye para ti el divorcio un impedimento? –preguntó él con el ceño fruncido.

–No, pero esa idea tuya… Bueno, tengo que reflexionar –afirmó ella. Se sonrojó cuando se miraron a los ojos porque percibió la fuerza de su irascible temperamento en su mirada.

–Dijiste que harías lo que fuera –le recordó él.

–¿Casarme y tener un hijo? No es algo en lo que aún hubiera pensado.

–Si nos casamos, tendrás seguridad económica durante toda tu vida. No tendrás que volver a trabajar si no quieres –añadió él.

Y aunque Freddie sabía que intentaba tentarla, se emocionó al pensar en lo que podría ser su vida si fuera libre para vivirla y tuviera dinero suficiente para contratar a alguien que la ayudara con los niños. Había dejado su plaza de la universidad, donde quería haber estudiado para ser profesora, porque, tras haber encontrado a Eloise con frío, hambre y mojada en la cuna, olvidada por Lauren, reconoció que no iba a dejar al bebé con la única compañía de su hermana. Eloise la necesitaba y ella la quería como si fuera hija suya. Esos eran los hechos que habían cambiado su futuro y la habían obligado a tomar decisiones difíciles.

–Solo quiero lo mejor para los niños. Ese es mi objetivo principal –declaró–. Tendrás que empezar por dedicarles tiempo para conocerlos mejor.

–Haré lo que sea necesario. Te deseo.

–De forma temporal –afirmó ella con ironía–. Y vengo con dos niños. No quiero que sufran por nada de lo que decidamos hacer.

–Somos humanos. No podemos predecir el futuro, pero la intención es buena. Yo tampoco quiero que nadie sufra por este acuerdo.

–¿Por qué me has elegido?

–Voy a hablarte como si fuera un negocio porque tienes tanto que ganar con nuestro matrimonio como yo –afirmó Zac–. Eso me gusta, ya que nos proporciona una mejor oportunidad de que las cosas funcionen. *Com certeza*… Claro que, si no nos sintiéramos atraídos, no funcionaría en ningún nivel.

Freddie se puso colorada y entrecerró los ojos mientras apartaba la mirada de la poderosa figura de él y el cuerpo se le iba

calentando lentamente. Se le endurecieron los pezones y apretó los muslos con fuerza para aliviar el deseo compulsivo que sentía entre ellos. El deseo sin esperanza de verlo satisfecho hacía daño, reconoció por fin, pero seguía poniéndose tensa ante la perspectiva de ceder a dicha necesidad.

No obstante, Zac le ofrecía lo que quería a cambio de lo que él deseaba, y a ella le parecía un trato justo, si estaba dispuesto a hacer de padre de sus sobrinos y de los hijos propios que tuvieran. Se centró en el aspecto positivo del asunto. Zac les ofrecería seguridad y ejercería de padre, lo que la ayudaría. Al cabo de un tiempo, él no estaría diariamente con ellos, pero no había nada seguro en el mundo y los matrimonios se deshacían con frecuencia. Al menos, él había sido sincero desde el principio sobre sus intenciones.

Tampoco tenía alternativa. Nadie más iba a acudir a rescatarla. Ni siquiera Zac iba a rescatarla, pensó con ironía. Le ofrecía un salvavidas con una mano y exigía el pago con la otra. Serían compañeros en el matrimonio en términos de igualdad porque los dos pondrían algo importante sobre la mesa.

¿Sería capaz de quedarse embarazada? ¿Cuánto tardaría en hacerlo? ¿Y cómo se sentiría al tener a Zac por esposo y amante para perderlo posteriormente? Todas esas preguntas que le asustaban se referían al futuro, por lo que no eran relevantes en aquel momento.

–Sí, me atraes –afirmó ella considerando que ya no había necesidad de fingir lo contrario.

Zac sonrió de oreja a oreja.

–Entonces, se acabaron las mentiras.

–Se acabaron –asintió ella–. Acepto tu propuesta porque eres mi única esperanza para que Eloise y Jack se queden conmigo. Haré lo que sea para conseguirlo.

–*Venha aqui*… Ven aquí –le pidió Zac.

Rígida como una tabla, Freddie se levantó y se aproximó a él, que la levantó como si fuera una muñeca y la mantuvo en alto con un control de su fuerza física que la impresionó.

–No te arrepentirás –dijo antes de besarla.

Pegó sus labios con ardor, pasión y toda su energía a los de Freddie y le pasó los brazos alrededor del torso con tanta fuerza que ella apenas podía respirar. Pero no quería hacerlo, sino hundirse aún más profundamente en aquel beso. Él exploró con la lengua el interior de su boca y saltaron chispas en el interior de Freddie que le hicieron cosquillas en todas las terminaciones de su esbelto

cuerpo. La lengua masculina la provocaba entrando y saliendo de la suya. Ella ahogó un grito y lo abrazó por el cuello.

–Podríamos iniciar el proyecto ahora mismo –sugirió Zac.

Freddie se quedó inmóvil y lo soltó. Después lo empujó hasta que él tuvo que dejar que sus pies volvieran a tocar el suelo.

–¿Algún problema? –preguntó él en tono seco y con ojos inquisitivos.

–No voy a acostarme contigo hasta que no estemos casados –le espetó Freddie de forma desafiante mientras se esforzaba por conservar toda la seguridad posible, lo que, para ella, quería decir estar a salvo y sin comprometerse hasta el último momento–. Todo esto podría ser una treta para seducirme. Al fin y al cabo, eres un tipo que se apuesta coches deportivos. No voy a arriesgarme a quedarme embarazada hasta que me hayas demostrado que respetarás el acuerdo.

Zac la miró atónito.

–¿Crees que esto podría ser un truco? –preguntó incrédulo, asombrado por su falta de confianza–. ¡En mi vida he tenido que seducir a una mujer!

Freddie retrocedió unos pasos, avergonzada por haber manifestado sus reservas.

–Por naturaleza, recelo…

–De los hombres –la interrumpió él acabando la frase–. No te fías de ellos.

–No he tenido buenas experiencias –reconoció ella de mala gana.

–Entonces, mañana comenzaremos por ir a Londres a ver a mis abogados. Solicitarán la adopción de tus sobrinos y nos aconsejarán sobre la fecha de la boda. Lleva la partida de nacimiento, el pasaporte y el de los niños.

Freddie gimió.

–Zac, ni yo ni los niños tenemos pasaporte. De todos modos, las autoridades no nos permitirían sacar a los niños del Reino Unido sin su permiso.

–¿Nunca has estado en el extranjero?, preguntó él, lleno de asombro.

–No.

–Mis abogados se encargarán de todos los detalles –afirmó él con arrogancia.

–Llevaré a los niños conmigo –le previno Freddie–. Y no pueden montar en moto.

–Evidentemente. Deja de poner piedras en mi camino, *minha pequenina*. Cuando quiero algo, no permito que nada se interponga.

Y te quiero a ti.

Freddie se puso colorada, desconcertada por su inequívoca afirmación. Pero lo más extraño era que su resolución la halagara del modo más ridículo, ya que ningún hombre la había deseado con aquella obstinada intensidad.

Claro que no duraría, se dijo compungida, cuando Zac comprobara lo corriente e inexperta que era. Era indudable que él se esperaba fuegos artificiales en el dormitorio. ¿Cómo se sentiría cuando se despertara y hallara en la cama, con ellos, a Eloise y Jack a una hora intempestiva de la mañana? Era probable que la vida familiar le supusiera un gran choque.

Capítulo 5

ES perfecto –afirmó Zac mientras Freddie, llena de aprensión, recorría con el dedo el vestido de tubo plateado que le llegaba a al altura de la rodilla.

–Pero ¿cuánto cuesta? –preguntó ella en voz baja, temerosa de atraer la atención de la dependienta.

Zac le dirigió una mirada intimidatoria para indicarle que guardara silencio. Parecía que, en su entorno, preguntar por el precio era vulgar. El precio de las cosas había dejado de ser asunto de ella, para pasar a serlo de él.

Freddie respiró hondo para tranquilizarse, pero no le sirvió de nada. Desde que había accedido a casarse con Zac, su vida había comenzado a cambiar a toda velocidad.

A la mañana siguiente, él la había llevado a la oficina de sus abogados. Freddie había intentado que Eloise y Jack se entretuvieran en un rincón, mientras una incomprensible jerga legal, salpicada de largos párrafos en portugués, circulaba por la sala. Zac había tomado numerosas notas en el móvil y se la había llevado de allí, después de que hubiera firmado varios documentos oficiales.

Se habían vuelto a montar en la limusina que los había recogido esa mañana, una larga limusina negra con sillitas para los niños. Esa había sido la primera vez en que Freddie había entendido verdaderamente lo rico que era Zac.

Desde entonces, nuevas experiencias se habían ido sucediendo sin parar, por lo que se encontraba mareada ante tanta novedad. Sin los niños a su alrededor, se sentía perdida. Claire había accedido a quedarse con Eloise y Jack mientras Zac y Freddie iban a comprar un vestido para ella. Zac quería contratar a una niñera y se había enfadado al entender, por fin, que solo Claire estaba autorizada a cuidar de los niños. Así era él: las reglas y los trámites le enfurecían y siempre estaba impaciente por superarlos y seguir adelante.

Freddie lucía un anillo con un enorme diamante azul en la mano

izquierda y le bastaba con mover un dedo para que brillara de forma deslumbrante. Era muy hermoso y llamaba la atención.

«Actúa según las reglas», le había aconsejado el equipo legal a Zac, lo cual implicaba hacer cosas a las que se oponía su espíritu rebelde. Le dijeron que regalara a Freddie un anillo de compromiso y se la presentara a su familia, cosas que él no haría de forma espontánea. Por eso, Freddie no podía sentirse halagada por nada de lo que él hiciera u organizara, aunque le estaba agradecida por que lo llevara a cabo para facilitar la adopción de Eloise y Jack.

–Hay que hacer lo que se debe –había dicho él apretando los dientes mientras le ponía el opulento anillo en el dedo anular.

No, no había el menor riesgo de que Freddie se imaginara que Zac albergaba sentimientos románticos por ella. E ir de compras con él, aunque solo fuera una mañana, era una especie de pesadilla para una joven tímida e introvertida.

Era evidente que a él le gustaba que las mujeres llevaran brevísima lencería, y se había quedado desconcertado cuando ella se había avergonzado porque hablara con la dependienta de sus preferencias sobre lo que ella debía ponerse. Más que nunca, Freddie se había sentido como si solo fuera un cuerpo para Zac, un cuerpo al que vestir y fecundar a la misma velocidad a la que hacía todo lo demás. Esa misma noche tendrían «una cena informal», como la había denominado él, con su familia. Pero, como era obvio, ella tendría que llevar un vestido de diseño con sus correspondientes complementos.

–Esos zapatos –indicó Zac a la dependienta con un movimiento despreocupado de la mano–. Ese bolso.

Cuando la condujo de vuelta a la limusina, como si fuera una oveja descarriada, le dijo en tono de reproche:

–Debes tomar parte más activa en todo esto. Mañana te vas a probar el vestido de novia.

Dos días antes, Freddie lo había elegido en el taller de una modista, mientras Zac jugaba con Jack poniéndolo cabeza abajo y Eloise esperaba su turno.

–No veo por qué tiene importancia lo que lleve puesto para conocer a tu familia –dijo Freddie– cuando ni siquiera quieres que la conozca.

–No tengo mucha relación con mis hermanastros, pero eso puede cambiar con el tiempo, sobre todo cuando todos tengamos hijos pequeños. Me gustaría tener más relación con ellos por nuestros hijos –reconoció él–. Yo me crie prácticamente sin familia, lo que me convirtió en una persona solitaria. Quiero que los niños tengan

otra experiencia. Y claro que importa lo que lleves puesto cuando conozcas a mi familia.

–¿Por qué?

–Merry, la esposa de Angel, y Sybil, la novia de mi padre, parecerán recién salidas de una pasarela parisina. No quiero que tú vayas a ser menos –observó él en tono orgulloso. De ningún modo consentiría que se mostraran condescendientes con Freddie o que la consideraran inadecuada para estar en compañía de personas tan adineradas. Ella las eclipsaría a todas sin esfuerzo, pensó con satisfacción, mientras observaba su rostro triangular y sus cálidos ojos castaños.

Sería la esposa perfecta para él. No se le pegaría como una lapa porque los niños la mantendrían demasiado ocupada para preocuparse de lo que él hiciera. No le iría con exigencias ni se llevaría berrinches provocados por los celos, sino que se limitaría a hacer las cosas como a él le gustaba, sin hacer muchos aspavientos.

Freddie era eminentemente práctica, por lo que no se enamoraría de él ni nada parecido. Ya había firmado el acuerdo prematrimonial sin poner la más mínima objeción. «Una mujer entre un millón», había comentado uno de los abogados, y Zac se había sentido muy orgulloso de su futura esposa, tan maravillosamente desprovista de avaricia y ambición.

Sin ser consciente de aquellos elogios silenciosos, Freddie se sentó en una esquina de la limusina y examinó el delgado y hermoso rostro de Zac. Parecía un hombre distinto del que conocía. Había cambiado los vaqueros por trajes hechos a medida para acudir a todas las citas oficiales. Era paradójico que los llevara con tanto garbo que pareciera haber nacido para ponérselos. El que llevaba en aquel momento, gris oscuro y confeccionado con lana gris y seda, realzaba a la perfección sus anchos hombros y pecho, así como las delgadas caderas y las largas piernas. Con vaqueros tenía un aspecto increíblemente masculino y sexy, pero con traje estaba divino.

Freddie comenzó a temblar al estar tan cerca de él, porque, por mucho que la molestara o la confundiera, la seguía fascinando. Le subió la temperatura, se le aceleró el pulso y sintió que el sujetador le apretaba los sensibles senos. Apretó los muslos con fuerza para contener el calor que crecía en su centro.

–No me mires así –dijo él con voz ronca– cuando no quieres que haga nada al respecto.

Freddie se puso colorada y se esforzó en parecer incitante y con ganas de flirtear, en vez de desesperada por que la acariciara.

–Puedes besarme.

–No, no voy a comenzar nada que no vayamos a acabar. Ya me he dado tantas duchas frías que creo que no necesitaré darme ninguna más en mi vida.

Esa brusca respuesta la desconcertó. Desvió los ojos de su brillante y cautivadora mirada gris. Sintió una opresión en la pelvis, una contracción de deseo físico tan intensa que la puso nerviosa.

–No seguirás creyendo que te voy a dejar plantada en el altar.

Freddie tragó saliva con dificultad.

–No, ya no –reconoció contra su voluntad.

–Entonces vuelve al ático conmigo esta noche. Me estoy muriendo –gimió él sin rodeos–. Nunca he estado tanto tiempo sin tener sexo.

–Preferiría no hacerlo –masculló ella, muy tensa, mientras el cuerpo le ardía de los pies a la cabeza–. Sería mi primera vez y creo que estaré más relajada cuando nos hayamos casado.

Zac frunció el ceño.

–¿Tu primera vez en qué?

–En tener relaciones sexuales –dijo ella con los labios apretados a causa de la vergüenza.

Zac la miró perplejo. El enigma que a veces le había parecido Freddie se había resuelto.

–¿Eres virgen? –le preguntó como si serlo perteneciera a la misma improbable categoría de ser un unicornio–. ¿Es broma?

–No.

–Muy bien –Zac puso los ojos en blanco mientras trataba de procesar la nueva información, pero sin conseguirlo, debido a lo sorprendido que se hallaba–. ¿Por qué sigues siendo virgen?

–No quiero hablar de eso ahora –contestó ella a toda prisa, muy aliviada al ver que la limusina se había detenido cerca de la vivienda adosada de Claire y que Zac no podría continuar con aquella conversación.

–No me eches la culpa de estar tan sorprendido –murmuró él en tono de reproche–. No tenía ni idea.

–No es algo de lo que me apetezca hablar.

Zac recordó la primera vez que se habían visto y apenas pudo reprimir un gemido de frustración. Sin saberlo, había destruido sus posibilidades con ella desde el principio al suponer que su actitud hacia el sexo era tan despreocupada y relajada como la de él. Ahora sabía que no era así, por qué se levantaba una barrera en el momento en que él se le acercaba demasiado, pero seguía sin comprender por qué seguía siendo inexperimentada a sus más de

veinte años. Era una complicación inesperada y sobre la que no sabía qué pensar. Pero, obviamente, debía descartar el plan de disfrutar de un maratón sexual para satisfacer su libido desenfrenada.

Eloise y Jack lo atraparon en el estrecho pasillo. Jack se le abrazó a las rodillas y Zac lo alzó en el aire y acarició el cabello de Eloise, que se chupaba el pulgar y, medio adormilada, apoyaba la cabeza en su muslo. Los niños eran tan confiados y le demostraban tan claramente su afecto que conmovían su duro corazón…

Claire le había contado lo suficiente para saber que Freddie había tenido que enfrentarse a muchas cosas, sin tener necesidad de hacerlo, para evitar que su hermana les causara un daño permanente. Sin embargo, Zac comenzaba a reconocer el daño que había sufrido Freddie, que, como si fuera una víctima de malos tratos, se ponía muy nerviosa en presencia de un hombre y le resultaba muy difícil confiar en él.

–Los he llevado al parque –dijo Claire a Freddie–. Están agotados y listos para acostarse.

–Voy a subir con ellos –se ofreció Freddie.

–Quiero que me leas el cuento del dragón –murmuró Eloise con el pulgar en la boca al tiempo que se agarraba a la chaqueta de Zac.

Durante las dos semanas anteriores, Zac no se había marchado un solo día sin haber tenido que leerle el cuento del dragón una vez como mínimo, así que accedió. Llevó a la niña al salón y ella sacó rápidamente su libro preferido. Jack se quedó dormido sobre el hombro de Zac mientras este leía. Después, Eloise expresó su deseo de ir al zoológico a ver un dragón de verdad. Zac le explicó que los dragones volaban tan alto y tan deprisa que los guardianes del zoo no podían cazarlos. Eloise se puso triste, pero se alegró cuando Zac le recordó que los llevaría al día siguiente al zoo con Claire mientras Freddie se probaba el vestido de boda.

Mientras los observaba, Freddie se quedó asombrada del evidente vínculo que se había establecido entre Zac y sus sobrinos. La relación era muy buena. Zac y ella ya habían llevado a cabo las primeras entrevistas con los servicios sociales y habían entregado la documentación básica.

Solo faltaban dos días para la boda. Freddie creía que las cosas iban progresando adecuadamente. Zac también había solicitado permiso para sacarles el pasaporte a los niños y llevárselos de viaje al extranjero después de la boda.

Claire opinaba que estaban locos por casarse tan pronto solo por la esperanza de adoptar a los niños. Freddie no le había contado la

necesidad de Zac de tener un hijo propio y había dejado que supusiera que estaban locamente enamorados. Y, en realidad, Freddie pensaba que se habría enamorado de él si no le hubiera causado aquella desastrosa impresión al conocerse.

Ahora, al verlo entreteniendo a los niños, aunque solo fuera durante unos minutos, se alegraba de que el destino lo hubiera llevado a sus vidas, ya que, ¿cómo estaría ella sin él? Desesperada ante la amenaza de perder a sus queridos niños.

De todos modos, estaba muy nerviosa por tener que conocer a la rica familia de Zac y someterse a sus estándares, indudablemente elevados. Al menos, la pareja real no estaría presente, pensó con alivio. La madre del príncipe Vitale había abdicado por un enorme escándalo y Vitale estaba a punto de convertirse en rey. Tanto él como su esposa, que se hallaba embarazada, estaban muy ocupados con asuntos oficiales y no disponían de tiempo para acudir a una cena familiar en Londres.

Con gente tan importante en la familia, ¿la criticarían los parientes de Zac cuando no estuviera presente? ¿Se sorprenderían de que hubiera elegido a alguien como ella? ¿Intentarían convencerlo para que cambiara de opinión en el último momento y no se casara con ella?

Al fin y al cabo, una camarera con dos niños no era un buen partido para un hombre rico y con estudios. Nunca sería su igual a los ojos del mundo. Tal vez se limitaran a negar con la cabeza, sorprendidos, y se dijeran que Zac necesitaba un heredero, por lo que daba igual que fuera ella o cualquier otra mujer.

Esa noche, cuando hacía tiempo que Zac se había marchado y los niños ya estaban acostados, Freddie se vistió para la tan temida cena con el padre de Zac y su novia, y el hermano mayor y su esposa. Le molestaba que él le hubiera hablado tan poco de sí mismo y le preocupaba meter la pata en la conversación y manifestar su ignorancia.

Zac se hallaba de pie en la puerta de la limusina observando a Freddie bajar los escalones con mucho cuidado a causa de los altos tacones y el bolso en la mano. Era patente su estado de nervios. Pero estaba preciosa, como una delicada muñeca plateada, sus bonitas piernas tan frágiles como el resto de su cuerpo y sus grandes ojos castaños clavados en él.

–Estás fantástica –le dijo deseando que no fuera virgen, poder derribar el escudo con el que se defendía y saltar sobre ella en el coche para hacer realidad todas las fantasías que había despertado en él.

Sin embargo, la inteligencia le indicó que se controlase. Ella le saldría con toda clase de excusas cuando, por fin, la abordara, pero él ya había llegado a sus propias conclusiones: le asustaba el sexo y todo aquello que él le hiciera sentir. Lo único que le faltaba era que él ejerciera más presión sobre ella. Tendría que ser más sutil de lo que era por naturaleza si no quería correr el riesgo de asustarla aún más.

–Gracias –contestó ella con voz tensa mientras se sentaba en la limusina y jugueteaba con el bolso para no mirarlo–. Así que tu padre se casó dos veces y de ahí vienen Angel y Vitale, pero tuvo una aventura con tu madre, aunque ella estaba enamorada de otro.

Zack se recostó en el asiento y suspiró.

–Charles y Antonella, después de haberlo dejado, retomaron de nuevo la relación en Brasil. Si Afonso no hubiera vuelto con mi madre, Charles se hubiera casado con ella en cuanto hubiera sido libre de hacerlo. Mi padre se enamora de todas las mujeres con las que se acuesta. Es un hombre muy afectuoso.

–¿Tu madre sigue queriendo tanto a tu padrastro, a pesar de lo mal que la ha tratado?, ¿después de haberla abandonado cuando estaban prometidos para irse con otra mujer? –preguntó Freddie sorprendida y mirándolo de reojo. Le encantó lo elegante que estaba de esmoquin. Por una vez, bien afeitado, sin sombra de la barba habitual, sus facciones perfectas quedaban por completo a la vista. Sus ojos de espesas pestañas brillaban. Al pillarla mirándolo, se puso colorada y se le secó la boca, al tiempo que perdía la concentración.

Zac se encogió de hombros.

–Nunca he entendido su obsesión por Afonso, pero besaba el suelo que pisaba y creía que era maravilloso por haber pasado por alto su humilde origen al elegirla como esposa.

–¿Cómo iba a ser de origen humilde si había nacido entre tanta riqueza? –preguntó Freddie con incredulidad.

–Era hija ilegítima de una criada negra y algunos, sobre todo la gente como mi padrastro, la despreciaban por eso. Para mi abuelo no existía, porque era igual de esnob. Afonso era de similar origen aristocrático. Aunque la fortuna de los Oliveira había disminuido con el tiempo, era menos importante que su reputación y su impresionante árbol genealógico.

–Tu madre tuvo una vida triste –reflexionó Freddie–. No encajaba en ningún sitio.

–La vida es lo que haces con ella. Su apego a Afonso era tóxico. Apegarse demasiado a alguien es peligroso –afirmó Zac en tono

sombrío–. Piensa en el cariño que tienes a Eloise y Jack y los sacrificios que estás dispuesta a hacer para que se queden contigo.

Inesperadamente, Freddie sonrió.

–Pero quererlos me ha enriquecido la vida en todos los sentidos. Podría haber tomado otras decisiones, desde luego, pero son mi familia y me hacen feliz. No me arrepiento de nada.

La cena iba a tener lugar en el comedor privado de un lujoso restaurante. Freddie recordaba a Charles Russell y a Angel, su hijo mayor, porque habían tomado café con Zac una mañana, pero las dos mujeres, una morena y la otra rubia, elegante y mucho mayor, le eran totalmente desconocidas. La rubia era Sybil, la novia de Charles y abuela de Merry.

Zac la mantuvo con el brazo alrededor de la cintura mientras se la presentaba a su familia. Merry admiró su anillo, pero, aunque las dos mujeres eran encantadoras, Merry parecía sentirse algo incómoda en presencia de Zac y Freddie, en tanto que el padre de él la trató como si fuera la prometida ideal para su hijo menor.

Se sentaron y Freddie observó lo que las otras dos mujeres llevaban puesto y reconoció que ella no se había excedido en su atuendo. Merry y Sybil llevaban muchas joyas y vestidos de alta costura. Merry habló de su hijita y le preguntó por Eloise y Jack. Zac habló de la obsesión de la niña por los dragones. Charles estaba preguntando cuándo podría conocer a los niños cuando Freddie se levantó en el último momento para seguir a las otras dos mujeres, que se habían ido al tocador.

–¡Me siento violenta con Freddie! –exclamó Merry en voz alta en el pasillo, mientras su abuela y ella doblaban la esquina–. Ojalá Jazz no me hubiera contado lo que hizo Zac en el baile real.

–¿Qué hizo? –preguntó su abuela, mientras Freddie aceleraba el paso para oír el resto de la conversación.

–Parece que se metió en una habitación privada con dos empleadas del palacio. Es evidente que fueron allí para tener sexo. Jazz dice que él ni siquiera se sonrojó al salir. No tiene vergüenza –declaró Merry con voz dolorida–. Y eso fue hace solo dos semanas. ¿Cómo voy a tratar a Freddie como si fuera su feliz prometida cuando sé lo que Zac estaba haciendo hace unos días?

–Bueno, creo que debes conceder a Zac el beneficio de la duda, porque solo las personas que había en la habitación saben lo que realmente sucedió allí. También creo que debes recordar que eres muy feliz con un hombre que tenía muy mala reputación antes de casarse contigo –comentó Sybil con ironía.

Freddie se había quedado de piedra desde donde escuchaba.

Merry y su abuela hablaban de Zac. Parecía que había tenido sexo con dos mujeres en el baile de Lerovia al que Freddie no había querido acudir. ¡Con dos mujeres! La sorpresa la atravesó como un rayo y comenzó a sentir unos celos feroces. Se dio cuenta de que, sin haberse percatado de ello, consideraba que Zac era suyo. Sin embargo, mientras fingía que la deseaba, había seguido acostándose con otras mujeres.

Saberlo fue como si le clavaran un cuchillo. Se sentía estúpida. ¿Con cuántas otras mujeres había estado desde que se habían conocido? Consternada y profundamente herida, entró en el tocador mientras Merry y Sybil salían y consiguió esbozar una vaga sonrisa, a pesar de que se sentía como una zombi.

¿Cómo iba a casarse con un hombre si no podía confiar en que le fuera fiel? Ella había dado por supuesta la exclusividad en la relación, pero era algo de lo que no habían hablado. Reconoció con pesar que había sido estúpida e ingenua y que Zac se había aprovechado de su falta de experiencia. ¡Y encima le había dicho que nunca había estado tanto tiempo sin tener sexo! Y el baile se había celebrado solo dos semanas antes. ¿Eran dos semanas mucho tiempo para él? ¿Cómo iba a saberlo? ¿Y qué le importaba? ¿Cómo iba a importarle un hombre tan desvergonzado?

Por suerte, no le importaba en absoluto, se dijo con decisión. La atraía intensamente, pero eso era todo, porque era precavida con sus sentimientos y tenía cuidado de protegerse de vínculos peligrosos. A fin de cuentas, había sido testigo de lo que el amor le había hecho a Lauren, su hermana, que se había saltado todas las reglas para justificar seguir con Cruz, negándose a romper con él, disculpando sus infidelidades como «cosas de hombres» sin importancia.

Zac observó lo pálida y callada que estaba al volver y decidió que era hora de marcharse. Probablemente estuviera cansada, pensó, porque los niños la habían despertado al amanecer. Había visto la diminuta habitación que compartía con ellos y le había asombrado que pudiera vivir en un espacio tan reducido sin quejarse. Le pasó el brazo por los hombros mientras se despedían de los demás, pero ella se soltó cuando salieron a la calle y se montó en la limusina, que los estaba esperando, como un fantasma plateado.

–¿Podemos ir primero al hotel? –preguntó ella con voz tensa–. Tenemos que hablar.

Angel había bromeado una vez sobre esas tres palabras fatales cuando las había dicho Merry, pero Zac no se preocupó porque

estaba convencido de que no había cometido ningún pecado. Solo se preguntó distraídamente de qué querría hablar.

Capítulo 6

NO, gracias –dijo Freddie cuando Zac le preguntó si quería tomar algo.

Zac ya no estaba tan seguro de que todo fuera bien porque ella se había plantado frente a él con la tensión y la mirada acusadora de una Juana de Arco en miniatura. Lo único que le faltaba eran la espada y la antorcha.

–¿Qué te pasa? –preguntó con brusquedad.

–Esta noche he oído una conversación sin querer –dijo Freddie apretando los dientes y esforzándose en no ponerse a temblar de rabia–. Me he enterado de cómo te entretuviste en el baile real.

Zac ató cabos y en unos segundos se hizo una idea de lo ocurrido. Jazz, la esposa de Vitale, probablemente habría hablado con Merry y esta se lo habría contado a alguien mientras Freddie la escuchaba. Su orgullo masculino había sido su perdición, se dijo apretando los dientes.

Al haber perdido la apuesta por no haber convencido a Freddie de que lo acompañara al baile, su ego se había resentido y, cuando sus hermanos supusieron que había tenido sexo en aquella habitación, no vio motivo alguno para corregirlos.

Ahora Freddie lo juzgaba y le declaraba culpable. No era la primera vez que los demás pensaban lo peor de él. De niño había ideado una estrategia de defensa que se había endurecido al madurar: no pedir disculpas ni dar explicaciones. En realidad, no debía a Freddie ninguna explicación, ya que entonces no estaban juntos. No había hecho nada de lo que avergonzarse. No había mentido ni había herido a nadie, por lo que se negaba a disculparse, con el fin de mantener la paz, por algo que no había hecho.

Si Freddie iba a ser su esposa, tendría que respetar sus límites. Detestaba el chantaje emocional y no tenía escrúpulos en pagar con la misma moneda.

–¿Ha sido instructivo? –preguntó en voz baja, con más acento brasileño de lo habitual, lo que indicaba que no estaba tan tranquilo

como parecía.

Su aparente falta de reacción enfureció a Freddie. Allí estaba, con su poderoso cuerpo, su hermoso traje y los ojos brillantes como el hielo bajo sus exuberantes pestañas.

–¿Eso es lo único que tienes que decirme? –le espetó ella con furia.

–No sé qué más puedo decirte puesto que no me has aclarado cuál es el problema –respondió él en tono sardónico.

El rubor coloreó las mejillas de Freddie.

–En el baile, fuiste a una sala privada para tener sexo con dos mujeres.

–Eso no es correcto –la contradijo Zac–. Entré a hacer una llamada telefónica y dos mujeres me siguieron.

–Si crees que eso supone alguna diferencia para mis sentimientos… comenzó a decir indignada porque él seguía pareciendo tan tranquilo. No estaba avergonzado ni enfadado por que lo hubieran descubierto. Ni siquiera estaba a la defensiva. Y lo que era peor, si se sentía mínimamente culpable, no lo demostraba.

Zac echó la arrogante cabeza hacia atrás.

–Eso es lo que sucedió, pero no entiendo qué tienen que ver tus sentimientos….

–No lo entiendes, ¿verdad? –lo interrumpió ella sacando pecho y casi saltando sobre los tacones para erguirse todo lo alta que era.

–No –repitió Zac–. No teníamos una relación en ese momento. De hecho, cuarenta y ocho horas antes del baile me dejaste plantado y me dijiste que no querías volver a verme.

Que se lo recordara fue para ella como si se echara parafina en una hoguera: solo aumentó la rabia que sentía.

–¡Me dijiste que me deseabas y, a continuación, te fuiste y tuviste sexo con otra mujer a la primera oportunidad!

–No, no fue a la primera oportunidad –la corrigió Zac con aire reflexivo y una mueca cínica en la boca–. En la sala de espera VIP del aeropuerto me abordó una mujer; durante el vuelo, una azafata se me insinuó; y al menos dos mujeres me dieron su número de teléfono después de haber aterrizado en Lerovia. Así que no, no fue a la primera oportunidad.

Freddie lo miró con incredulidad y horror crecientes. La única verdad innegable sobre Zac Da Rocha era que era muy guapo y que muchas mujeres no esperaban a que demostrara interés por ellas para abordarlo. Lo había visto en el bar, cuando mujeres frustradas porque no se fijaba en ellas iniciaban maniobras más agresivas. Pero la prueba fehaciente de que Zac fuera el objetivo de tantas

mujeres solo aumentó el pánico de Freddie.

¿Cómo alguien tan corriente como ella podía tener la esperanza de mantener el interés de aquel hombre espectacular? Era evidente que resultaba imposible, por lo que la única opción que le quedaba era marcharse antes de que las cosas empeoraran aún más.

–La fidelidad es muy importante para mí –afirmó con voz temblorosa y esforzándose en respirar de forma regular y estar tranquila, a pesar del tumulto interior que experimentaba.

–Sin embargo, nos casamos pasado mañana y esta es la primera vez que lo mencionas –señaló Zac mientras se servía un whisky y se lo tomaba de un trago porque, en lo que se refería al tema de la fidelidad, no tenía nada que decir. Nunca había debido ser fiel porque nunca había estado el tiempo suficiente con una mujer para que eso fuera un problema. Pero confesárselo a Freddie no la calmaría.

–Supuse… –Freddie se obligó a pronunciar las palabras, a pesar de que le parecía que se ahogaba– que podía fiarme de ti y he descubierto que no es así.

Zac se volvió hacia ella. Sus miembros, delgados y poderosos, se movieron con gracia mientras sus maravillosos ojos ya no disimulaban la ira que sentía.

–Habíamos roto antes de marcharme a Lerovia. Lo que hiciera allí es asunto mío. Es evidente que tengo un pasado que no puedo cambiar.

–No estamos hablando del pasado… ¡sino de hace dos semanas! –le reprochó Freddie gritando al tiempo que luchaba contra las lágrimas que amenazaban con derramársele. Se negaba a mostrarse débil y a venirse abajo–. ¡No puedo casarme con un hombre en quien no confío!

–Eres tú quien debe decidirlo, desde luego, pero, teniendo en cuenta que nuestro matrimonio iba a basarse más en el sentido práctico que en los sentimientos, no veo dónde está el problema.

–¡No, claro, y el hecho de que no lo veas demuestra que no debemos casarnos! –exclamó ella con vehemencia–. Me dijiste que nunca habías estado tanto tiempo sin tener sexo y resulta que estuviste con otras mujeres hace solo dos semanas.

Zac decidió que no iba a involucrarse en aquellas peligrosas nimiedades mientras ella se comportara como un cohete a punto de despegar e iluminar el cielo nocturno en varios kilómetros a la redonda. «Nunca te disculpes ni des explicaciones», recordó con obstinación, enfadado con ella y decepcionado por su incapacidad de tranquilizarse, encarar los hechos y comprender su punto de

vista. No estaría en condiciones de entender cualquier explicación que le diera mientras siguiera gritándole.

–Debes calmarte y reflexionar –murmuró en tono sombrío y muy controlado.

–No tengo que reflexionar sobre nada –dijo ella con voz inexpresiva mientras el dolor se extendía por su interior como una nube tóxica que impidiera el paso de la luz–. No voy a cambiar de opinión.

–Lo que me has dicho me indica que no has sido realista con respecto a nuestro matrimonio. No solo no has reconocido los límites que he fijado, sino que has decidido juzgarme por pecados que no he cometido –concluyó Zac–. De todos modos, cuando dejes de pontificar, te estaré esperando.

–¿Eso es todo lo que tienes que decirme? –preguntó Freddie, que distaba mucho de haber terminado, a pesar de que él no quería seguir hablando.

–Esta conversación no es productiva –gruñó Zac abriéndole la puerta para que se fuera–. El coche te está esperando abajo para llevarte a casa.

El dolor no la abatió por completo hasta que volvió a montarse en el coche y se dejó caer en el asiento como una muñeca a la que le hubieran quitado el relleno a golpes. En cuestión de segundos pasó de la rabia al más punzante dolor.

Así que se había terminado. Reflexionó sobre ello, sin poder recuperarse del impacto, y se preguntó qué otra cosa esperaba al enfrentarse a él. Se dijo que todo se parecía demasiado a un cuento de hadas, que Zac apareciera y le ofreciera un salvavidas en el momento en que todo se derrumbaba.

¿Cuándo le había sucedido algo tan bueno e inesperado en la vida? No era una persona afortunada, nunca lo había sido. No había tenido suerte cuando murieron sus padres, cuando intentó que Lauren dejara las drogas, y todavía menos a la hora de conservar la custodia de sus sobrinos. En ese momento se dio cuenta de que se había olvidado de dónde encajaban Eloise y Jack en sus planes de boda. Horrorizada, un escalofrío la recorrió de arriba abajo y eliminó la rabia, la amargura y el dolor.

Perdería a los niños y ellos perderían a Zac. Aunque él no destacara por su fidelidad, había demostrado admirables rasgos como padre. ¿Y no iba a haberse casado con él por eso?

«Nuestro matrimonio iba a basarse más en el sentido práctico que en los sentimientos», le había recordado Zac. Un matrimonio de conveniencia para ambos, no uno basado en el amor ni en los

buenos sentimientos, ni un matrimonio destinado a durar par siempre. Se le encogió el estómago y sintió náuseas. ¿Qué había hecho? ¿Qué era lo que había hecho?

Había reaccionado de forma personal ante lo que había oído en el pasillo del restaurante. Había reaccionado como si fuera a casarse por amor y se había comportado como si él la hubiera traicionado. En su fuero interno, le dolía amargamente la idea de que otras mujeres hubieran intimado con Zac y se las imaginaba acariciándole y a él acariciándolas. Sin embargo, ¿tenía derecho a sentirse así?

Zac tenía razón en una cosa: habían roto antes de que se celebrara el baile. Haberse enterado de que había tenido sexo con otras mujeres podía trastornarla, pero ni la había traicionado ni había incumplido ninguna promesa que le hubiera hecho. Analizar los hechos con serenidad la llenó de pesar por haberse enfrentado a él dispuesta a condenarlo.

Sin embargo, no estaban enamorados y ni siquiera habían sido amantes. Ser prácticos antes que sentimentales, reflexionó de nuevo, le pareció una fría receta para un matrimonio. No era de extrañar que Zac la hubiera acusado de no tener un punto de vista realista sobre su matrimonio. Ella había reaccionado de forma emocional, impulsada por la abrumadora necesidad de manifestar la angustia de verse rechazada y su dolor. Pero él no necesitaba ni deseaba que le manifestara tales sentimientos. No era responsable de lo que ella sintiera. La única responsable era ella.

–Me he peleado con Zac. La boda se ha anulado –confesó con voz ahogada a Claire al llegar a casa.

–Las reuniones familiares a veces ponen nerviosa a la gente –apuntó Claire poniendo los ojos en blanco–. ¿Te han dicho algo que te molestara?

–Algo así –masculló Freddie

–Pues lo mejor será que vayas al hotel mañana y que lo soluciones con él. Si das de desayunar a los niños, yo me haré cargo de ellos después. Tienes que ir a probarte el vestido a mediodía mientras Richard y yo vamos al zoo con Zac y los críos –le recordó Claire.

Freddie se acostó y escuchó la respiración de los niños durmiendo. ¿Cómo se había olvidado ni por un momento de lo que casarse con Zac significaría para los niños? Se sintió avergonzada y culpable. No había estado dispuesta a tener sexo con Zac. ¿Iba a echarle la culpa por tomar lo que otra mujer le ofrecía después de que ella lo hubiera rechazado? ¿Tan hipócrita era?

¿Y por qué se había tomado el asunto de modo tan personal

cuando se suponía que lo sentimientos no tenían cabida en el acuerdo al que habían llegado? Cerró los ojos y se preguntó si él la haría arrastrarse a sus pies y si ella estaría dispuesta a hacerlo, si no había otra solución. No era de extrañar que esa noche no pegara ojo y que tuviera el desayuno preparado antes de que los niños se levantaran.

Al entrar en el vestíbulo del hotel esa mañana, Marco se le acercó inmediatamente.

–¿La espera el jefe? –preguntó.

–No –contestó ella.

–Está en una reunión. Voy a llamarle –después de haberlo hecho, volvió adonde estaba ella–. Todo bien, señorita Lassiter. Suba –le dijo mientras la acompañaba al ascensor e introducía la tarjeta.

Freddie respiró hondo para calmarse. Una joven que no reconoció le abrió la puerta del ático y la condujo a la terraza, donde Zac estaba desayunando mientras miraba unos documentos con un joven de cabello oscuro. La mujer se sentó al lado de este. Zac había vuelto a ponerse vaqueros y una camisa. Se le veía relajado.

–Freddie, te presento a mis secretarios, Abilio y Catina –dijo mientras se levantaba. Sus ojos, que eran de un azul pálido luminoso, como siempre que les daba el sol, la miraron sin expresión. Si lo había sorprendido su llegada, no dio muestras de ello.

Zac no dejó traslucir el alivio que había experimentado cuando supo que Freddie estaba en el hotel. Ella había reflexionado, lo cual no le sorprendió. La noche anterior se había comportado de modo impulsivo. Tenía el genio vivo, pero se calmaba con la misma facilidad. Había triunfado su sentido práctico. Pero ¿qué habría hecho él si no hubiera vuelto? ¿Habría ido a buscarla? No, no lo habría hecho, se dijo con firmeza. Debía casarse con él por propia voluntad, sabiendo y aceptando las limitaciones que implicaría su matrimonio. Si no, no funcionaría.

Sin embargo, las sombras bajo los ojos de Freddie, prueba de una noche de insomnio, le preocuparon. Por fin comenzaba a entender que casarse y vivir con otra persona no era tan sencillo como le gustaría.

Freddie estrechó la mano a los secretarios y, después, Zac entró con ella.

–Vamos al dormitorio porque no quiero que nos interrumpan. Abilio y Catina están a punto de marcharse.

–No sabía que tenías ayudantes personales –observó Freddie, ansiosa por llenar el silencio.

–Aunque no dirija el imperio familiar, he realizado muchas inversiones con los ingresos que me proporcionan las minas –explicó Zac apoyándose en el tocador de madera que había entre las dos ventanas del dormitorio.

Freddie miró a todas partes salvo a él. Contempló la inmensa cama, que aún estaba deshecha. Se sonrojó y apartó rápidamente la mirada.

–¿Como este hotel?

–Exactamente.

Freddie lo miró con preocupación.

–He venido a disculparme. Anoche estaba enfadada y no pensaba con claridad. Sigo queriendo casarme contigo.

Zac asintió con la cabeza.

–Estaba tan enfadada que no pensé en los niños y en lo que les pasaría si rompíamos.

–Todos tenemos un precio, y los niños son el tuyo.

–¡No todos tenemos un precio! –le espetó Freddie con los ojos brillantes. Los nervios volvieron a apoderarse de ella y perdió el control.

–¿Qué quieres que piense cuando estás dispuesta a casarte con un mujeriego en quien no se puede confiar? –preguntó él en tono despectivo.

Freddie se sonrojó hasta la raíz del cabello.

–No debería haberte dicho esas cosas. No me parece que no seas digno de confianza, y lo que hagas mientras estés soltero no es de mi incumbencia –concluyó con firmeza–. Pero será mejor que me seas fiel mientras intento quedarme embarazada, porque no estoy dispuesta a compartirte.

Zac la miró pensativo.

–No hay problema –observó sin discutir, porque no creía que fuera a aburrirse con ella durante bastante tiempo.

Pero no le gustó que ella únicamente hubiera vuelto porque le aterrorizaba perder la posibilidad de adoptar a Eloise y Jack, lo cual le pareció paradójico, ya que sabía que la adopción era la única razón por la que ella iba a casarse y a tener un hijo con él. Sin embargo, algo profundo y visceral en su interior se seguía rebelando contra ese conocimiento que dañaba su ego.

Examinó su delgada figura. Llevaba unos leggings, botas que le llegaban al tobillo y una llamativa túnica que le cubría los senos, las caderas y buena parte de las piernas, por lo que no entendió por

qué el simple hecho de mirarle la carnosa boca y los ojos de color caramelo le excitaba tanto.

Se preguntó cuánto tardaría en descubrir el secreto de esa atracción irresistible, cuánto tardaría en cansarse de ella y en desear recuperar la libertad. Nunca había estado con una mujer más de una semana e incluso entonces de forma ocasional, por lo que le esperaba un duro aprendizaje.

Consciente del escrutinio de Zac y de su inquietante silencio después de que ella se hubiera retractado de sus insultos, Freddie comenzó a ponerse tensa y se humedeció los resecos labios con la punta de la lengua.

–Entonces, ¿en qué punto nos encontramos?

Zac se le acercó impulsado por el deseo. La miró con ojos brillantes.

–Estamos como al principio: yo te deseo y tú retrocedes.

Sin darse cuenta, ella había retrocedido un paso cuando él se le había aproximado. Consternada, se quedó inmóvil.

–Eso ya está muy visto, sobre todo el día antes de nuestra boda –Zac levantó la mano y le recorrió la tensa mandíbula con un dedo–. ¿De qué tienes tanto miedo?

–No tengo miedo –contestó ella, aunque sabía que mentía. Su cuerpo se hallaba en conflicto, la adrenalina se le había disparado y en su interior sonaban todas las alarmas. Quería tener a Zac cerca y alejarlo, porque alejar a un hombre de sí le resultaba más natural que tocarlo. Sin embargo, deseaba acariciarlo, desabrocharle la camisa y recorrer con los dedos su torso. Deseaba cosas vergonzosas que nunca había deseado, lo cual la turbaba.

Sin embargo, el cosquilleo que ya le había provocado su proximidad se enfrentaba a su sistema de alarma. Le picaba la piel y se le habían endurecido los pezones tanto que le dolían. La boca se le había secado y jadeaba ligeramente mientras su cuerpo se esforzaba en combatir la oleada de deseo que le subía desde la pelvis.

–No tienes nada que temer –dijo Zack con voz ronca mientras la rodeaba con un brazo y la inclinaba para besarle la delicada clavícula y el esbelto cuello.

Ella ahogó un grito y la reacción de su cuerpo se acentuó cuando él la tomó en brazos y la depositó en la cama deshecha. Lo miró desconcertada, con los ojos muy abiertos, y se perdió en la magnificencia cristalina de los suyos.

–Confía en mí –murmuró Zac al tiempo que le quitaba las botas y las tiraba al suelo–. Pero al menos dime por qué estás tan

asustada. ¿Te asaltaron? ¿Te hirieron?

–No, no –Freddie intentó tragar saliva sin conseguirlo–. Pero vi cosas cuando vivía con mi hermana… que me quitaron las ganas de tener sexo –masculló mientras él el bajaba los leggings y le dejaba las piernas al descubierto.

–Si hay algo que no te gusta, solo tienes que decírmelo –dijo él–. Y, si en algún momento quieres que pare, lo haré.

–De acuerdo –contestó ella sin comprender muy bien cómo había llegado a la cama y preguntándose si no debería marcharse y recordarle que él había estado de acuerdo en esperar hasta que estuvieran casados. Pero esa restricción le parecía ahora tan insignificante que no se decidió a recordársela. Al día siguiente se casarían y todas las restricciones se acabarían.

Los leggings salieron volando y ella tragó saliva. Se sentía aturdida e incómoda con las braguitas, gastadas y baratas, a la vista. Y estaba con un hombre al que le encantaba la lencería de lujo, recordó avergonzada, mientras tiraba de la túnica para cubrirse.

–No te preocupes –le pidió Zac, convencido de que iba a salir corriendo en cualquier momento–. Ya me preocupo yo por los dos.

Sorprendida, Freddie lo miró.

–¿De qué tienes que preocuparte?

Él le dedicó una deslumbrante sonrisa de oreja a oreja.

–Nunca he estado con una mujer virgen. Quiero que lo pases bien, pero no sé si será posible.

–Bésame.

Él la besó levemente en los labios y ella, con el corazón desbocado, dejó de respirar.

–Otra vez, pero con más entusiasmo –susurró Freddie.

Zac se echó a reír y pegó su boca a la de ella. Le mordisqueó los labios, le acarició la lengua y el paladar, y ella comenzó a temblar, mientras el centro de su feminidad se humedecía.

Él alzó la cabeza, recogió la túnica con las manos y se la quitó. Ella cruzó los brazos sobre el sujetador.

–No son muy grandes –lo previno en tono de disculpa.

Él se lo desabrochó y ella se inclinó hacia delante como si quisiera esconderse de él, que la tumbó sobre las almohadas y le quitó la prenda. Ella bajó las manos porque se sintió estúpida tratando de ocultarle el cuerpo al hombre con quien estaba a punto de casarse. Cerró los ojos con fuerza, temerosa de comprobar que estaba decepcionado al haber descubierto que llevaba un sujetador con relleno y que, en realidad, era muy plana.

–Tienes unos senos muy bonitos –dijo Zac con voz ronca mientras examinaba sus exquisitas curvas y los delicados pezones rosas que las adornaban.

–Te has olvidado de decir que son pequeños –murmuró ella.

–No es lo primero que se me ha ocurrido –reconoció él mientras bajaba la cabeza para meterse en la boca uno de los capullos rosas y lamerlo ansiosamente.

Freddie experimentó una sacudida y elevó las caderas involuntariamente. Centró toda la atención en lo que le hacía. Los dedos de él, largos y expertos, se le deslizaron por la tela entre sus piernas y ella contuvo la respiración cuando la liberó de la última barrera. Se estremeció mientras la exploraba con delicadeza con los dedos, acariciándola, despertándole las terminaciones nerviosas y haciéndole cosquillas donde la tocara. No sabía que fuera tan sensible, que la oleada de placer casi fuera a hacerle daño por su intensidad. Entonces, él se quitó la camisa.

Se puso nerviosa porque era mucho más grande y fuerte que ella. Su torso era musculoso. Se levantó para quitarse los vaqueros y dejó al descubierto el intimidante bulto de la entrepierna, debajo de los boxers. Después, estos cayeron y sobresalió su larga y dura masculinidad, dispuesta a entrar en acción. Ella tragó saliva mientras se preguntaba cómo iba él a introducir aquello en su interior sin hacerle daño.

Freddie se puso rígida. Creía que ya habían llegado a la última fase de intimidad y que, pronto, todo terminaría. Zac volvió a su lado y la besó con pasión, introduciéndole la lengua y sacándola, como si imitara otra acción más básica. El cuerpo de ella se relajó entre sus brazos. Después, Zac comenzó a descender por su cuerpo jugueteando con él, lamiéndole un pezón, besándole el ombligo hasta llegar a sus muslos, que separó con las manos.

–¿Qué haces? –preguntó ella con voz ahogada.

–Confía en mí. No puedes tener sexo sin estimulación previa. Cuanto más preparada estés, menos te dolerá.

«Cállate, cállate», se dijo Freddie, muy avergonzada. Al fin y al cabo, él experto era él. No había habido nada delicado ni seductor en los sórdidos encuentros que había presenciado contra su voluntad cuando era muy joven e impresionable.

Cerró los ojos con fuerza, se dejó llevar y desechó las imágenes que le habían impedido experimentar sexualmente. En contra de lo que se esperaba, Zac no estaba siendo brusco ni grosero.

Él la lamió y las caderas de Freddie se elevaron en respuesta. Nunca había sentido nada tan agradable, y se intensificó el deseo en

su interior. Las piernas comenzaron a temblarle mientras él continuaba y la invadió una oleada de cálida excitación. Un profundo deseo se había formado en el centro de su feminidad y fue ascendiendo cada vez más arriba hasta alcanzar la cima. El mundo explotó en preciosos colores dejándola temblorosa y sin aliento, completamente exhausta por la intensidad de su primer orgasmo.

–Eres muy sexy –gimió Zac mientras se situaba encima de ella, todo fuerza y poder viril, con los ojos iluminados por el sol que daba en la cama–. Pero ahora debemos ir despacio.

Freddie no estaba segura del planeta en que se hallaba en aquel momento ni qué era lo que debían hacer despacio, pero su vacío mental desapareció cuando él le abrió más las piernas y la penetró lentamente para ensanchar su cavidad. Ella hizo una mueca al sentir una punzada de incomodidad, y él se quedó inmóvil.

–No te muevas –dijo Zac jadeando mientras se esforzaba en resistir el deseo de penetrarla profundamente y con fuerza.

Ella lo miró sofocada y con los ojos como platos mientras él se retiraba y volvía a penetrarla para introducirse más profundamente. Sintió un fuerte dolor durante unos instantes, que después desapareció.

–Creo que lo peor ya ha pasado –murmuró.

–Ahora viene lo mejor –afirmó él moviendo las caderas en círculo para ensancharla más, al tiempo que gemía por lo estrecha que era. Después comenzó a moverse con un ritmo fluido que el cuerpo de ella pareció conocer como si hubiera nacido para él.

No sintió más dolor, solo una pasión creciente. Se arqueó y él se hundió en ella con mayor profundidad en cada embestida, provocando en ella voluptuosas oleadas de placer y una excitación cada vez más intensa. El corazón le resonaba de tal manera en el pecho que creyó que lo oía mientras la tensión de la pelvis iba creciendo hasta que no pudo seguir conteniéndose y alcanzó otro clímax. Él embistió su frágil cuerpo una vez más y, después, se quedó inmóvil mientras emitía un gruñido muy masculino de satisfacción.

Cuando Freddie se dio cuenta de que habían acabado, Zac ya se había levantado y se dirigía la cuarto de baño.

–¿Quieres darte un baño? –le preguntó volviendo la cabeza.

Freddie contempló su moreno cuerpo hasta perderlo de vista. Esa intimidad le chocó, a pesar de lo que acababan de compartir.

–¿Quieres?

–Sí –respondió ella, por fin, recordando la pregunta. Se dio cuenta de que era completamente de día. Pensó que hubiera sido

precioso que Zac la hubiera abrazado durante un rato, después del sexo.

Pero eso era una tontería. Se recordó con reproches que tenía que ser práctica, no sentimental, temerosa de atribuir una importancia mayor a lo que acababa de suceder. El sexo no significaba nada especial para Zac, se dijo con firmeza. Para él, no era más que una breve liberación física. Él le había proporcionado placer, por lo que debería estarle agradecida y no esperar nada más complejo.

Sin embargo, seguía sintiéndose insegura. Tras haber recogido la ropa, entró en el cuarto de baño y agarró una toalla para envolverse en ella.

–Esto… ¿Ha estado bien? –preguntó a Zac.

Zac esbozó una sonrisa de sorpresa que la dejó sin aliento y se echó a reír.

–Ha sido maravilloso. Ahora ya puedes dejar de preocuparte.

–No estaba preocupada…. ¡Zac! –gritó cuando él le quitó la toalla y la levantó para sentarla en la bañera, ya llena de agua. Ella se quedó asombrada de lo natural que le parecía estar con él en tales circunstancias, mientras el leve dolor entre sus muslos le recordaba lo físicamente unidos que habían estado. Física, no mentalmente, reconoció con tristeza.

–Espero que no te quedes embarazada muy deprisa, *minha pequenina* –dijo Zac mirando su hermoso y sofocado rostro–. Estoy deseando pasármelo muy bien contigo a corto plazo.

El sexo simplemente como una actividad recreativa escapaba a la imaginación de Freddie, pero se daba cuenta de que eso era lo que significaba para Zac, lo cual le asustaba. Él se metió en la ducha, de un humor excelente, y, para consolarse, ella enumeró para sí los aspectos positivos. El sexo había sido aceptable, la boda iba para delante y la solicitud de adopción progresaba.

«A corto plazo». Él había tenido el cuidado de recordárselo, pensó desanimada. Diversión a corto plazo. ¿Sería ella capaz de hacerlo? Debía hacerlo, ya que perdería demasiado si no conseguía tener una buena relación con Zac. Al menos debía intentar hacer las cosas a su manera, aunque a ella le resultara extraño y amenazador comulgar con lo que él creía. Solo si ambos estaban razonablemente satisfechos como pareja, los niños se criarían en un entorno adecuado.

En la ducha, Zac sopesaba la utilización de un método anticonceptivo con su necesidad de tener un hijo y se maravillaba de la dirección que habían tomado sus pensamientos. Freddie podía

concebir inmediatamente, lo que eliminaría el aspecto divertido, ya que sabía por la experiencia de su madre que una mujer embarazada sufría náuseas, se cansaba y tenía las hormonas revolucionadas.

Sin embargo, si utilizaba preservativos, podrían gozar despreocupadamente del sexo todo el tiempo que quisieran. Ya se preguntaba cuándo podría volver a gozar de ella. Se moría de ganas de volver a ver aquella expresión soñadora de éxtasis en su rostro y de deleitarse en su sincera e inocente franqueza porque nunca había tenido una relación similar con una mujer.

Freddie era un ejemplar único, se dijo con satisfacción. ¿Debía haberle dicho la verdad sobre esa noche en el baile? Hizo una mueca porque no creía en desnudar el alma y no quería correr el riesgo de hacerla sufrir. Si le contaba la verdad, ella la malinterpretaría y haría suposiciones inadecuadas. ¿No supondría que ella significaba más para él de lo que significaba? No quería hacerle eso, ya que era inevitable que lo que sentía acabara por desaparecer y deseara a otras mujeres y la libertad de gozar de ellas en cualquier sitio y momento.

Conocía sus defectos. No deseaba una relación para siempre y había un límite para lo sincero que podía ser.

Capítulo 7

ERA un vestido impresionante, pensó Freddie, mientras examinaba, mareada, su aspecto en el espejo del dormitorio de Claire. Vestirse en el suyo le había resultado imposible por falta de espacio.

El elegante encaje hecho a mano del cuerpo del vestido realzaba sus pequeñas curvas y la hacía parecer más alta. La falda lucía pliegues de encaje fino como una telaraña y pedrería. En el cuello llevaba un colgante de diamantes, un regalo de boda de Zac. El cabello, recogido en un moño, sostenía la tiara de diamantes que, según Zac, pertenecía a su madre, además de los pendientes y la pulsera de diamantes que llevaba.

–¿No parezco un árbol de Navidad? –preguntó a su tía, preocupada.

–¡Ojalá tuviera yo ese problema! –exclamó Claire con envidia–. Los diamantes son el negocio de la familia, por lo que supongo que tendrás que mostrar los mejores. Tu vida a cambiar mucho, Freddie. Será todo caviar y champán, a partir de ahora.

Freddie tragó saliva porque seguía sin imaginársela. Una peluquera y una esteticista habían ido a la casa a prepararla para la boda, pero eso le había parecido más una necesidad que un lujo al ir a casarse con Zac y tener que parecer la clase de mujer con la que él se casaría. No podía ser que la mirara y se sintiera avergonzado de ella. Gracias a la cena familiar a la que había acudido, sabía que incluso las personas más cercanas a él podían ser críticas y sentenciosas.

Zac, que la esperaba en la iglesia acompañado de Angel, se obligó a sonreír cortésmente cuando Vitale se les acercó.

–Su Majestad –dijo. Su hermanastro se había convertido en rey de Lerovia después de la abdicación de su madre, aunque la ceremonia de la coronación tendría lugar varios meses después.–. Debo hacerte una reverencia, ¿verdad?

–No, no es necesario que lo hagan los miembros de la familia –

afirmó el rey Vitale–. Y mi intención es tener una corte moderna, por lo que habrá muchas menos reverencias en Lerovia. Por cierto, nuestro regalo de boda, que tiene la forma de un coche, te será devuelto pronto.

Zac frunció el ceño al oírle hablar de su preciado coche deportivo, que había perdido en aquella estúpida apuesta con su hermanastro.

Vitale se encogió de hombros.

–Nadie ha ganado la apuesta. Aunque no llevaras a Freddie al baile real, vas a casarte con ella.

–Ganaste con toda justicia –afirmó Zac de forma categórica.

Angel frunció el ceño con ganas de hacer chocar las cabezas de sus obstinados hermanos.

–Estará encantado de que le devuelvas el coche –afirmó.

Zac entendió la indirecta y suspiró.

–Eres muy generoso, Vitale. Gracias –murmuró.

–Y dentro del círculo familiar no habrá más reverencias ni apuestas –sugirió Angel con énfasis.

Zac volvió a caer en un silencio inquietante, molesto por estar tan tenso. La gente se casaba todos los días, se dijo. Pero él no, y el entorno y las asfixiantes tradiciones le constreñían. El acontecimiento era mucho más formal de lo que él había esperado.

La novia recorrió la nave con Jack, muy guapo y vestido con un traje en miniatura, que andaba entre Claire y ella. Eloise caminaba con cuidado detrás de las dos con una cesta de flores y vestida con un traje de princesa rosa que era la culminación de sus sueños infantiles.

Zac no podía apartar los ojos de ellos. De pronto se dio cuenta de que eran su familia, su nueva familia, mientras Jack le sonreía d oreja a oreja y Eloise lo saludaba con la mano como si temiera que no la hubiera visto.

Sin previo aviso, fue consciente de la importancia de la responsabilidad que se había echado sobre los hombros. Trató de centrar la atención en Freddie, que estaba fantástica, sexy y muy guapa, pero el cerebro le funcionaba a mil por hora y le indicaba que ninguna clase de libertad le sería posible con una esposa y dos, posiblemente tres, hijos que confiaban en que fuera un buen padre y esposo. Palideció cuando, por fin, se dio cuenta verdaderamente de las consecuencias de aquella boda: no volvería a ser completamente libre porque ser padre era para siempre y no había cláusula alguna para librarse de ello.

Fue un momento aleccionador, sobre todo porque reconoció que

no sabía absolutamente nada sobre cómo cuidar a nadie salvo a sí mismo.

Freddie estuvo a punto de estrujar con las manos el ramo de rosas blancas y rosas al observar la luz fría que se estaba formando en los preciosos ojos de Zac y la ausencia de la sonrisa marca de la casa. Se le cayó el alma a los pies. Lo había decepcionado. ¿No tenía el aspecto que él se había imaginado? ¿Pensaba que un vestido de diseño y todos los complementos, por no hablar de los diamantes de la familia, transformarían a una camarera en algo más especial? ¿O se quería echar atrás y no casarse?

Fuera lo que fuese, no parecía contento, como debía haberlo estado, teniendo en cuenta que su matrimonio le proporcionaría lo que más deseaba.

Un hijo. Su primer hijo, que habría que añadir a Eloise y Jack, porque Zac había insistido en que compartieran ese día con ellos, ya que quería que tuvieran ese primer recuerdo de los cuatro formando una familia. Zac nunca había tenido esa experiencia familiar, en tanto que Freddie había gozado de ella durante los diez primeros años de vida. Zac, en cambio, solo había conocido el rechazo por parte de aquellos que debían haberlo querido y apoyado. Cuando conoció a su verdadero padre, que era un hombre afectuoso, ya era demasiado tarde.

Como era evidente, aquella infancia sin amor había dejado su huella en Zac. ¿Y no era el papel de ella conseguir que se diera cuenta de que, juntos, podían hacer que las cosas fuesen distintas para sus hijos? ¿O era un cometido demasiado difícil para una recién casada que no era amada? Mucho se temía que así fuera.

La ansiedad que sentía por Zac la protegió de la presión que ejercía la iglesia atestada de invitados ricos y elegantemente vestidos. Zac tenía muchos conocidos por sus negocios, y su padre, aún con muchas ganas de presumir de su hijo recién hallado, había invitado a sus amigos. Los hermanos de Zac habían acudido con un pequeño grupo de personas, lo que había incrementado el número de asistentes. Freddie, en cambio, tenía pocos amigos a los que invitar porque su vida social era muy escasa a causa de los niños.

El cura les dio la bienvenida al altar y pronunció un discurso sobre las responsabilidades del matrimonio. Cuando Freddie tomó de la mano a Zac, la notó tan fría como el hielo. De pronto se lo imaginó dejándola plantada en el último momento, lo cual le produjo pánico, por lo que, instintivamente, lo agarró con más fuerza.

La ceremonia comenzó y Jack se escapó de Claire para abrazarse

a las rodillas de Zac y lloriqueó decepcionado cuando lo separaron de él. Zac levantó la mano de Freddie y le puso el anillo de platino en el dedo anular.

Lo habían elegido juntos, pero no habían tenido muchas opciones porque el enorme anillo de compromiso ocupaba tanto sitio que dejaba poco espacio para la alianza. Zac se había reído con ganas y se había burlado de sus manos pequeñas y sus cortos dedos. Sin previo aviso, el recuerdo hizo que se le saltaran las lágrimas. Estaba muy relajado y contento ese día, solo una semana antes, por lo que su cambio de humor la ponía nerviosa.

Era él quien quería casarse con ella, él quien se lo había pedido, pensó para animarse.

Firmaron en el registro, con Angel y Claire de testigos, y cuando recorrieron la nave de nuevo a toda velocidad, se hizo patente que Zac no veía el momento de salir de la iglesia.

En los escalones de la entrada, mientras los invitados les sacaban fotos con el móvil, Zac exhaló profundamente.

–*Meu Deus*… ¡Menos mal que se ha acabado!

Eloise se le agarró a la chaqueta y Jack le tendió los brazos, casi soltándose de los de Claire.

–Ha sido duro, ¿verdad, Jack? –dijo Zac con desprecio al tiempo que agarraba al niño porque se había dado cuenta de que había colmado la paciencia de Claire.

A Freddie le resultó difícil seguir esbozando la sonrisa de recién casada al lado de Zac, sobre todo después de haber visto a Angel y Vitale intercambiando miradas significativas después de contemplar al desencantado novio. Montarse en la limusina con los niños fue un alivio, ya que no había ojos que los observaran ni oídos que los escucharan.

–¿Qué te pasa, Zac?

–Nada. Solo que no estoy hecho para esto.

–Fuiste tú quien insistió en que celebráramos lo que considerabas una boda «normal» –le recordó ella.

Él apretó la mandíbula y comprimió los labios al tiempo que se le oscurecían los ojos.

–Todos cometemos errores –dijo en tono seco mientras pensaba que debía haber evitado una celebración a bombo y platillo y haber optado por otra más sencilla.

Freddie se quedó petrificada.

–¿Soy yo un error?

Zac gimió.

–Sabes que no es eso lo que quería decir. ¡No sé lo que quería

decir! Pero el sermón que el cura nos ha soltado sobre los deberes maritales me ha recordado cuando estaba en la escuela –dijo con impaciencia.

Freddie se mantuvo en silencio todo el camino hasta The Palm Tree, donde se celebraría el banquete. Zac había decidido que los invitados no los estuvieran esperando en fila para saludarlos, por ser demasiado formal, sino que se estuvieran tomando algo cuando llegaran. La niñera del hotel se llevó a los niños para que comieran y durmieran la siesta. Zac desapareció en el bar antes de sentarse a comer y reapareció para dar un corto discurso después del de su padre. Comió poco y bebió mucho. Respondió a Freddie cuando ella le dirigió la palabra, pero no intentó hablar con ella. Parecía dispuesto a acatar el ritual y acabar con lo que claramente le parecía una dura prueba.

A Freddie le molestaba que, incluso de mal humor, Zac siguiera estando guapísimo, con la barba que comenzaba a notársele en su hermoso rostro. Recostado con despreocupada elegancia en la silla, había entrecerrado los ojos.

Exasperada por su susceptibilidad hacia él, Freddie dejó de prestarle atención y fue al tocador a refrescarse. Estaba haciendo una mueca al ver su desanimada expresión en el espejo cuando una mujer apareció a su lado.

–Espero que Zac la trate mejor de lo que trató a mi hija –dijo en tono cortante.

Freddie volvió la cabeza para mirar a la mujer, rubia y mayor, y la examinó con los labios fruncidos.

–¿Cómo?

–Hace dos años, mi hija trabajaba en la estación de invierno de Klosters. Zac le dijo que era la mujer más guapa del mundo. En realidad, había sido candidata a Miss Mundo el año anterior –afirmó la mujer con orgullo–. Estuvieron juntos una semana y no volvió a saber nada de él. Le partió el corazón.

Freddie sacó pecho y alzó la barbilla.

–¿Y me lo cuenta para…?

–Zac pierde el interés cuando ha obtenido la presa. Creí que debía prevenirla.

–Gracias –replicó Freddie con la misma falta de sinceridad mientras se alejaba obligándose a sonreír.

Merry la saludó cuando volvió a la mesa. Zac no estaba.

–Se ha ido al bar a tomar algo con Angel –le explicó la esposa del hermano de Zac con una mueca de incomodidad.

Los invitados esperaban a que los novios inauguraran el baile.

Freddie convenció al nuevo rey de Lerovia para que hiciera él los honores y cortó la tarta con su nuevo suegro, porque estaba totalmente decidida a no ir detrás de Zac para obligarlo a hacer algo que no deseaba. Sintiéndose muy desgraciada, se sentó con Merry y Jazz para conocerlas un poco mejor, mientras Elysssa, la hija de Merry, jugaba a sus pies. Jazz dijo que esperaba gemelos, aunque su frágil constitución no daba muestras de que fuera así.

Freddie y Zac debían marcharse del hotel a las cinco y, en cuanto los niños hubieron tomado una temprana cena, ella subió al ático a cambiarse. Para el viaje al sur de Francia, se puso unos pantalones anchos de seda y una blusa y, después, fue a buscar a su esposo.

–Zac te espera en la limusina. Los guardaespaldas lo han sacado por la puerta de atrás –dijo Angel–. Está borracho. Yo tengo la culpa.

–No voy a echarle la culpa a nadie –dijo ella alzando levemente la voz y con el rostro ardiendo.

–Creo –intervino Charles Russell con ansiedad– que se le ha ido la mano en la celebración.

Freddie enarcó las cejas ante los intentos de aplacarla.

–No creo que estuviera celebrando el casamiento, sino que estaba ahogando las penas.

–Zac puede ser un poco impredecible –afirmó Angel con aire culpable y compasivo a la vez–. Normalmente no bebe tanto.

Freddie esbozó una sonrisa ante la ansiedad que manifestaban sus rostros. La preocupación de la familia por ella había herido su orgullo. Además, la acechaba el deprimente recuerdo de la mujer que se le había acercado en el tocador a decirle que Zac perdía el interés en una mujer en cuanto la conseguía. Puesto que a ella la había poseído la noche anterior en el ático, pensó que podía haber algo de verdad en las palabras de aquella mujer. Ahora que él había comprobado que ella era igual que cualquier otra mujer con la que se hubiera acostado, era evidente que ya no estaba interesado en mantenerse sobrio para la noche de bodas, pensó con una mezcla de ira, dolor y exasperación.

A fin de cuentas, como antiguo miembro del personal del bar, sabía bastante más sobre los hábitos de bebida de Zac que su familia, reflexionó. Solía beber más café que alcohol, así que, si había bebido mucho, solo podía ser porque algo le había disgustado. Y, como era el día de su boda, ¿a qué otra cosa podía achacarse su estado de ánimo, salvo al hecho de haberse casado?

Freddie no abrió la boca durante el trayecto al aeropuerto, pero

Zac estaba tan borracho que no lo notó. Tras haber bajado del coche, el siguió a los guardaespaldas mientras ella se quedaba atrás con los niños. Los condujeron por la sala VIP al jet privado de los Da Rocha.

Una vez a bordo, Zac la miró con despreocupación y murmuró:

–Voy a tumbarme un rato –y se fue dejando a Freddie con Isabel, la niñera joven y sonriente que la esperaba para ayudarla con los niños. Zac ni siquiera le había dicho que la había contratado.

Por suerte era un viaje largo y había otro compartimento para dormir, que ya estaba preparado para los niños. Jack ya se había dormido, pero Eloise no quería acostarse al mismo tiempo que su hermano, por lo que la niñera la entretuvo al fondo de la cabina mientras Freddie se tomaba una cena ligera y echaba un vistazo a las revistas del corazón que le habían llevado. Estaba furiosa con Zac y tragarse la furia era como intentar contener una tormenta eléctrica.

Zac apareció poco antes de aterrizar y tomó en brazos a Eloise, que, como Jack, estaba dormida. Hubiera sido más sensato quedarse en Londres la primera noche y seguir el viaje al día siguiente, pensó Freddie compungida, pero Zac no se lo había consultado.

Después de aterrizar, tomaron un helicóptero que despegó con una sacudida que a Freddie le revolvió el estómago. El ruido del motor despertó a Jack, que, asustado, comenzó a sollozar. Al encontrarse con la niñera, a la que no conocía, se mostró inconsolable, por lo que Freddie lo tomó en brazos en cuanto hubieron aterrizado.

Un antiguo edificio de piedra se alzaba frente a ellos con las ventanas iluminadas para darles la bienvenida. Zac tomó al niño de los brazos de Freddie.

–Lo llevaré yo. Pareces agotada.

Así que Zac había vuelto al planeta Tierra otra vez, pensó irritada, al tiempo que se decía que no hacía falta que le hubiera dicho que parecía cansada. No era presumida, pero había sobrevivido a un día de boda desastroso con su mejor aspecto y no había recibido ni un solo cumplido del novio, que no parecía tener interés alguno en ella. No dijo nada mientras subían por un sendero hacia la fachada iluminada de la enorme casa.

La casa le recordó la postal de un refugio provenzal en el campo, con sus filas de contraventanas pintadas de azul, sus flores y sus tiestos de terracota que adornaban todas las ventanas y la puerta.

Incluso a la luz que se desvanecía a toda prisa pudo ver que el edificio superaba en tamaño a cualquier casa normal. La cantidad

de empleados que esperaban para saludarlos en el vestíbulo con el suelo de mármol sirvió para recordarle de nuevo que se había casado con un hombre que no estaba acostumbrado a cuidar de sí mismo. Zac entregó a Jack a una joven.

–Esta es Jennifer, Freddie. Ayudará a Isabel con los niños.

Jack volvió a llorar al pasar a manos de otra desconocida y estuvo a punto de librarse de sus brazos. Freddie volvió a agarrarlo.

–No pasa nada. Yo me encargo de acostarlos esta noche. Están muy cansados y los desconocidos les ponen nerviosos –dijo a modo de disculpa.

Jennifer la precedió en la escalera que subía a las habitaciones, ya preparadas para los niños. Freddie suspiro aliviada ante la posibilidad de hacer algo conocido, aunque fuera en un lugar desconocido. ¿Dos niñeras? ¿Se había vuelto loco? ¿Esperaba que se ocuparan las niñeras de los niños para no verlos, como llevaba sucediendo durante siglos en las familias acaudaladas? ¿Quién se creía que era para hacer las cosas así, sin consultarla?

Tenía ganas de estrangularlo, de gritarle, por lo que le supuso un esfuerzo sonreír con agradecimiento a las niñeras. Se sentó para acunar a Jack y que volviera a dormirse en lo que era, sin lugar a dudas, la habitación de los sueños de un niño, con una cuna en forma de coche de carreras. Cuando metió a Jack en ella y fue a la habitación de al lado, Eloise dormía tranquilamente en una cama con dosel en miniatura con sábanas rosas. El lujo que la rodeaba, los juguetes esperando a que los niños jugaran con ellos, le parecieron surrealistas, extraños y alienantes y, durante unos segundos deseó con desesperación volver a los confines del pequeño dormitorio que había compartido con sus sobrinos.

En lugar de eso, un ama de llaves, que chapurreaba el inglés y dijo llamarse Mariette, se ofreció a acompañarla al dormitorio principal. Zac había desaparecido de nuevo y, en esos momentos, como se sentía totalmente aislada, le dio igual. Quería realizar una actividad normal y, para ella, eso consistía en ducharse e irse a la cama para recuperar las fuerzas que le proporcionaría una buena noche de sueño. Apenas había dormido la noche anterior porque se había quedado despierta pensando en Zac, en su primera experiencia sexual y en su futuro juntos. En esos momentos, las posibilidades de alcanzar un perfecto estado de felicidad como pareja le habían parecido ridículas e improbables.

Zac entró en el dormitorio a la una de la mañana. La necesidad de reparar el daño que había hecho a Freddie por fin había vencido a su fiero orgullo, pero ya era tarde. Freddie ya estaba dormida,

hecha un ovillo y agarrada a la almohada en un extremo de la cama. Contempló el rubor en sus delicados rasgos causado por el sueño, el rubio y despeinado cabello extendido por la almohada y la línea relajada de su carnosa boca.

Era preciosa y frágil, reconoció contra su voluntad, y la había hecho sufrir. Casarse estaba siendo una experiencia de aprendizaje, y la primera lección era que el comportamiento de él la afectaba a ella también. Era una lección muy básica, se dijo compungido, pero él nunca había tenido en cuenta las necesidades y deseos de otra persona.

Por la mañana, lo arreglaría todo, pensó. No sabía cómo iba a conseguirlo, pero estaba seguro de que se le ocurriría una idea que le daría la solución. Sin embargo, ¿por qué había llevado a Freddie a Villa Antonella, un lugar lleno de malos recuerdos de una época temprana de su vida? Era el lugar donde su vida familiar, corta pero normal, se había roto en mil pedazos de un día para otro.

Tampoco supo contestar a esa pregunta.

Capítulo 8

SINTIÉNDOSE casi rejuvenecida gracias a una noche de descanso sin interrupciones, Freddie saltó de la cama y miró la hora. Se quedó consternada: ¿y los niños? ¡Tendría que haberse levantado dos horas antes para atenderlos! Entonces se acordó de las niñeras, lo que hizo que su sentimiento de culpa disminuyera, aunque lentamente, ya que dar de desayunar a Eloise y Jack seguía siendo tarea suya.

Después de ducharse, se maquilló levemente con los nuevos cosméticos que formaban parte de su renovado aspecto y eligió un fresco vestido de verano del nuevo guardarropa de verano que Zac había encargado para ella. Solo entonces se sintió preparada para saludar al sol matinal que entraba por las grandes ventanas.

Zac no dejaba de regalarle cosas. Tenía que reconocer que era muy generoso, pero eso no compensaba su obstinada actitud de hacer las cosas por su cuenta. Se dirigió a los dormitorios de los niños, que estaban vacíos. Al bajar se encontró con Jennifer, que le dijo que Eloise y Jack estaban con Zac en la terraza. Se quedó desconcertada porque había supuesto que el hecho de haber contratado a dos niñeras indicaba que Zac quería librarse de los niños todo lo que le fuera posible.

Mariette la condujo a la amplia terraza de piedra que se extendía por la parte trasera de la casa y que tenía una vista espectacular del valle.

Freddie se detuvo a contemplar el paisaje. Los olivos de hojas plateadas llenaban los bancales rodeados de muros de piedra y los campos de lavanda se extendían por la colina, más lejana. Sus capullos perfumaban el aire fresco de la mañana.

Una pérgola de hierro forjado, en la que se enredaban parras y glicinias, daba sombra a la terraza.

–¡Tía Freddie! ¡Tía Freddie! –Eloise fue corriendo hacia ella para enseñarle el dibujo de un dragón, ¿o eran dos?–. ¿Ves? Se han casado.

–Es muy bonito –aseguró Freddie a su sobrina tratando de no fijarse en que al dragón mayor lo adornaba algo semejante a un tatuaje. Eloise demostraba una habilidad artística que superaba con mucho a la de su grupo de edad.

La tensión se apoderó de Freddie cuando Zac se levantó de la mesa, al otro extremo de la terraza, mientras Jack intentaba correr hacia ella.

Lo tomó rápidamente en brazos, antes de que se cayera, porque, aunque sabía andar, aún no sabía correr, y observó que Zac no llevaba un traje de ejecutivo, sino unos vaqueros ajustados y una camisa blanca de lino que resaltaba el color de su piel. Ella pensó con resentimiento que parecía el vivo ejemplo de la salud, no el de un hombre que debía de estar con una resaca monstruosa. Se acercó a él con la tensión dibujada en el rostro y sin mirarlo. Dejó a Jack en el suelo para que jugara con los juguetes esparcidos por la terraza.

–Mariette va a traerte el desayuno –murmuró él con aire despreocupado.

–No se lo he pedido.

–Lo he hecho yo por ti.

–Pero no sabes lo que quiero para desayunar.

–He pedido que te traigan un poco de todo –dijo él con un brillo acerado en los ojos mientras la examinaba–. Te queda muy bien el azul. Estás preciosa.

–Francamente, lo dudo –replicó ella en tono de enfado al pensar en que, el día anterior, a pesar de lo bien arreglada que iba, él no había mostrado ningún interés.

–No discutamos delante de los niños –la previno él.

A Freddie no le hizo gracia alguna la advertencia. Respiró tan hondo que pensó que iba a explotar. Estaba tan enfadada con él que casi no podía respirar. Se contuvo para no dar salida a su furia.

–Son para ti –dijo Zac al tiempo que levantaba un florero con un gran ramo de flores y lo ponía en la mesa–. Y esto…

Era un estuche de joyería que ella no quería abrir. Flores y, probablemente, diamantes. Debía de haber empleado un montón de neuronas para encontrar semejante manera de disculparse, pensó ella con desagrado, pero ninguno de los dos regalos había conseguido su objetivo. Lo miró y observó una luz precavida en sus ojos cristalinos, la precaución de un hombre que no sabía cómo reaccionaría ella.

Mariette llegó con un carrito lleno de comida y una doncella para servirla. Freddie se sintió incómoda al pedir únicamente fruta,

un cruasán y una taza de té. Pero, a pesar de lo tierna que era la masa del bollo, tuvo dificultades para tragársela.

¿Debía conceder a Zac el beneficio de la duda y olvidarse del desastre del día de la boda, a pesar de que no tenía ningunas ganas de perdonarlo? Por regla general, no se enfurruñaba ni guardaba rencor, pero él, como mínimo, le debía una explicación. Agarró el estuche, para que él no pensara que era una maleducada, levantó la tapa y vio un reloj de oro con incrustaciones de diamantes.

–Vaya… Muchas gracias –dijo con generosidad mirándolo. Durante unos segundos, sus delgadas y hermosas facciones, enmarcadas por su brillante cabello negro y resaltadas por sus ojos azul pálido, hicieron trizas su concentración.

–¿Cómo puedes tomar té en vez de café por la mañana? –preguntó Zac de modo incoherente mientras la observaba con una intensidad que le tensó la piel y le provocó un turbador latido entre los muslos.

–Estoy acostumbrada a hacerlo –masculló dándose cuenta de que él había decidido quitarle importancia a lo sucedido el día de la boda y que ni siquiera iba a disculparse, salvo por las flores y el reloj. Sin embargo, se dijo que no podría volver a mirarse al espejo si le consentía utilizar su electrizante sexualidad para apartarla de su objetivo.

Jennifer e Isabel llegaron para recoger a los niños y llevarlos al jardín. Después de que se hubieran ido, se hizo el silencio. Freddie tragó saliva mientras agarraba nerviosamente un trozo de cruasán.

Embelesado, Zac la observó cómo lo agarraba y se lo colocaba entre los húmedos y rosados labios, y los pantalones comenzaron a apretarle. Pensó en el sexo. Ella se puso el reloj en la muñeca y él volvió a pensar en el sexo pasando por alto la tensión de ella y pensando que lo que los dos necesitaban era un buen revolcón en la cama para volver a encontrarse.

–¿Vas a decirme que lo sientes? –preguntó Freddie, lo que destrozó sus expectativas y su estado de ánimo–, ¿Lo has pensado siquiera? ¿O solo se trata de que no puedes pronunciar las palabras?

–Sabes que lamento la actitud que tuve ayer –dijo él con voz tensa–. Es evidente, ¿no?

Freddie asintió.

–Pero no esperarás que unas flores y un reloj de diseño lo hagan por ti.

–Siempre lo han hecho.

–Entonces es que has debido relacionarte con mujeres insensibles –respondió ella con acidez–. Y para serte sincera,

decirme que lo sientes no serviría de mucho.

Zac se levantó de un salto de la silla, cuya patas chirriaron sobre las baldosas de piedra.

–Me emborraché. ¡No maté a nadie! –le espetó con repentina ira.

–Decidiste desentenderte de nuestra boda por completo –afirmó Freddie persistiendo, a pesar de su ira–. No estuviste para abrir el baile conmigo. Ni siquiera estuviste para cortar la tarta. Fue humillante y doloroso y, como es obvio, la gente notó tu ausencia. Lo único que quiero que hagas es explicarme por qué…

–No se me da bien esa clase de explicaciones.

–Pero, al menos, podrías intentarlo –observó ella con suavidad.

–*Meu Deus*… ¿Qué quieres de mí? ¿Una disculpa? Ya la tienes.

–Quiero saber por qué…

–¡No, de ninguna manera! –le espetó Zac, muy agitado, mientras respiraba hondo–. Yo no hablo de esas cosas con mujeres.

–Te perdonaré y lo olvidaré si me dices por qué. Necesito entenderlo.

Se intensificó la rabia en sus maravillosos ojos, así como la sensación de estar atrapado. Apretó los labios con fuerza.

–No voy a discutir contigo. Voy a salir un rato –dijo al tiempo que daba media vuelta y se iba de la terraza a toda velocidad.

Durante unos segundos, Freddie se limitó a mirarlo y, después, fue tras él. Pero la puerta principal se cerró de un portazo y Mariette la miró inquisitiva. Se sonrojó y volvió a la terraza. Era incapaz de disfrutar de la vista. Zac había preferido marcharse a hablar, lo cual no era un enfoque muy productivo para unos recién casados. ¿Acaso esperaba demasiado de él tan pronto? Su matrimonio no era la unión de dos mentes y dos corazones.

«Sentido práctico, no sentimientos».

Las palabras le resonaron en la mente como un mal presentimiento.

Zac huía ante el conflicto y se negaba a implicarse hasta ese punto con alguien. Ella no podía vivir así, pensó temerosa, sin saber verdaderamente a qué atenerse con él. Sin embargo, él se lo había dicho antes de casarse. El sentido práctico lo abarcaba todo y las emociones quedaban excluidas.

Pero ¿y si ella ya sentía por él más de lo que debería? Freddie se estremeció ante la sospecha, aunque ahí estaban los sentimientos que no podía evitar y que él no querría que experimentara. Le dolió que se hubiera marchado sin haber contestado sus preguntas y sin dejarla vislumbrar lo que ocurría en su compleja mente, porque cabía esperar que, si lo comprendiera mejor, podría perdonarlo con

más facilidad. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras se sentaba y oía el rugido de la moto de él al arrancar y, a continuación, el sonido del coche en que lo seguía su equipo de seguridad.

¿Tan poco razonable era ella? ¿Había sido la causante de que marchara? ¿Y cuándo volvería?

Zac recorrió una buena distancia antes de calmarse. Angel le había pedido que, si tenía tiempo, fuera a ver cómo iban las reparaciones que estaban haciendo en su yate y se lo contara. Condujo al puerto deportivo de Saint Laurent du Var y se detuvo en un café del muelle para tomarse un café. No prestó atención a las incitantes miradas de un grupo de jóvenes turistas que estaba cerca.

Parecía que Angel y Vitale se habían adaptado al matrimonio como si llevaran casados toda la vida, reflexionó con pesar. Entonces, ¿por qué iba todo tan mal en su caso? Le había pedido a Freddie que se casara con él, quería que lo hiciera. La había elegido y habría vuelto a hacerlo, a pesar de lo mucho que le gritaba, reconoció de mala gana. Pero ella quería más de él que cualquier otra mujer. Las flores y el reloj no habían servido para deshacer el hielo.

¿Qué le había sucedido en la boda? Estaba acostumbrado a asumir responsabilidades, pero no a ser responsable de otras personas, salvo de sus empleados, con los que no tenía vínculos personales. Desde la infancia había aprendido a mantener a los demás a distancia para asegurarse de que no lo hicieran sufrir. Si no dejaba a nadie que se le acercase, estaría a salvo.

Sin embargo, Freddie y los niños no iban a hacerle daño ni a traicionarlo. Era más probable que fuese él quien no estuviera a la altura de sus expectativas. ¿Y si ella se enamoraba de él? Tendría que prevenirla para que no lo hiciera. No quería hacerla sufrir bajo ningún concepto, reconoció sin vacilar. Ni a Eloise ni a Jack. Estaba comenzando a sentir cariño por los tres, aunque sabía que no debía hacerlo.

«Sentido práctico, no sentimientos», se repitió con un gemido de frustración. Pero el sentido práctico no tenía en cuenta las emociones ni a las mujeres emotivas. Y Freddie lo era, con aquellos ojos grandes, acusadores y dolidos, y sus temblorosos labios. Eloise lo miraba de forma muy similar cuando se negaba a leerle el cuento del dragón dos veces seguidas. ¿Y Jack? Jack tenía exigencias sencillas: bastaba con que le prestaran atención.

Sin embargo, el aspecto emocional de Freddie era infinitamente preferible a la clase de mujeres avariciosas que poblaban su pasado. Además, ella también sabía defenderse. No era un felpudo ni estaba dispuesta de asentir a todo lo que él dijera o hiciera. No quería el reloj que le había regalado, sino palabras. Pero ¿qué podía hacer él cuando las palabras no eran las que ella deseaba oír? ¿Había que ser sincero al precio que fuera? ¿Qué mujer deseaba eso?

El día transcurrió lentamente para Freddie. Zac podía haber vuelto a Londres o a Brasil, o haberse ido con una mujer menos exigente. Angel había dicho que su hermanastro era impredecible. Por primera vez, ella se había dado cuenta de que era así y le incomodaba que simplemente por pedirle explicaciones se pusiera tan furioso.

Bañó a los niños y los acostó. Les prometió que Zac volvería pronto mientras rogaba para sí que fuera verdad.

Se quedó sorprendida cuando al salir a la terraza lo vio de pie, contemplando el valle.

–Zac –dijo profundamente aliviada– ¿dónde has estado?

–He ido a Niza a echar un vistazo a las reparaciones que están haciendo en el yate de Angel. Me lo había pedido –contesto él mientras se volvía lentamente a mirarla–. ¿Cómo estás?

–No estaba segura de que fueras a volver –susurró.

–Aunque me vaya hecho una furia, siempre volveré –murmuró él–. No me gusta perder los estribos con la gente.

–Yo no soy la gente. Soy tu esposa –protestó ella mientras el sol se ponía detrás de él en tonos carmesí y dorado. La luz incidía en el ángulo recto de sus cejas, por encima de los ojos hundidos y la línea sensual de la boca. Ella sintió un escalofrío–. Pero no estoy segura de que estuvieras verdaderamente preparado para casarte.

Zac se pasó la mano por el negro cabello y respiró hondo.

–Durante una décima de segundo, al veros a los niños y a ti en la iglesia, me sentí atrapado. No tenía excusa para sentirme así, ya que fui yo quien te pidió que te casaras conmigo. De todos modos, la repentina toma de conciencia de que iba a ser esposo y padre de dos hijos, o posiblemente tres, me dejó aturdido. Siempre ha sido muy importante para mí ser libre, ir donde quiera cuando quiera y hacer lo que quiera. La idea de estar atado me llenó de…

–Sí, lo entiendo –lo interrumpió Freddie con sequedad, tragándose el dolor ante sus sinceras palabras y sin querer saber más detalles.– Es un cambio tremendo para ti y tal vez no lo

hubieras pensado bien cuando me pediste que nos casáramos. Pero, si quieres que dejemos de estarlo, aún estás a tiempo.

Zac, asombrado, frunció el ceño.

–Ya es demasiado tarde. ¿Y la adopción?

Freddie se puso rígida.

–Prefiero renunciar a los niños a obligarte a soportar un matrimonio que no deseas –dijo ella con crudeza, porque, si los dos eran desgraciados, los niños también lo serían, y ella les debía un futuro mejor.

Zac la miró. Todos los músculos de su poderoso cuerpo en tensión.

–Esa oferta es una locura. Yo no te haría eso.

–Hablando con propiedad, aún no estamos legalmente casados porque no hemos compartido la cama. Ahora mismo, todavía podríamos conseguir la anulación.

Sin previo aviso, Zac se vio inmerso en una crisis mayor de la que se esperaba, por lo que deseó haberle mentido sobre el hecho de sentirse atrapado y, como consecuencia, haberse emborrachado después.

–No quiero la anulación. No quiero perderte ni a ti ni a los niños –reconoció en voz baja–. Me he portado mal y te he hecho daño. Ahora pienso con mayor claridad y no hay nadie más con quien quiera casarme. Solo quiero compartir ese vínculo contigo –concluyó con obstinación.

Freddie, por fin, volvió a respirar. Le había hecho la propuesta porque no veía la forma de retenerlo si no quería estar con ellos. Eso supondría encaminarse directamente al desastre. Aún llena de miedo e inseguridad, lo miró.

–No quiero hacerte desgraciado.

–Freddie… ¡nadie se ha preocupado en toda mi vida de si era feliz o desgraciado! –exclamó Zac asombrado–. ¿Podemos entrar ya? Estar justamente aquí me trae malos recuerdos del accidente que tuve de niño.

–¿Estuviste aquí en tu infancia? ¿Y tuviste un accidente?

–Antonella compró la casa hace casi treinta años. A mi padrastro y a ella le gustaba invitar a sus amigos aquí, en verano –le explicó él mientras cruzaban el vestíbulo de mármol–. Yo tenía tres años y era muy audaz. Bajé la cuesta, me caí y me hice un profundo corte en la pierna. Por suerte, o por desgracia, según se demostró después, había un médico entre sus amigos y me salvó la vida, ya que había perdido mucha sangre.

Zac se había puesto pálido y la voz se le había ido volviendo

más ronca según subían la imponente escalera.

–Me llevaron al hospital a toda prisa, donde se descubrió que tenía un tipo de sangre muy raro: el mismo que Charles. Parece que era algo que los médicos habían mencionado cuando nací, pero Afonso no entendió su importancia. Creía que yo era hijo suyo, por lo que no comprendía por qué ni Antonella ni él podían donarme sangre. El médico, que era muy buen amigo suyo, le explicó que yo no podía ser su hijo, y ese día mi vida familiar desapareció.

Freddie se había parado en la escalera para asimilar lo que le estaba contando.

–¡Por amor de Dios…! –exclamó horrorizada.

–Solo recuerdo dos cosas de aquella experiencia. La primera, a mi madre presa de un ataque de histeria que le duró días; la segunda, a Afonso, el hombre que creía que era mi padre y a quien quería, apartándome con repulsión y llamándome «asqueroso mestizo». Estaba furioso por haber creído que era su hijo.

Freddie se estremeció y le puso la mano en el brazo para tranquilizarlo.

–Eso no es excusa para decirte lo que te dijo. No era culpa tuya.

–Ni de nadie. Mi madre no le había confesado a mi padrastro que había tenido una aventura con otro hombre después de que él hubiera roto su compromiso. Era su secreto y prefirió suponer que yo era hijo de Afonso. Se quedó destrozada cuando la verdad salió a la luz.

Freddie sintió que le dolía el corazón por él. Se imaginaba lo perdido y dolido que debía de haberse sentido, a la edad que ahora tenía Eloise, ante aquel enorme rechazo, aquel odio, de hecho.

–¿Qué sucedió después?

–Mi madre me llevó de vuelta a Brasil y me dejó en el rancho, donde se criaban caballos, al cuidado de la servidumbre. Pasó más de un año hasta que la volví a ver. A Afonso no lo volví a ver hasta el año pasado, cuando me visitó para ofrecerme un negocio. Le dije que no.

–¿Y su matrimonio sobrevivió a todo eso? ¿Siguieron juntos?

–A Afonso le gustaba el estilo de vida de los Da Rocha, pero le enfurecía que, al ser yo el primogénito de mi madre, fuese el heredero, en vez del hijo que él pudiera tener con ella. Pero Antonella se negó a aceptar la realidad y siguió intentando darle un hijo incluso después de que los médicos la avisaran de que su vida corría peligro. Me dijo quién era mi padre el día de su muerte. Le avergonzaba que yo fuera ilegítimo al igual que ella.

Freddie se esforzó en aceptar que a Zac lo habían castigado, a

causa de su origen, con la exclusión y el casi abandono de su madre, al mismo tiempo que perdía al hombre que hasta entonces había considerado su padre. En un horrible día, había perdido a toda su familia. Recordó lo desorientada que se había sentido tras la muerte de sus padres y cómo había buscado consuelo y seguridad en Lauren. Zac, en cambio, no había tenido el consuelo de un hermano.

–Me sorprende que sigas teniendo esta casa –observó ella cuando él se detuvo en el umbral del dormitorio de Eloise para mirar en su interior. Iluminada por la lamparilla de noche, sin la cual no podía dormirse, la niña era un pequeño bulto en medio de un mar de muñecos de peluche. Las tensas facciones de Zac se relajaron visiblemente.

–Mi madre la estuvo alquilando durante años. Creo que nunca volvió y, como los servicios sociales no querían que nosotros sacáramos a los niños de Europa, pensé que sería lógico utilizar la villa. Mi intención era ponerla a la venta cuando nos marcháramos. Ni siquiera me había dado cuenta de que seguía teniendo recuerdos de ella, como comprobé en cuanto puse el pie aquí –confesó Zac mientras entraba despacio en la habitación de Jack al ver que una de las piernecitas del niño colgaba entre los barrotes de la cuna.

Jack estaba profundamente dormido en una esquina. Freddie se inclinó para colocarlo en una postura más cómoda.

–Es como si fuera mío, aunque sé que no lo es –dijo Zac en voz baja–. Y no me importa que no lo sea.

La tierna sonrisa de Freddie eliminó la tensión de su rostro.

–Incluso a las personas a las que no les gustan mucho los niños las conquista la forma de ser de Jack.

–Has sido muy generosa ofreciéndome la posibilidad de deshacer nuestro matrimonio, pero elijo libremente seguir casado contigo –afirmó él mientras salían del dormitorio–. ¿Podemos empezar de nuevo, como si el día de ayer no hubiera existido?

Freddie, con la boca seca, asintió con fuerza mirándole el delgado y moreno rostro. Él la tomó de la mano y su contacto despertó todas sus terminaciones nerviosas. Sintió un leve escalofrío cuando entraron en el dormitorio principal, donde ella había dormido sola la noche anterior.

–Tengo que ducharme –Zac se quitó la camisa y se desnudó con la facilidad despreocupada de alguien carente de timidez.

Freddie lo observó mientras se metía desnudo en la ducha. Ella se desmaquilló y se lavó el rostro. Él la tomó en sus brazos mientras se lo secaba, por lo que, sorprendida, dio un grito al tiempo que él

la llevaba de vuelta al dormitorio.

–*Eu quero voce…* Te deseo –dijo él dejándola en el suelo para quitarle el vestido. Sonrió con agrado al ver que solo llevaba las braguitas debajo.

Levantó las manos para tomar en ellas sus senos y le acarició los sensibles pezones con los pulgares antes de besarla en la boca con apasionada fuerza. Todo pensamiento racional se evaporó de la mente de ella. Le apretó con los dedos los musculosos hombros mientras el excitado cuerpo masculino se apretaba contra el suyo, que comenzó a excitarse y se desprendió de la ansiedad del día.

Zac la tumbó en la cama y la aprisionó bajo su cuerpo. Sus luminosos ojos brillaban divertidos bajo sus negras pestañas.

–Quería haber hecho esto esta mañana. ¿Cómo te lo habrías tomado?

–Muy mal –afirmó ella con dificultad, consciente de la fuerte presión de la excitación de él en su estómago y aún más del calor y la humedad entre sus muslos.

–Ahora lo deseo mil veces más –afirmó Zac con voz ronca–. Porque te has enfrentado a mí.

–¡Qué raro! –dijo ella temblando, mientras él le recorría la clavícula con la punta de la lengua, lo cual le provocó una reacción en otras partes de su cuerpo.

–No lo es. No me gusta que una mujer me diga que sí a todo.

–Pues esta mañana era lo que querías –contraatacó ella con una sonrisa.

–Eso es sexo, es distinto –contestó él mientras, con los dedos, separaba los húmedos pliegues que ocultaban su centro, lo que la hizo temblar y retorcerse–. A todos los hombres les gusta una mujer dispuesta a la hora de tener sexo.

Su sinceridad la hizo reír y él le acarició las costillas buscando puntos donde tuviera cosquillas. Por su parte, Freddie le exploró los duros músculos abdominales y los dedos se le desviaron audaz y juguetonamente hasta llegar muy cerca de su dura masculinidad. Al final, lleno de frustración, él le agarró la mano y se la cerró alrededor de ella.

Freddie se quedó sorprendida ante la suave y dura excitación masculina, que acarició antes de bajar la cabeza con ganas de experimentar, pero él se la levantó de inmediato.

–¡Ahora no podría soportarlo! Necesito estar dentro de ti –dijo él con la voz entrecortada mientras la colocaba a su gusto y la penetraba sin más miramientos emitiendo un sonido gutural de satisfacción.

–*Voce me excita…* Me excitas mucho.

Esa vez, ella no tuvo molestias, solo la sensación de que su cuerpo se estiraba para acomodar el de él. Levantó las caderas instintivamente a modo de bienvenida y él comenzó a moverse provocando en ella una oleada de desatada excitación. Ella ahogó un grito cuando él la agarró de las caderas para levantarla y hacer más profunda la penetración.

–Te siento como si fueras satén caliente –gimió Zac, retirándose de forma provocadora y volviendo a embestirla mientras el calor en la pelvis femenina aumentaba al tiempo que lo hacía la presión–. Hoy he pensado en esto, como mínimo, cada diez segundos.

–Dime algo que me sorprenda –le pidió Freddie, casi sin aliento, mientras sus viriles embestidas hacían que se retorciera debajo de él.

–A mí, tú me sorprendes siempre –gimió él antes de besar su enrojecida boca con pasión.

El corazón de él latía desbocado. Ella se alzó a su encuentro una última vez y sus músculos internos se contrajeron con fuerza al alcanzar un clímax explosivo. Dejó caer la cabeza sobre la almohada, con el cabello alborotado, mientras la invadían olas de placer y felicidad.

Zac alcanzó también el clímax con ella, pero la felicidad parecía ser lo último en lo que estaba pensando cuando se retiró a toda prisa lanzó palabrotas en portugués.

–¡Me he olvidado de ponerme un preservativo! –exclamó exasperado.

–¿Para qué ibas a ponértelo? –preguntó Freddie desconcertada.

Zac la miró muy serio.

–Pensé que podríamos darle espacio a nuestro matrimonio para consolidarlo y que tú preferirías esperar para quedarte embarazada.

–No –dijo ella con determinación–. Podría tardar muchos meses en quedarme, así que es mejor intentarlo desde el principio. Si sucede, muy bien.

Zac la liberó de su peso y Freddie se puso de costado y colocó un brazo y una pierna sobre él, que comenzó a levantarse.

–¿Adónde vas?

–Mi habitación esta al lado.

–Creí que esta era nuestra habitación.

–Estoy acostumbrado a dormir solo.

–Pues ha llegado el momento de que te lo replantees –susurró ella adormilada mientras jugueteaba con la cadena de oro de San Judas que él llevaba al cuello–. ¿Por qué la llevas?

–Era de mi madre. Me la dio antes de morir.

–Quiero que pases las noches conmigo.

–¿Por qué?

–Porque es más íntimo y agradable –masculló su esposa agarrándolo con el brazo como si fuera una cadena–. Y si puedes acostarte con una candidata a Miss Mundo en Klosters y partirle el corazón sin sonrojarte, puedes compartir la cama con tu esposa.

Zac se quedó inmóvil y la miró consternado.

–No iba a decírtelo, pero se me ha escapado –Freddie suspiró arrepentida mientras se hacía un ovillo contra él.

–No quiero partirte el corazón –dijo Zac, sin exigirle conocer la fuente.

Freddie abrió los ojos y le lanzó una lánguida mirada.

–No me enamoro de jugadores, así que estás a salvo, Además, tengo el corazón completamente ocupado por los niños.

–*Que bom*… Eso está bien –aseguró Zac al tiempo que se preguntaba por qué siempre sentía como una afrenta esa consoladora certeza–. El amor es una complicación que no necesitamos porque no vamos a seguir juntos.

«Porque no vamos a seguir juntos».

El recordatorio la conmocionó como un terremoto y le partió el corazón, pero ella, demasiado orgullosa para manifestar reacción alguna, se quedó inmóvil y se ordenó a sí misma con firmeza quedarse dormida. Se había sentido muy cómoda con él durante unos segundos y se había olvidado de los límites de su relación. Tal vez no hubiera debido pedirle que se quedara a dormir con ella, porque suponía una intimidad que él había dejado muy claro que le resultaba inadecuada. Por supuesto que lo era, se dijo molesta. Su matrimonio era una farsa porque era temporal, a lo cual ella había accedido.

Zac fue liberándose de la tensión. La necesidad de apartarse de Freddie disminuyó. Ella no le hacía ningún daño. Solo era muy afectiva, lo cual era cualidad para una madre de tres hijos, reflexionó. Dormiría con ella, pero seguía pensando que habría sido más acertado mantener ciertas restricciones entre ellos. Al fin y al cabo, su relación no sería permanente, por lo que, cuanto menos compartieran, más fácil les resultaría separarse.

Por otro lado, podría despertarla lentamente unas horas después y disfrutar de los beneficios de compartir el espacio, pensó divertido. Al cabo de una semana, ella se alegraría de que se fuera a su habitación.

Capítulo 9

JACK, no! –gritó Zac al ver que el niño acercaba los dedos a un enchufe.

Sobresaltado, Jack cayó de culo y rompió a llorar. Zac lo tomó en brazos para consolarlo mientras Freddie, recorría, admirada, con el dedo un panel de madera tallado.

–Eso es peligroso –dijo Zac a Jack, que le miraba con los ojos llenos de lágrimas y el labio inferior tembloroso. ¡Y no me mires así!

–Entonces, ¿qué te parece? –preguntó Freddie con fingida despreocupación.

Zac llevaba con ella el tiempo suficiente para reconocer cuándo le hacía una pregunta trampa. De hecho, buscar casa con ella era toda una lección. Una mujer tan práctica como ella, se volvía poco práctica cuando se trataba de elegir una casa. Él se había dado cuenta tarde de que su casa soñada era antigua, necesitada de cuidados y situada en medio del campo. Él tenía el ático para reuniones de negocios en la City, pero no era cómoda para criar a dos niños.

Le había dado a Freddie folletos de casas en las que podían entrar a vivir inmediatamente, pero ninguna exclamación de admiración había surgido de sus labios hasta que ella se había dedicado a buscar por su cuenta y había encontrado Molderstone Manor, en Surrey. Era una propiedad construida con poquísimo dinero en la Edad Media, cuyos dueños sucesivos habían sido a cual más pobre, por lo que no habían podido permitirse remodelarla ni modernizarla.

–Esta casa… es distinta –afirmó Zac con tacto–. Pero tardaríamos meses en poder mudarnos aquí.

–El ala norte es habitable, ya que ha estado alquilada –señaló Freddie alegremente–. Y tendríamos mucho sitio para dormir allí. Jen e Izzy necesitan su propio espacio.

Jennifer e Isabel, las niñeras, se habían convertido en Jen e Izzy

y en parte de la familia. Zac apretó los dientes; se había olvidado de ellas. Iban a necesitar más dormitorios de los que había calculado, pero no quería compartir su espacio vital con los empleados las veinticuatro horas del día. Contempló a Freddie, que acariciaba la madera tallada de la escalera, y estuvo a punto de soltar un gemido.

–Vamos a echar otro vistazo al ala norte para ver si es habitable –dijo ella.

–¿Eres consciente de que, al final, vivirás aquí sola? –preguntó Zac mientras recorrían los dos pisos del ala norte y él se fijaba en cada desperfecto de la antigua decoración y en la escasez de cuartos de baño, mientras Freddie se ponía en plan poético sobre la facilidad con que podrían instalarse otros nuevos y lo maravilloso que era que las espléndidas molduras de techos y paredes estuvieran tan bien conservadas.

Se produjo un silencio tenso y Freddie palideció ante su comentario porque le recordó el futuro que la esperaba: Zac los abandonaría a ella y a los niños. Cuando volviera, sería solo para no perder el contacto con los niños. Ella ya no sería su esposa, sino su exesposa, encargada de cuidar a los críos. Todo sería muy distinto.

Zac solo se dio cuenta de las inesperadas posibilidades de la mansión cuando llegaron al gran patio trasero. La zona de las cuadras era inmensa y estaba en buenas condiciones.

–Podría traer caballos desde el rancho de Brasil y montar un criadero –afirmó con sorprendente entusiasmo–. Vendemos la mayoría de nuestros sementales en Oriente Medio.

Hacía un día precioso y soleado y, resuelta a no estropearlo con pensamientos que le provocaran ansiedad, Freddie abrió la cesta del pícnic que llevaba consigo para ir al jardín, lleno de maleza, y extendió una manta bajo un roble de tronco retorcido.

En ese momento, Zac se dio cuenta de que su desfavorable opinión del lugar sería mal recibida. Los niños corrían como locos por el jardín e Izzy iba pacientemente tras ellos, mientras Freddie sonreía de oreja a oreja al lanzar lánguidas miradas a la casa.

–A mí me da la idea de familia –afirmó ella con entusiasmo–. Aunque es grande, es acogedora y podría hacer muchas cosas con las habitaciones. Y mira cómo disfrutan Jack y Eloise corriendo al aire libre.

Zac los miró y no se sorprendió al comprobar que los niños hacían lo posible por parecer niños perfectos de cuento de hadas, corriendo por un prado lleno de flores, para apoyar los argumentos de Freddie.

–Y aquí no nos tropezaremos con los empleados –observó ella,

que ya había aceptado que Zac no viviría sin, por lo menos, ama de llaves y cocinera.

Como se había criado con empleados domésticos, no se imaginaba otra forma de vivir. No deseaba que su esposa se preocupara de las necesidades de la vida cuando los niños o él requirieran su atención. Pero a Freddie le resultaba molesto que los empleados vivieran con ellos y estaba adaptándose lentamente a su nuevo estilo de vida.

–Podrías criar caballos aquí –le recordó ella, aliviada de que él hubiera hallado algo positivo en la propiedad.

Llevaban exactamente ocho semanas casados. Habían volado tres veces desde Francia con los niños para acudir a reuniones de evaluación relacionadas con la adopción. Después de las dificultades iniciales, las siete semanas que habían pasado en Villa Antonella habían sido muy felices. Zac había sentado la cabeza y no dio muestras de sentirse decepcionado cuando ella tuvo la regla a los pocos días de la boda, lo que confirmaba la ausencia de embarazo.

Ella pensó con afecto que era una ventaja que Zac no estuviera impaciente en ese sentido. Sí, sentía afecto por él, pero el afecto y el amor eran cosas distintas. Le gustaba mucho que la despertara de madrugada una sexy presencia masculina en la cama, pero su amor se centraba exclusivamente en los niños. Zac era muy guapo y un gran compañero, además de poseer muchas cosas que ella admiraba en un hombre.

Era increíblemente paciente con Eloise y Jack. Además, cuando Freddie había estado enferma dos días a causa de un virus, había sido muy amable con ella, tanto que ella no se lo esperaba, porque los que rara vez se ponían enfermos no solían mostrarse compasivos con los que lo hacen.

Era evidente que había tomado una buena decisión al casarse con él, se dijo con alegría. Claro que sería terrible cuando llegara el momento en que se marchara, sobre todo si ella no podía darle un hijo y cumplir su parte del trato. Sin embargo, como sabía lo que la esperaba, podía estar preparada. «Sentido práctico, no sentimientos», volvió a recordarse con decisión.

No había motivo alguno para no disfrutar del tiempo que estuvieran juntos como una familia, aunque a veces se sentía culpable de lo mucho que le gustaba estar casada con él.

–Si quieres esta casa, la compraré –dijo Zac de mala gana.

–Pero no es de tu estilo.

–Me gustan las cuadras y estoy dispuesto a dejarme convencer –

afirmó él mientras la agarraba y se la sentaba en el regazo.

Freddie, demostrando lo mucho que había cambiado en dos meses de matrimonio, lo besó apasionadamente. Él la estrechó entre sus brazos y la balanceó sobre el bulto prominente de su entrepierna. Ella emitió un leve gemido de frustración cuando la excitación masculina entró en contacto con su parte más íntima.

–Podríamos volver a la casa y…

–¡Sí! –dijo ella con voz ahogada y un entusiasmo que no disimuló. Se puso colorada porque, en los últimos días, era incapaz de dejar de tocarlo. Comenzaba a preguntarse si eso era normal o una señal de que le gustaba demasiado el sexo.

Zac soltó una carcajada.

–Esta claro que de verdad deseas quedarte con esta casa.

Ella lo miró a los ojos y el corazón se le aceleró mientras un intenso calor se le extendía por todo el cuerpo.

–Es a ti a quien deseo –lo contradijo ella sin vacilar.

Estar casado no estaba tan mal, reconoció Zac, mientras, con su poderosa mano, tiraba de su esposa por la pradera llena de maleza hacia la casa. Era cierto que había tenido que explicar a Eloise por qué solía olvidarse de ponerse el pijama y que a Jack, que había aprendido a bajarse de la cuna, tales nimiedades no le impedían asaltar el lecho conyugal.

Las comidas eran complicadas porque los niños se ensuciaban, pero la hora del baño era divertida, y la de acostarse, al menos desde el punto de vista de un adulto, lo era aún más, reconoció Zac mientras inmovilizaba a Freddie contra una pared y la besaba hasta dejarla sin respiración. Se sentía tan sexualmente voraz como si llevara meses sin tener relaciones. Nada más lejos de la verdad. Pero Freddie era un afrodisíaco para su libido. A él, una vez no le bastaba y, ahora que ella había perdido la timidez y los nervios, se había convertido en la amante de sus sueños, tan entusiasta y aparentemente tan obsesionada sexualmente por él como él por ella.

¿Qué podía no gustarle de aquella combinación mágica?

Ella tenía el vestido subido a la altura de la cintura y se oyó que algo se rasgaba cuando Zac le quitó impacientemente las braguitas de seda. Ella pensó que él prefería la seda porque se rasgaba con mayor facilidad. La excitación le aceleró el corazón cuando él se bajó la cremallera de la bragueta. De repente, él estaba allí, donde ella más lo deseaba.

Ella ahogó un grito y volvió a hacerlo cuando él le agarró las piernas y se las enlazó a la cintura para hundirse más

profundamente en su carne tierna y resbaladiza. Mientras él la poseía con fuerza, sensaciones carnales le recorrían el cuerpo en oleadas hasta que el placer alcanzó un crescendo insoportable que la llevó al clímax.

–Tendrás que llevarme en brazos al coche –murmuró ella, una vez recuperada la voz, mientras apoyaba la cabeza en el ancho hombro masculino–. Estoy muerta.

–No puede ser. Anoche te acostaste temprano y esta mañana has dormido hasta tarde. He tenido que despertarte para desayunar –le recordó Zac mientras la bajaba al suelo y se agachaba para recoger la ropa interior de ella y guardársela en el bolsillo.

Freddie bostezó.

–Me dejas exhausta… del modo más agradable posible –concluyó con una sonrisa descarada.

Zac la detuvo antes de abrir la puerta principal y le pasó las manos por el cabello para ordenárselo. Pero no sirvió de mucho. El rostro de ella seguía sofocado y le brillaban los ojos como si fueran estrellas.

–Sigue pareciendo que te hubieran…

–Proporcionado mucho placer –se apresuró a interrumpirle Freddie, ya que Zac intentaba tener cuidado con su vocabulario después de que Eloise hubiera aprendido una palabrota, tras habérsela oído decir, y la había repetido mil veces avergonzando a todos los adultos a su alrededor.

Zac miró a Freddie y deseó tener una cama a mano.

–¿Y te lo he proporcionado?

–Totalmente –contestó ella, deleitándose en su espontánea sonrisa.

–Por cierto, hay algo de lo que quería hablarte –dijo Zac cuando estaban sentados en la limusina. Jen, Izzy y los niños iban detrás en el coche–. ¿Quién te contó lo de la guía de Klosters?

Freddie hizo una mueca.

–Su madre, el día de nuestra boda. A su hija la vi con los amigos de tu padre. Supongo que la habría llevado él sin saber, como es evidente, lo que sentía por ti.

–La conocí en el despacho de mi padre y, milagrosamente, encontró empleo en el refugio de montaña de Charles la semana que pasé allí con Angel y Vitale. Era una chica muy prepotente y yo detesto que me avasallen. No me acosté con ella porque, si lo hubiera hecho, se me habría pegado como una lapa.

–Entonces mintió a su madre y te hizo quedar como el malo de la película.

–¿Qué te dijo la madre? –preguntó Zac con enfado.

–Mas o menos que cuando te has acostado con una mujer pierdes el interés por ella.

Los ojos de Zac brillaron risueños.

–Bueno, ya sabes que no es verdad en lo que a ti respecta.

Sin embargo, lo sería en el futuro, pensó Freddie con pesar mientras se preguntaba por qué su imagen de la casa había perdido la mitad del brillo al intentar imaginarse viviendo allí sola con los niños. Cuando fuera así, su matrimonio se habría acabado, y el cambio siempre daba miedo. Probablemente por eso su cerebro se negaba obstinadamente a dejar de pensar en ello.

Se dijo que ni siquiera estaba embarazada todavía y ¿quién sabía lo que tardaría en quedarse? ¿O cuánto le duraría a Zac la paciencia? Él no se olvidaba de que aquello era temporal, pero ella no dejaba de hacerlo una y otra vez.

Se ruborizó al pensar en cómo le había hecho él el amor en la casa. Zac tenía pocas inhibiciones, pero ella lo había animado. ¿Debería seguir mostrando tanto entusiasmo a un hombre que tenía la intención de dejarla? Pero ¿cómo iba a comportarse con mayor frialdad cuando el objetivo principal era quedarse embarazada?

Desgarrada por tales pensamientos, Freddie los enterró. Cuando su matrimonio hubiera terminado, se dijo con firmeza, tendría que hacer las paces con la realidad.

Al día siguiente, Zac le anunció que Molderstone Manor era de ellos y que podían trasladarse a vivir de inmediato. Había contratado una empresa local para que remodelara el ala norte según su criterio, lo que permitiría renovar el resto de la casa más tranquilamente.

Freddie, entusiasmada, lo abrazó y lo persuadió para que hicieran una segunda visita a la mansión. Cuando la inspección profesional de la propiedad reveló que se hallaba en mejores condiciones de lo que creían, Zac ya se había resignado a que sería su futuro hogar y planeaba construir una pista de aterrizaje para helicópteros en el terreno que la rodeaba, con el fin de llegar allí con mayor rapidez. Freddie, por su parte, se zambulló alegremente en la elección de los colores de la pintura y de la tapicería, y dejó que él se encargara de los cuartos de baño.

De ese modo pasaron otras dos semanas a toda velocidad. Para entonces, Zac estaba mortalmente aburrido de los tejidos de flores que provocaban en Freddie un paroxismo de felicidad y que a él lo convencían de que el mejor color era el beis.

–No es culpa tuya –lo contradijo ella–. Estas acostumbrado a

vivir en hoteles.

Se hallaba sentada en la cama con un montón de muestras de telas. Para animarse, se había lanzado a convertir la gran casa en un hogar. A medida que el verano daba paso al otoño, se acercaba el aniversario de la trágica muerte de su hermana, y decidió visitar el cementerio donde estaba enterrada, a pesar de que sabía que eso reviviría en ella tristes recuerdos. No esperaría más: iría al día siguiente. Se sentía culpable por no haber vuelto desde el funeral.

Zac apartó las muestras de la cama y le dijo:

–No puedes llevártelas a la cama.

–Solo son las ocho de la tarde. No estoy en la cama –señaló Freddie mirándole a los ojos, que, con la luz que había, eran del color del hielo gris.

Zac enrolló lentamente el sedoso cabello de ella en sus dedos.

–Pero puedo hacer que lo estés –afirmó en un tono de voz que la estremeció–. Y que te quedes en ella.

–¡Qué arrogancia la tuya! –se burló Freddie con ojos risueños.

En respuesta, Zac le aplastó la boca con la suya. Él sabía a café y a deseo y olía de maravilla. Era uno de esos momentos perfectos que a ella tanto le gustaban. El dormitorio era un oasis de paz para ella cuando los niños estaban acostados, pero también era un lugar muy excitante y seguro para estar con Zac.

Lo abrazó y la lengua de él se enredó con la suya. Y Freddie decidió que se merecía una habitación beis. Ella podía soportar el beis en pequeñas cantidades.

A la mañana siguiente, Freddie volvió a dormir hasta tarde y se levantó a toda prisa preguntándose por qué se encontraba tan cansada cuando hacía tan pocas cosas. Se vistió rápidamente, se dio unos toques de maquillaje, se cepilló el cabello y fue a reunirse con Zac para desayunar.

En el momento en que entró en el comedor, el olor a frito hizo que se le revolviera el estómago. Se llevó la mano a la boca y volvió corriendo al cuarto de baño mientras se alegraba de que Zac estuviera en la terraza y no la hubiera visto. Vomitó y se apoyó en el lavabo para examinar su rostro sudoroso en el espejo con expresión preocupada. Se dio cuenta, y no lo había pensado antes, que no había contado los días transcurridos desde su última regla. ¡Debía haberle bajado casi dos semanas antes! ¿Estaría embarazada?

«Claro que puedes estarlo, idiota», se reprochó exasperada. Al fin y al cabo, desde el día posterior a la boda, llevaban haciendo todo lo posible para que se quedara embarazada. La invadió una

ligera sensación de mareo cuando volvió deprisa al dormitorio y se sentó a los pies de la cama. Se le iba la cabeza.

¿Embarazada? ¡Embarazada! Creía que una tardaba meses en quedarse, lo daba por supuesto, pero posiblemente no siempre fuera así. Volvió al cuarto de baño a lavarse los dientes y refrescarse el rostro.

¿Cuánto tiempo se quedaría Zac con ella cuando se lo contara? La pregunta apartó cualquier otro pensamiento de su mente. Claro que, primero, tendría que comprobar que estaba embarazada, porque no quería crear una falsa alarma. Y, si mencionaba sus sospechas a Zac, este se encargaría de todo y la mandaría rápidamente a ver a un médico, cuando ella podía comprar fácilmente una prueba de embarazo y salir de dudas.

¿Se quedaría con ella al menos hasta que el bebé hubiera nacido? Le temblaron los labios y se le llenaron los ojos de lágrimas. Tal vez fueran las hormonas. ¿Se quedaría incluso hasta que el bebé tuviera unos meses? Tomó aire como si fuera un nadador que estuviera ahogándose y se esforzó en recuperar la compostura,

Lo que Zac decidiera hacer no era asunto suyo, se dijo con firmeza. Tenían un acuerdo. Él había accedido a adoptar con ella a Eloise y Jack, y ella, a intentar darle un hijo que le permitiera controlar el imperio Da Rocha. Era evidente que él no podría marcharse hasta que no hubiera acabado el proceso de adopción, reconoció ella sintiéndose enormemente aliviada. Y aún faltaban dos meses para eso.

¿Por qué la perspectiva de que Zac se marchara la llenaba de horror y de un aterrador sentimiento de abandono? «Sentido práctico, no sentimientos», se repitió. ¡Al diablo con aquella forma de esquivar el problema!, decidió sin vacilar. ¡Él tenía la intención de abandonarla con dos niños y otro de camino y huir de todo el trabajo que suponía un recién nacido! ¿Era eso justo? Freddie pasó a toda velocidad de sentirse desgraciada a enfurecerse por la injusticia de aquel plan.

Era el hombre al que dormía abrazada todas las noches; el que gozaba de su cuerpo varias veces al día; el que tenía la intención de dejarla aislada en el campo, en una casa que requería mucho trabajo y a alguien con el ímpetu y la energía de Zac para asegurarse de que se llevara a cabo. Que resultara que Molderstone Manor fuera la casa de sus sueños no tenía peso alguno en su argumento, se dijo, resuelta a ser una mártir en todos los sentidos.

–¿Qué te pasa? –preguntó Zac cuando ella, con la barbilla muy alta, se dirigió al otro extremo de la terraza dándole la espalda.

–Nada –respondió ella tomando una bocanada de aire fresco para eliminar el olor a fritura que seguía habiendo en la mesa.

–¿No desayunas conmigo?

–No tengo hambre. ¿Dónde están los niños?

–Izzy se los ha llevado al parque –contestó él mirándola mientras se daba la vuelta. Estaba muy pálida y tenía la punta de la nariz colorada como si hubiera estado llorando–. ¿Has llorado?

–¿Por qué iba a haberlo hecho? –preguntó ella muy tensa–. Tengo que hacer unas compras.

–Voy a comer con mi padre, pero puedo acompañarte a comprar siempre que no se trate de adquirir pintura ni telas –se puso en pie de un salto. Un bello traje azul marino resaltaba cada línea de su poderoso cuerpo. El traje se completaba con una camisa verde y una corbata de seda–. Te resulta complicado comprar. No terminas de decidirte por nada.

–Preferiría ir sola –murmuró ella mordiéndose el labio inferior–. Después voy a ir al cementerio donde está enterrada mi hermana. Es el aniversario de su muerte.

–¿Y por qué no me lo has dicho antes? –preguntó Zac, aliviado al entender lo que probablemente le hubiera causado las lágrimas anteriores–. Casi nunca hablas de ella.

–Eso no implica que no la eche de menos. Fue muy buena conmigo cuando yo era una niña, pero todo se le torció –respondió Freddie al tiempo que notaba que volvía a estar al borde de las lágrimas.

–Estaría orgullosa de lo que estás haciendo con los niños.

Freddie no dijo nada porque, por desgracia, los últimos recuerdos de su hermana le indicaban que Lauren habría sacrificado cualquier cosa por conseguir un chute. Estaba demasiado enganchada a las drogas para preocuparse de sus hijos.

–Voy a ir contigo al cementerio –afirmó él–. Dame un poco de tiempo para irnos juntos.

Freddie cedió y salió a comprar una prueba de embarazo en la farmacia al final de la calle. Después se recluyó en el vestuario del hotel para hacérsela. En realidad, eran tres pruebas porque no quería cometer un error. Una detrás de otra dieron positivo sin lugar a confusión posible. Las lágrimas le caían por las mejillas. Se odió a sí misma, pero aún más odió a Zac por haberla dejado embarazada tan deprisa. Debería estar contenta de haber concebido, pero no se sentía así.

¿Por qué?, se preguntó. ¿No debería subir toda prisa al ático para darle la buena noticia? Zac querría celebrarlo. Se sorprendería

de que hubiese sucedido. Como había dicho semanas antes, cuando ella se había enterado de que no estaba encinta: «No tenemos prisa». Pero ¿qué otra cosa podía haber dicho? Él no quería que el intento de quedarse embarazada la estresara porque el estrés no contribuiría a lograr el objetivo. ¿Cómo lo sabía? ¿Se había informado sobre mujeres embarazadas?

Se miró el vientre plano e intentó imaginar una pequeña semilla en su interior y, por primera vez, sintió que lo aceptaba. Le daba igual que fuera niño o niña, con tal de que fuera hijo de Zac. Y en ese momento se percató de que se había enamorado perdidamente de su esposo. ¡Se había saltado las normas! Se había enamorado a pesar de todos sus avisos y en contra del sentido común. Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas y parpadeó con furia para eliminarlas.

Estaba contenta de que fuera a tener un bebé, pero aterrorizada de perder a Zac, y su embarazo significaba el principio del fin de su matrimonio. Ahora sabía lo que le pasaba; era el miedo a los grandes cambios que se avecinaban, a rehacer una vida que le parecería vacía sin él.

Zac se había acabado; nada de sonrisas, besos ni chistes; nada de regalos inesperados; nada de envidiosas miradas de otras mujeres; no más historias sobre Brasil. Nunca iría allí. Zac había pensado llevarla cuando la adopción hubiera terminado, pero ya no sucedería.

No vería el rancho donde él había pasado sus primeros años ni conocería a su abuela en la plantación de caucho de la Amazonia, donde la anciana seguía viviendo, aunque ya jubilada. No iría al carnaval de Río con él ni vería a las hermosas mujeres paseando por la playa de Copacabana con minúsculos bikinis, con las que Zac reconocía que había fantaseado cuando era adolescente. Él le había contado muchas cosas de su familia y de su tierra natal, pero, como estaba embarazada, ya no la llevaría Brasil. Además, ¿para qué? A partir de ese momento, él consideraría todo desde el punto de vista de su inminente separación.

¡Por Dios! ¿Esperaría él que ella se mostrara alegre y cordial ante el divorcio? Desde luego, parecería idiota si se molestaba y él se daba cuenta de que le tenía mucho cariño. Recordó a la joven de Klosters, a la que él había rechazado por miedo a que, si la animaba, se aferrara a él como una lapa. Ella no quería ser la lapa de la vida de Zac. Sería fuerte y razonable y no dejaría que él notara cómo se sentía.

Zac la esperaba en la puerta del cementerio con los

guardaespaldas y le reprochó que no hubiera utilizado la limusina ni se hubiera llevado a un guardaespaldas.

–Tenía ganas de pasear sola –farfulló ella mientras entraba.

Solo se oía el zumbido de un cortacésped y el del tráfico al otro lado de los muros del cementerio.

–Fue una pena. Era muy joven –dijo Freddie mientras dejaba un ramo de flores en la tumba. Después se sentó en el banco que había al lado.

Zac no pronunció ninguno de los vacíos clichés que se solían utilizar en tales momentos. Se sentó junto a ella y le pasó el brazo por los hombros.

–Sigo sintiéndome culpable –confesó ella–. Antes le echaba a ella la culpa por haber caído en la droga, pero en su último año de vida me dijo una cosa que me ha perseguido desde entonces. ¡Ojalá me lo hubiera dicho antes, porque la habría entendido mejor, pero ella creyó que era muy joven y no quería trastornarme!

–¿Qué te dijo? –preguntó él al ver que ella se quedaba callada.

–Las primeras semanas posteriores a la muerte de nuestros padres nos llevaron a un centro de acogida –Freddie se esforzó en controlar la emoción–. Cuando Lauren estaba embarazada de Jack, me dijo que la habían violado allí, pero que no lo denunció porque la amenazaron y tenía miedo de que me pasara algo a mí. Es horrible.

–Pero no fue culpa tuya. Eras una niña –dijo Zac para consolarla.

–Ella cambió, pero yo no sabía por qué. Dondequiera que estuviéramos, me cuidaba como una madre, pero, después, cuando tuvo edad suficiente para dejar el régimen de acogida, se juntó con un grupo de mala gente y todo fue de mal en peor. Era incapaz de enfrentarse a la vida sola.

–Hiciste todo lo que pudiste para ayudarla –afirmó Zac–. Freddie, yo he perdido a amigos a causa de las drogas. No todo el mundo es capaz de dejarlas. Tienes que pensar que se ha ido a otro lugar mejor y perdonarte por no haber sido capaz de salvarla.

–Sí –farfulló ella con los ojos llorosos. En ese momento quería tanto a Zac que estuvo a punto de romper a llorar delante de él.

–Y podríamos ponerle una lápida más bonita –propuso Zac.

–Es la mejor que pudimos permitirnos en su momento. Claire lo pagó todo. Aún le debo dinero –dijo Freddie suspirando.

–Yo me ocuparé. ¿Te espero en la puerta? Tal vez quieras pasar unos minutos sola.

Freddie asintió y observó al amor de su vida mientras se alejaba lleno de energía y seguridad en sí mismo. Lauren le había dicho que

Cruz era el hombre que le estaba destinado, y Freddie, que nunca había estado enamorada, no había entendido la fuerza de ese sentimiento ni que su hermana fuera incapaz de apartarse de su nefasto novio. Ahora lo entendía.

Por primera vez vio un camino claro frente a ella. Uno de los elementos de la relación con Zac que más valoraba era la sinceridad que había entre ambos. Decidió que debía decirle inmediatamente que estaba embarazada. No podía tener secretos para él, pero sí podía comportarse como una mujer fuerte e independiente y ser ella la que se marchara primero.

Sufriría mucho, lo sabía, pero al menos dejaría de preguntarse por lo que él haría o dejaría de hacer y de esperar de él más de lo que estaba dispuesto a ofrecerle. Si ella daba el primer paso, no habría escenas humillantes entre ambos y la relación sería estable en el futuro, lo que era muy importante para los niños.

Al fin y al cabo, Zac no se había movido un milímetro en su actitud con respecto al matrimonio. Ni siquiera era justo que ella esperara más. Él la trataba bien, muy bien, pero no estaba enamorado ni quería seguir con ella eternamente.

Por desgracia, no era la mujer ideal para Zac Da Rocha, porque, si lo hubiera sido, él habría dicho algo, después de dos meses de casados. En cambio, seguía recordándole que su unión era temporal.

Una vez tomada la decisión, Freddie se levantó del banco y salió del cementerio.

Capítulo 10

TENGO que darte una noticia –anunció Freddie al montarse en la limusina con Zac–. Estoy embarazada.

–¿Cómo lo sabes? Quiero decir…– Zac la miró perplejo y con el ceño fruncido–. ¿Estás segura?

–Todavía no he ido al médico, pero me he hecho tres pruebas de embarazo.

Zac siguió mirándola, claramente asombrado por sus palabras.

–Pediremos cita para hoy.

–Mejor para mañana. Hay tiempo de sobra. Solo estoy de seis o siete semanas –observó ella–. Así que, ya ves, ¡lo hemos conseguido!

–No estaba preparado para que sucediera tan pronto –reconoció él–. Pero es una maravillosa noticia.

–Sí. Es de esperar que para mediados del año que viene ocupes el puesto de consejero delegado del imperio económico Da Rocha. Teniendo eso en cuenta, creo que debemos analizar nuestra situación y hacer planes para el futuro.

¿Su situación? A Zac no le gustó esa descripción de su matrimonio. Examinó el vientre plano de Freddie y se esforzó en imaginar a un bebé ahí dentro. ¡Su bebé! Se quedó paralizado ante la idea hasta que recordó las numerosas complicaciones que había tenido su madre en los embarazos. Cada vez que la veía, estaba embarazada o recuperándose de otra desgraciada pérdida. Algo parecido al pánico se apoderó de él al mirar el cuerpo frágil de Freddie y pensar en todo lo que podía ir mal. Debían ir corriendo a ver al médico.

–Preferiría que fueras hoy al médico, *minha pequenina* –afirmó Zac sin andarse con rodeos. Deseaba que le hicieran todo tipo de pruebas durante todas las fases del embarazo.

–Cuando hayamos decidido qué vamos a hacer –dijo Freddie para que hubiera paz mientras entraban en The Palm Tree–. ¿Vamos al bar? Me apetece un café.

Zac la miró sorprendido, ya que normalmente evitaba ir al bar,

donde había trabajado. Pero Freddie deseaba estar en un lugar público y sin los niños para hablar con Zac, y el bar era la opción más conveniente. Además, lo cual también estaba muy bien, él tendría que marcharse pronto para ir a comer con su padre.

Al cabo de unos minutos estaban sentados en la terraza, muy tranquila en aquellos momentos, ya que no era la hora de comer.

Zac Habló por teléfono con Angel del ginecólogo que había tratado a Merry en Londres. Cuando tuvo su número de teléfono, lo llamó y concertó una cita para última hora de la tarde. Solo después prestó atención a Freddie.

–Creo que ahora necesitamos separarnos durante un tiempo –dijo Freddie con una sonrisa alegre y decidida–. Quiero trasladarme a Molderstone Manor a supervisar las obras. Aunque el proceso de adopción aún no ha concluido, puedes visitarnos cuando quieras. Tienes que reconocer que el ático no es adecuado para los niños.

A Zac le pareció como si alguien se hubiera acercado por detrás con un tablón y lo hubiera golpeado en la cabeza. La propuesta de Freddie no le hizo ninguna gracia.

–Pero…

–Es lo que quiero, mi propio espacio con los niños. He cumplido las condiciones de nuestro acuerdo, por lo que nuestro matrimonio ya está en vías de extinción.

–Pues anoche no me lo pareció –protestó él.

Freddie se puso colorada y lo miró con dureza.

–Debemos olvidarnos de esas cosas e intentar establecer una relación amistosa y platónica.

Zac se esforzó en convencerse de que aquella Freddie era su Freddie. Se quedó callado por precaución. En cuanto se había quedado embarazada, quería dejarlo, privarlo de los niños y marcharse muy lejos de allí, a la casa de sus sueños, que, en aquellos momentos, distaba mucho de serlo, llena de trabajadores como estaba. ¿Qué mosca la había picado? Decía que eso era lo que quería.

Zac estaba en estado de shock.

–Deseabas que mantuviéramos una buena relación cuando nos separásemos –le recordó Freddie.

Era cierto, reconoció Zac, al que le costaba trabajo respirar por la opresión que sentía en el pecho.

–Querías recuperar la libertad –añadió ella.

Era verdad, ¿no? Zac se había quedado en blanco. Lo único que su cerebro le transmitía era *Freddie* o *Libertad*, en letras mayúsculas.

–¡Y fíjate lo libre que serías sin nosotros tres! –afirmó ella con

otra sonrisa radiante, como si se muriera de ganas de alejarse de él.

Zac comenzó a sospechar algo horrible. Tal vez ella hubiera deseado aquello desde el principio; tal vez estuviera más interesada en su riqueza de lo que afirmaba. Ahora tenía dinero, una casa nueva, y Eloise y Jack pronto serían hijos de ambos.

Ella había cumplido su parte del trato y ahora le tocaba a él cumplir la suya. No le gustaba que su futuro hijo fuera parte de un trato, pero, si ella estaba deseosa de dar su matrimonio por finalizado el mismo día en que se había enterado de que estaba embarazada, era evidente que quería recuperar la libertad y que no vacilaba a la hora de reclamarla.

Zac estaba tan enfadado con ella que no se atrevía a hablar porque no se fiaba de lo que pudiera decir. Casi no se creía que la noche anterior hubieran estado hablando de colores para la casa que ella ahora quería ocupar sin él. O, pensó, tal vez sus motivos fueran aún más básicos; tal vez él no le gustara ni estar casada con él, lo que la convertiría en una excelente actriz y a él en un idiota sentimental.

–¿Zac…?

–Iremos a ver al ginecólogo de Merry esta tarde y puedes marcharte mañana a primera hora –dijo él apretando la mandíbula, con sus exóticos pómulos sofocados y los ojos fríos como el hielo siberiano.

Freddie vaciló.

–Es lo que tú también quieres, ¿verdad?

–Es lo que acordamos –reconoció él en tono despreocupado, antes de beberse el café de un trago y ponerse de pie, todo él pura vitalidad e impaciencia masculina–. Será mejor que me vaya para no hacer esperar a mi padre. Detesta la impuntualidad.

–Dale un beso de mi parte.

Zac se quedó inmóvil y le lanzó una mirada gélida.

–Ya no tiene mucho sentido, ¿no te parece? Vas a dejar de formar parte de la familia.

Freddie se estremeció y respiró hondo mientras él salía de la terraza. Creía que estaría más contento con el embarazo y los planes de ella de desaparecer de su vida. En cambio, parecía enfadado y hostil, casi amargado. ¿Se debía a que lo había pillado por sorpresa al tomar la iniciativa en una decisión fundamental? Supuso que era así.

A Zac le gustaba hacer las cosas a su ritmo y a su manera, por lo que su repentina decisión le había desconcertado y molestado. Tuvo ganas de llorar, pero no lo hizo, sino que subió al piso superior para

comer con los niños fingiendo que nada la preocupaba.

Al final de la tarde, Zac volvió para llevarla al ginecólogo. Le hicieron muchas pruebas antes de que la llevaran a ver al señor Simonides, que le confirmó que estaba embarazada y le hizo una ecografía.

Freddie, muy tensa, miró la pantalla. Zac y ella se comportaban como dos desconocidos obligados a compartir una sala de espera. No estaba acostumbrada a que él se mostrara tan frío y callado, lo que la ponía nerviosa. El latido regular del corazón del bebé rompió el silencio. No pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas al fijarse en la pantalla, en la que aún no se podía reconocer la existencia del bebé.

–¿Eso es todo? –preguntó Zac al tiempo que se levantaba para acercarse más a la pantalla. Hizo varias preguntas y demostró más interés y conocimientos de lo que Freddie esperaba.

Cuando salieron a la calle, Zac se secó los ojos, que se le habían humedecido, y afirmó con brusquedad:

–Ha sido fascinante. No voy a perderme ni una sola cita.

Después de que su fría fachada se hubiera quebrado durante unos segundos, se arrodilló junto a Eloise y Jack para explicarles pacientemente que iban a mudarse a la casa en el campo en que habían hecho el pícnic y que, aunque él no iba a trasladarse con ellos, lo verían muy a menudo. Jack no entendió ni una palabra de la explicación, pero Eloise rompió a llorar, y Zac lanzó una mirada acusadora a Freddie y abrazó a la niña.

Minutos después, se levantó y dijo que tenía que marcharse y que no sabía cuándo volvería, por lo que era probable que no los viera a la mañana siguiente, antes de que se fueran.

Freddie se quedó perpleja. Parecía que Zac quería salir corriendo para reclamar su preciosa libertad mientras ella tendría que acabar el día con la acongojada Eloise y el estómago revuelto. Esa noche no pegó ojo.

El ala norte estaba patas arriba con materiales de obra por todas partes, pero se podían utilizar los dormitorios y cuartos de baños y una cocina provisional. Freddie apretó los dientes y comenzó a instalarse.

Era una desgracia que no hubiera aprendido a conducir, porque Jen tenía que llevarla a hacer la compra a la ciudad más cercana. Se dijo que debía sacarse el carné.

Por suerte, debía atender a los niños, pero Eloise y Jack

nombraban a Zac muchas veces al día. Solo dos días después de haberse marchado, Freddie se esforzaba en ser fuerte y no derrumbarse.

Dejar a Zac la había partido en dos. No se había dado cuenta de cuánto dependía de él hasta que había desaparecido de su vida. El sol de su mundo se había apagado. No esperaba nada, salvo la llegada del bebé, y el bebé le provocaba náuseas constantes. Los niños estaban tristes, y ella también. Se esforzaba en estar ocupada y en no pensar en que había perdido a Zac. Al fin y al cabo, él la hubiera dejado de cualquier manera. Al menos, había sido ella la que había decidido el momento.

Zac se recostó en su silla habitual de la terraza del bar y se bebió el café. Estaba muy desmejorado. Las dos noches anteriores había trasnochado y volver al ático vacío no le había sido de mucha ayuda.

Freddie ocupaba todos sus pensamientos, lo cual le estaba volviendo loco. Recordó la primera vez que la había visto en el bar y el deseo inmediato que le había provocado. Se la imaginó sirviendo bebidas, la fluidez de su paso, aunque al final del día le dolieran los pies, su sonrisa descarada que le iluminaba el rostro cuando alguien la hacía reír y la calidez de sus ojos al mirarlo.

No, ese recuerdo era muy posterior, se dijo. Las primeras semanas no había habido calidez en su mirada, sino desconfianza y cautela, lo cual no era de extrañar si tenía en cuenta la forma grosera en que la había abordado.

Se sentía lleno de pesar y frustración. Era la primera vez que una mujer lo abandonaba. ¿Realmente era su dinero lo único que la había atraído? Desechó la idea inmediatamente. Freddie le había ofrecido la libertad al día siguiente de la boda, a pesar de que eso podía suponer que perdiera a los niños y que recibiera un apoyo económico mucho menor por parte de él. Freddie no era avariciosa en absoluto. Ese día había antepuesto las necesidades de él a las suyas, reconoció con pesar.

¿Y si lo estuviera haciendo de nuevo? ¿Y si le estuviera dando lo que creía que él necesitaba y deseaba?

La idea iluminó los oscuros pensamientos de Zac y, unos segundos después, se levantó para volver al ático, que era un espacio, sombrío, silencioso y deprimente sin Freddie y los niños. Lo odiaba. Odiaba despertarse solo en la cama por la mañana. Odiaba mentir sobre los motivos por los que los niños y ella se habían

marchado de Londres. Decir que Freddie estaba supervisando las obras era un chiste porque ella sabía tanto sobre construcción como él sobre cocina. Sin embargo, de cara a la adopción, debían mantener la ilusión de que eran un matrimonio feliz…, lo que implicaba que, si él se presentaba en la casa, ¡ella no podría darle con la puerta en las narices!

Esa certeza le dio fuerza. Fue a ducharse, decidió no perder tiempo en afeitarse y preparó una bolsa de viaje en la que metió varios regalos que había comprado ese día, a pesar de que no quería ser un padre de esos que veía a sus hijos muy poco, pero que les llevaba muchos regalos creyendo compensarlos de ese modo.

Le gustaba el alboroto infantil y se daba cuenta de lo antinatural que había sido criarse solo en el rancho. Se había pasado media vida lleno de resentimiento porque el fideicomiso que había heredado lo obligaba a tener un hijo, pero había descubierto, aunque tarde, que le gustaban los niños y que ver aquella pequeña vida en la pantalla, en la consulta del ginecólogo, lo había hecho desear que naciera pronto.

Y ya que su esposa estaba embarazada, debía estar con ella y cuidarla. ¿Qué locura había hecho creer a Freddie que podía prescindir de él en aquellos momentos tan importantes y peligrosos? Pero ella no era muy práctica, reconoció, aunque le gustaba pensar que sí lo era, y no iba a ser él quien la convenciera de lo contrario. Freddie era una romántica, una idealista con un corazón enorme que siempre anteponía las necesidades de los demás a las suyas. Él esperaba que en aquel corazón quedara un rinconcito para el esposo lleno de defectos al que había abandonado. Haría o diría lo que fuera para conseguir que ella volviera.

Zac sonrió por primera vez en tres días. Los retos difíciles siempre se le habían dado bien.

Mientras Zac se subía al helicóptero que lo llevaría a Molderstone Manor, Freddie estaba muy nerviosa porque se habían quedado sin agua justo cuando se había metido en la ducha. Y tenía que lavarse la cabeza. Salió de la ducha y se encontró con que Jack había vaciado el armario del cuarto de baño y había esparcido el contenido por el suelo mientras Eloise se rociaba alegremente con el caro perfume de Freddie.

Jen estaba en la cama con gripe e Izzy tenía el día libre. Zac le hubiera pedido que se tomara otro día libre, en vez de ese, pero

Freddie, que sabía que la niñera llevaba dos semanas sin ver a su novio, no quiso desilusionar a la joven.

Volvió a ponerse los vaqueros y una camiseta limpia, se ató el cabello con un pañuelo y se quedó maravillada ante la rapidez con la que sus hábitos estaban deteriorándose. Ya no tenía que vestirse para Zac ni ponerse ropa interior de seda, que solo le recordaba cosas que prefería olvidar.

Fue con los niños a ver cómo estaba Jen y la encontraron dormida, lo que probablemente haría que se recuperara más deprisa que cualquier otra cosa.

Freddie había convertido la habitación al lado de la cocina, destinada a ser una sala para recepciones, en el cuarto de juegos de los niños, un lugar seguro donde no podían hacerse daño. Les preparó pollo frito con patatas sintiéndose muy culpable por ello, pero hasta que Jen no se pusiera bien no podría ir al supermercado, por lo que tenía que arreglárselas con lo que había en el frigorífico. Estaba tan cansada que se habría tumbado y dormido en el suelo de la cocina.

Al menos, la comida frita ya no le revolvía el estómago. Solía tener náuseas solo por la mañana, y el té de jengibre la ayudaba un poco a combatirlas. Se estremeció cuando alguien comenzó a martillear una pared, y el sonido de una sierra la sobresaltó. Apretó los dientes porque había sido su elección estar allí durante las obras, auque, en realidad, era incapaz de entender los planos que el aparejador extendía ante ella todas las mañanas sin falta mientras le explicaba lo que iba a hacer y los problemas que le surgían.

Cuando Zac entró en la cocina, ella masticaba una patata y, del susto, estuvo a punto de tragársela entera. Le resultaba tan familiar con los vaqueros negros y una camisa verde oscuro que resaltaban cada línea de su musculoso físico… Y ella tenía un aspecto horrible. Una vocecita interior le dijo que era una estupidez preocuparse por eso, pero a ella le importaba que la hubiera pillado sin maquillar, despeinada y con ropa vieja.

–He pensado que ya era hora de haceros una visita –dijo él mientras la miraba lentamente de arriba abajo, como si no la reconociera, lo cual era probable, ya que estaba horrorosa.

–Debieras haberme llamado por teléfono o avisado de algún modo. Espero que hayas comido, porque no tenemos nada –contestó ella con voz temblorosa mientras se esforzaba en tranquilizarse y saludarlo como si fuera un viejo amigo.

–¿Cómo os habéis quedado sin comida? –preguntó él.

Ella le explicó que no sabía conducir, que Jen estaba enferma y

que Izzy tenía el día libre. El rostro de Zac fue ensombreciéndose progresivamente.

En aquel momento, ella se dio cuenta del silencio reinante.

–¿Dónde están los obreros?

–Les he dicho que se tomen el resto del día libre.

–Ah... –a Freddie no se le ocurrió nada que decir salvo–: Puede que haya vuelto el agua.

Por suerte, había vuelto, como comprobó al abrir el grifo. Para entonces, Eloise y Zac se habían percatado de la presencia de Zac. Se arrojaron sobre él como si hubiera estado ausente meses, en vez de días. Zac sacó de la bolsa de viaje un unicornio de peluche para Eloise, su última manía, y una especie de pelota robot que se autopropulsaba. Jack se puso a dar vueltas por la habitación persiguiéndola.

–Quiero olvidar el acuerdo al que llegamos antes de casarnos –dijo Zac a Freddie.

–¿Por qué? –pregunto ella insegura.

–Porque he cambiado y espero que tú también lo hayas hecho –Zac fijó sus asombrosos ojos en ella pensando que parecía exhausta y sintiéndose culpable porque había consentido que eso sucediera, a pesar de ser responsable de su bienestar.

–¿En qué sentido has cambiado? –preguntó ella de nuevo, nerviosa.

–Me has hecho cambiar de prioridades. No quiero recuperar la libertad. He tenido diez años de completa libertad y no me han hecho ni la mitad de feliz que los niños y tú en dos meses. No he tenido suficiente de ti con dos meses –añadió por si ella no había captado por dónde iba, ya que lo miraba con expresión de no entender nada.

–Entonces... esto... –totalmente confusa por lo que le acababa de decir, porque el cerebro no le funcionaba como era debido, Freddie trató de hallar las palabras adecuadas–. ¿Ya no quieres divorciarte?

Zac se lanzó hacia el horno al oler a quemado y agarró un paño de cocina para sacar unos humeantes trozos de pollo.

–La tita se ha vuelto a olvidar –le dijo Eloise con tristeza.

–No importa –Zac sacó el móvil y habló con sus guardaespaldas–. ¿Qué vais a querer? –preguntó a Freddie.

–Cualquier cosa –respondió ella, demasiado ocupada para darse cuenta de que él no había respondido a su pregunta sobre el divorcio–. Pero no hay mucha oferta de comida para llevar.

–Marco nos buscará algo. No vamos a pasar hambre –afirmó Zac

mientras tomaba en brazos a Eloise–. ¿Por qué no vas a descansar un rato mientras yo me ocupo de estos dos?

–No puedo.

–Claro que puedes. Estás a punto de desmayarte –dijo él en tono de reproche–. Deberías cuidarte, pero no parece que lo estés haciendo.

–¡Como siempre, el rey del tacto! –le espetó Freddie, con las mejillas encendida y los ojos airados–. Tengo días buenos y días malos, y este es uno de los malos.

–Por eso debes tumbarte y dejar que me ocupe yo de todo –contraatacó él con impaciencia.

El cansancio constante que Freddie sabía que era propio de los primeros meses de embarazo, y que le dejaba el cerebro hecho papilla, la condujo al dormitorio. Zac se encargaría de dar de comer a los niños y, por un día, daría igual que se acostaran con el pijama equivocado o que comieran algo poco sano.

A pensar de lo reventada que estaba, entró en el cuarto de baño y abrió los grifos de la ducha para comprobar tanto que había agua como que había agua caliente. Se duchó mientras rumiaba lo que Zac le había dicho. ¿Ellos tres lo hacían feliz? ¿Los había echado de menos? ¿O solamente había echado de menos la posibilidad constante de tener sexo? ¿Era posible que hubiera cambiado?

Se metió en la cama con el pelo húmedo y pensó en cómo había cambiado ella. Estaba segura de que podía controlar sus emociones, pero había fracasado estrepitosamente. Había cambiado al aprender lo que era querer a alguien, incluso sin darse cuenta de que lo quería, y al saber lo que era volver a perderlo. Debía de querer a Zac cuando le ofreció la posibilidad de anular el matrimonio porque no era capaz de soportar que se sintiera atrapado en un matrimonio desgraciado. Incapaz de llegar a una conclusión, se quedó dormida.

Cuando se despertó, había anochecido y estaba encendida la lámpara de la mesilla. Zac se levantó de la silla que había en un rincón.

–¿Tienes hambre?

–Sí, pero…

–Voy a traerte algo –salió y bajó las escaleras antes de que ella pudiera pronunciar palabra.

Miró el reloj. Llevaba horas durmiendo. Eran más de las once y Zac seguía allí, lo que implicaba que iba a quedarse a dormir. Creció en ella la esperanza y, cuando él volvió con una bandeja, fue capaz de sonreírle con mayor normalidad. Contempló sorprendida el filete y la ensalada, perfectamente presentados.

–Ha sido Marco. Fue chef –le explicó Zac–. No ha podido encontrar un sitio decente de comida para llevar, así que ha comprado comida y ha cocinado para todos, incluso para Jen.

Freddie agarró el cuchillo y el tenedor.

–¿Sigues queriendo divorciarte o no? –le preguntó a bocajarro.

Zac se apoyó en la pared, al lado de la puerta.

–No, no quiero perderte –precisó.

–¿Y cuándo has cambiado de opinión? –preguntó ella, sin poder contenerse y temerosa de creer en sus palabras–. Hace solo unos días, me decías que…

–No sabía que había cambiado hasta que te marchaste. No he estado muy espabilado –dijo Zac torciendo la boca de forma sardónica, tal vez porque se sentía avergonzado–. Me limitaba a dejar pasar los días contigo, tan contento, hasta que me sacaste de mi estado acomodaticio.

–¿Al decirte que estaba embarazada?

–No, al abandonarme –contestó él con énfasis–. Quiero que vuelvas. Tengo un vacío en mi vida que tiene tu forma y que nadie más puede llenar. Siento haber tardado tanto tiempo en darme cuenta de lo que siento por ti, pero me lo pasaba tan bien contigo que no quería malgastar mi energía en analizar mis…. sentimientos.

Freddie se esforzó en no sonreír.

–¿Y cuánto has tardado en concebir este pequeño discurso?

–Todo el viaje hasta aquí –reconoció él con una mueca.

Freddie se inclinó para dejar la bandeja en el suelo. Se le habían quitado las ganas de comer. Se recostó en las almohadas y lo miró. Estaba nervioso, abría y cerraba los puños y la miraba con intensidad.

–¿Y qué sientes por mí?

–Te quiero. Nunca se lo había dicho a una mujer, pero es que nunca había sentido lo que me haces sentir, y quiero aferrarme a ello con ambas manos –confesó él en voz baja–. Tengo que hacerte una pregunta.

–No, si dices que me quieres, lo que tienes que hacer es tumbarte en la cama y besarme apasionadamente –contestó ella con voz suave–. Después podrás hacerme todas las preguntas que quieras.

Zac sonrió y su rostro se iluminó. Se acercó a la cama como un felino salvaje y se lanzó sobre la cama a toda velocidad.

–Por eso te quiero. Siempre dices lo correcto en el momento oportuno, como pedirme que haga lo que, de todos modos, deseo hacer.

Freddie se inclinó hacia delante con el edredón sujeto bajo los brazos, como si quisiera dejarle claro que un beso era todo lo que le ofrecía. Él le acarició las mejillas con sus anchas manos mientras la miraba con los ojos llenos de ternura.

–Todavía no me crees, ¿verdad?

–Lo estoy intentando –farfulló ella.

Y él la besó. Y ella se deslizó por ese beso como una bola de helado lo haría por una plancha caliente mientras le agarraba la camisa con ambas manos como si no fuera a soltarlo. Lo saboreó echando la cabeza hacia atrás mientras él se apoderaba de su boca con una pasión que ella agradeció.

–La pregunta… –dijo Zac con los ojos fijos en su boca hinchada–. ¿Te fuiste porque suponías que eso me haría feliz? ¿O para darme una lección?

–Creí que te haría feliz y que, así, no tendrías que sentirte violento diciéndome, en algún momento, que querías el divorcio. No intentaba darte lección alguna.

–¿A pesar de que me la merecía por todas las veces que te dije que no te enamoraras de mí? Por favor, dime que no me has hecho caso, que sientes lo mismo que yo y que te vas a quedar conmigo para siempre –dijo él respirando agitadamente.

–Sí, te quiero, por supuesto que sí –lo tranquilizó ella mientras le acariciaba el labio inferior con el dedo–. Te quiero de verdad y quiero estar contigo para siempre.

–Para siempre, como en los cuentos de hadas. Eres demasiado buena para mí. Yo nunca he sido bueno. Soy estrecho de miras y egoísta. Me casé contigo creyéndome sinceramente todo lo que decía sobre nuestro acuerdo, pero tú hiciste que deseara mucho más. De hecho, me has dado tanto que no me sacio de ti –confesó él conmovido–. Tu afecto, tu corazón abierto, tu amabilidad, tu sentido del humor…

Lágrimas de felicidad corrieron por las mejillas de Freddie.

–¿Por qué lloras?

–¡Porque soy feliz y porque he sido muy desgraciada sin ti! –confesó ella sollozando–. Pensé que de verdad habíamos terminado.

–Nunca. Os he echado tanto de menos a Eloise, a Jack y a ti que no he podido mantenerme alejado. Me sentía solo. Lo he estado toda la vida, pero no lo estoy cuando os tengo a los tres. Sois mi familia. Por cierto, ya he acostado a los niños, pero Eloise ha insistido en ponerse el vestido de princesa para dormir y Jack se ha puesto a gritar como un loco cuando he intentado quitarle el juguete que le he traído, así que lo he apagado para que no lo

despierte. No deja de emitir melodías horribles.

–Mañana se habrá cansado de él –predijo Freddie–. ¿De verdad quieres que los niños y yo estemos contigo? Yo no puedo darles la espalda, pero tú no estás comprometido con ellos.

–Los quiero a ellos también y, en buena medida, conocer a Eloise y Jack ha hecho que me muera de ganas de conocer a nuestro hijo –afirmó Zac en tono reflexivo poniéndole la mano en el vientre. Ella sintió el calor de su piel a través del fino camisón que llevaba–. Me han enseñado lo esencial. Seré más útil cuando llegue el tercero.

Él había dejado caer la última de sus barreras y ahora confiaba en ellos y los valoraba lo suficiente para quererlos. Ella quiso decirle que también él tenía un corazón cálido y amoroso, pero sabía que no la creería, a pesar de que veía en su actitud una generosa aceptación de Eloise y Jack.

–Tengo que confesarte otra cosa –declaró él de repente retirando la mano–. Debería habértela dicho hace meses, cuando me lo preguntaste.

–¿Las dos mujeres del baile real? –preguntó Freddie con el ceño fruncido–. No quiero hablar de eso. Fue tu peor momento.

Zac se hizo una mueca.

–¿A pesar de que no pasara nada?

–¿Nada? –Freddie lo miró incrédula.

–Guardé las apariencias a costa de tus sentimientos –reconoció él sintiéndose culpable–. No pasó nada porque no deseaba a ninguna de las dos. Solo te deseaba a ti y solo tú me excitabas. Mi orgullo me impidió decírtelo en su momento, pero te hice daño y lo lamento.

Freddie se lanzó sobre él, finalmente convencida de que la quería porque había dejado a un lado sus prejuicios machistas para contarle la verdad. Le rodeó el cuello con los brazos y Zac le hizo el amor con toda la ternura apasionada que ella siempre ansiaba de él, pero fue una experiencia mucho más dulce porque le dijo que la quería y la abrazó con fuerza cuando acabaron, sin sentir la necesidad de fingir que era ella la que lo obligaba a demostrarle su afecto.

La pelota despertó a Jack de madrugada y sus gritos despertaron a todo el mundo. Al día siguiente, era obvio que le tenía miedo porque no se acercaba a ella, y hubo que guardarla. Eloise se presentó al amanecer con su unicornio y su nuevo libro de cuentos sobre unicornios y se sentó entre sus futuros padres durante más de una hora. Seguía llevando el vestido de princesa y solo se lo quitó cuando Freddie la amenazó con meterla en la bañera con él.

Epílogo

EN el césped de Molderstone Manor, Jack, que ya tenía dos años y medio, jugaba a la pelota. Se había convertido en un niño atlético, pensó Freddie, sonriendo a Eloise, que estaba sentada jugando con su hermanita Antonella, que trataba de andar a gatas sin conseguir llegar muy lejos.

Hacía un precioso día soleado y Antonella cumplía un año.

Mientras disfrutaba del calor del sol, Freddie revivió el año y medio anterior en imágenes rápidas y coloridas, llenas de hitos de felicidad. Para celebrar la adopción de Eloise y Jack, habían ido a Brasil, donde disfrutaron de unas maravillosas vacaciones y visitaron a la abuela de Zac, Maria. Antonella había nacido antes del verano. Era una niña que se amoldaba a todo, tan risueña y alegre como Jack. Tenía el pelo castaño oscuro y la piel del color del café con leche, y se parecía mucho a la madre de Zac.

Este había estado muy preocupado por Freddie durante su embarazo, por lo que ella se había sentido muy aliviada al no sufrir ninguna de las complicaciones que había padecido su difunta madre. De hecho, el embarazo había sido bastante llevadero y el parto, muy corto. Pensaba que, si decidían tener otro hijo, Zac tendría mucho menos pánico esa vez. Con independencia de eso, ella era más feliz de lo que nunca se había imaginado; las sombras del dolor y la pérdida habían desaparecido y pertenecían al pasado.

Después del nacimiento de su hija, Zac se había convertido en consejero delegado del imperio económico Da Rocha, y durante los meses siguientes había viajado de un extremo al otro del mundo para adaptarse a su nuevo puesto. Al final había seguido el consejo de Angel y había contratado a varios ejecutivos para poder pasar más tiempo en casa o, al menos, hacer la mayor parte del trabajo desde Londres.

Molderstone Manor había prosperado mucho desde su primera visita y ahora vivían muy bien en la casa principal, donde Zac disfrutaba de todas las comodidades que deseaba entre las telas y

tapices floreados con los que había aprendido a vivir. Sin embargo, su despacho era funcional y totalmente beis.

Las cuadras que había montado con el apoyo del personal brasileño que había contratado y traído desde Brasil iban muy bien. Freddie había hecho un curso en la Escuela Montessori, y recibido un diploma, en los meses en que Zac había viajado más, ya que sabía que le sería útil para criar a sus tres hijos. Claire, su tía, se había casado con su novio a principios de ese año, y Zac y Freddie habían ido a España para la boda.

Jazz, ya reina de Lerovia, salió de la casa con sus gemelos, Abramo y Chiara, en el cochecito y se acercó a Freddie con la falta de ceremonia que era lo que más le gustaba a esta de la familia de Zac. Todos se visitaban, todos se relajaban en las casas de los demás como si fueran la suya propia y, al hacer ese esfuerzo de estar en contacto, los esposos tenían una relación más cercana y sus hijos se estaban criando juntos.

–¿Dónde está Merry? –preguntó Freddie con voz soñolienta.

–Se ha echado a dormir un rato aprovechando que Cosmas está dormido –contestó Jazz. El segundo hijo de Merry acababa de nacer y aún no tenía un patrón regular de sueño–. Vitale y Angel están en la barbacoa con Charles. Se comportan como si hacer una hamburguesa a la parrilla fuera una ciencia espacial. Sybil está con ellos.

La abuela de Merry era la novia de Charles, y rara vez se los veía separados.

–¡Qué paz se respira aquí! –exclamó Jazz suspirando mientras se sentaba a la sombra.

Freddie sonrió y, en ese momento, el sonido de un helicóptero destruyó la tranquilidad.

–¿Es Zac?

–Eso espero –Freddie escudriñó el cielo, pero no pudo leer el logo del aparato, que comenzó a volar en círculos y a descender, lo cual hizo innecesaria su identificación.

–Ve a su encuentro –dijo Jazz–. Yo cuido de Antonella.

Freddie cruzó el césped a buen paso hacia la pista de aterrizaje. Zac llevaba dos semanas visitando las minas de Sudáfrica. A ella, cada semana le había parecido un mes. Las llamadas a última hora de la noche no compensaban su ausencia. Zac bajó del helicóptero de un salto y ella corrió a sus brazos.

–¡Cuánto te he echado de menos! –exclamó mientras Zac la levantaba en brazos. Su tacto y su olor, tan familiares, la penetraron como una medicina que lo curara todo.

–Yo también –gimió él contemplando su rostro sonriente con amor.

Probó su boca con apasionada y sexy brevedad y la miró con ojos cristalinos y hambrientos.

–No, no podemos –dijo ella, como si le hubiera hecho una pregunta, mientras examinaba sus delgadas y oscuras facciones con una mezcla de deseo y admiración–. Más tarde.

–¿Para qué tenemos dos niñeras? –preguntó él exasperado.

–Está aquí tu familia. Ahora somos anfitriones y no podemos escabullirnos como si fuéramos adolescentes –explicó ella–. Agarra una cerveza y ve a la barbacoa.

–Te deseo tanto… –dijo Zac en portugués y con voz ronca. Ella sintió que se derretía, pero, a la vez, recordó las bromas que les gastaron la última vez que habían desaparecido y la consiguiente vergüenza que pasó. Por desgracia, Zac no se avergonzaba de esa clase de cosas–. Y te prometo que voy a hacerte muy feliz.

–Siempre lo haces –murmuró ella mientras se dirigían adonde estaba Jazz con los tres bebés.

–Esperaba que desaparecierais –les dijo Jazz alegremente.

–Hemos madurado un poco –apuntó Freddie.

–Puede que tú lo hayas hecho, pero yo no –observó Zac.

Dicho lo cual, la tomó en brazos y entró con ella en la casa, inmune las burlas de Angel desde la barbacoa. Sin hacer caso de las protestas de Freddie, la llevó al dormitorio y se dejó caer en la cama con ella mientras lamentaba no poder volver a hacerlo hasta que su esposa no se pusiera a dieta.

Freddie le pegó con la almohada antes de que él la tumbara boca arriba y la mirara con tanto deseo que ella sintió calor entre los muslos.

–Te quiero mucho –dijo él con sinceridad–. Ha sido un infierno estar lejos de ti tanto tiempo.

Al oírlo, Freddie se derritió y le dijo con voz entrecortada lo mucho que lo quería mientras le quitaba frenéticamente los vaqueros a modo de generosa invitación que Zac agradeció con toda la potente virilidad de la que fue capaz. Freddie lo colmaba de amor y él no se cansaba de recibirlo.

–Creo que deberíamos reafirmar los votos matrimoniales para compensar nuestro desastroso día de boda –dijo Zac más tarde, mientras abrazaba a Freddie, que no cabía en sí de dicha–. He roto nuestro acuerdo prematrimonial. No era justo para ti y lo firmaste bajo presión.

Los dos estaban hambrientos cuando llegaron a la barbacoa. A

Zac lo rodearon los niños porque siempre jugaba con ellos.

–La libertad no era tan divertida –le dijo a Freddie, antes de salir corriendo a jugar al fútbol con Eloise y Jack.

Con un suspiro de satisfacción, Freddie meció a Antonella y se sentó con su nueva familia al tiempo que se maravillaba de la energía que tenía Zac, que había viajado durante horas para llegar a tiempo al cumpleaños de su hija. Pero Zac ponía esa energía en todo lo que hacía, incluyendo en su persistente deseo de ella. Y no pudo evitar una sonrisa al pensar que lo que más le había molestado de Zac al conocerlo le parecía ahora su mejor cualidad.